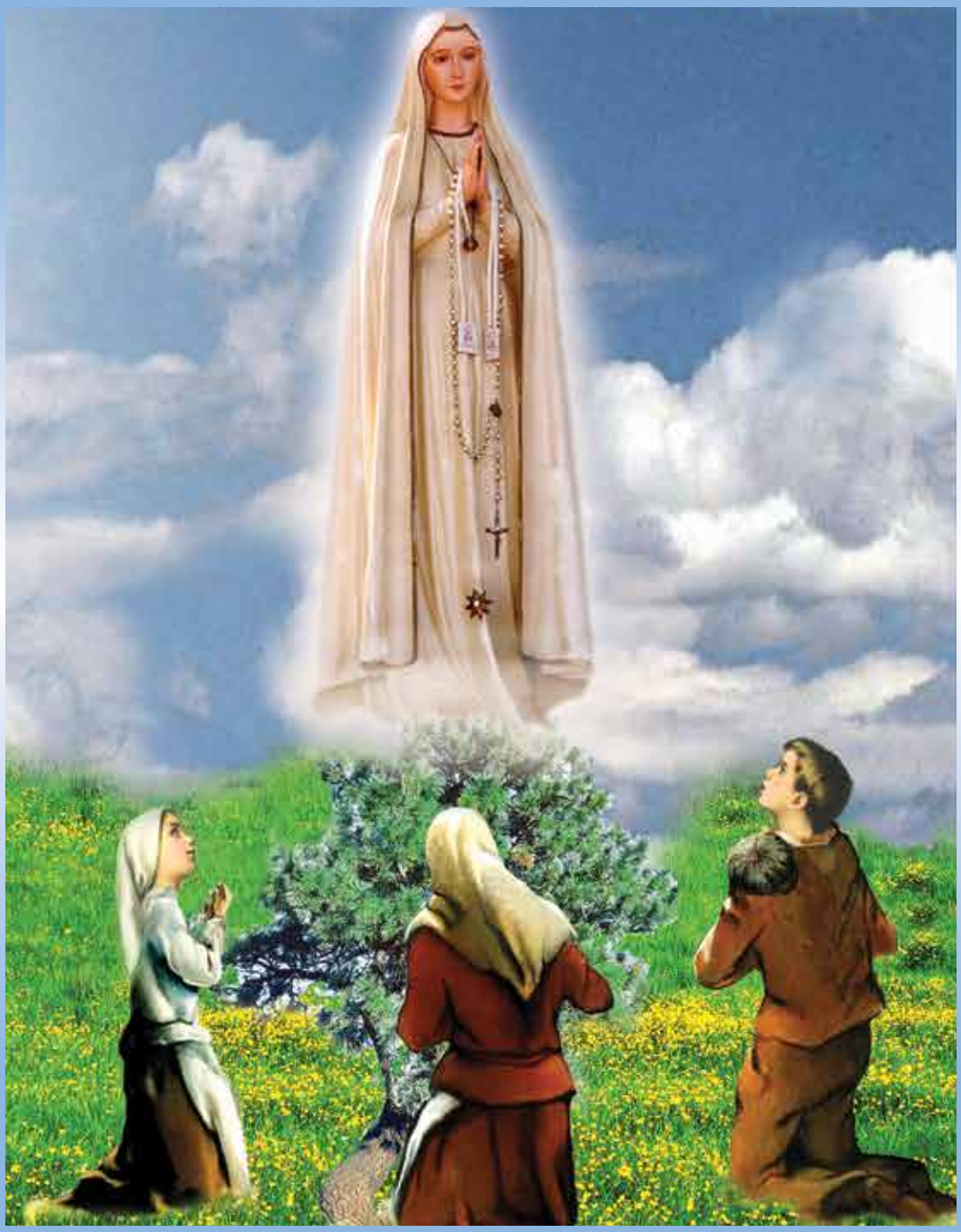
LA VERDADERA HISTORIA DE FÁTIMA



Una narración completa de las Apariciones de Fátima

Jesús y María visitan a Sor Lucía de Fátima en el convento de Pontevedra el 10 de diciembre de 1925.

Lucía, escribiendo en tercera persona, da el relato de la visita de Nuestra Señora:

"El día 10 de diciembre de 1925, la Santísima Virgen se le apareció a ella, y al lado, suspenso en una nube luminosa, un Niño. La Santísima Virgen poniendo una mano en el hombro de Lucía, le mostró al mismo tiempo un Corazón que tenía en la otra mano, cercado de espinas. Al mismo tiempo, dijo el Niño:

"'Ten compasión del Corazón de Tu Santísima Madre que está cubierto de espinas que los hombres ingratos continuamente le clavan sin haber quien haga un acto de reparación para arrancárselas'.

"Luego la Santísima Virgen le dijo:

(vea el resto de la descripción en la página 85.)

La verdadera historia de Fátima

Una narración completa de las Apariciones de Fátima.

por John de Marchi, I.M.C.

"Lo que ocurrió en Portugal proclama el milagro. Y prefigura lo que el Inmaculado Corazón de María ha preparado para el mundo."

… Su Eminencia, el Cardenal Patriarca de Lisboa

UNA VERDADERA HISTORA de cómo sucedió. Está tomada directamente de las Memorias de Lucía y comprobada por ella en persona.

MÁS DE 3 MILLONES DE EJEMPLARES IMPRESOS.

Por favor ayúdenos a que sea dado a conocer el Mensaje de Nuestra Señora difundiendo este libro.

Índice

Capítulo I El Ángel 7
Capítulo II Los niños de Fátima 11
Capítulo III La primera Aparición 15
Capítulo IV Segunda Aparición 21
Capítulo V Tercera Aparición 28
Capítulo VII Cuarta aparición 32
El Alcalde 32
El "Truco" 34
La ordalía 36
El Secreto 37
El 19 de agosto 38
Capítulo VIII Quinta aparición 41
Capítulo IX La sexta Aparición 46
Capítulo X Sexta aparición (continuación) 51
Capítulo XI Francisco conduce el camino 57
Capítulo XII La muerte de Jacinta 63
Capítulo XIII La capilla en Cova da Iría 73
Capítulo XIV La misión de Lucía 75
Apéndice I Los Cinco Primeros Sábados de reparación 85
Apéndice II: La Consagración de Rusia No ha sido realizada 89
Apéndice III La promesa de paz 95
Palabras de Nuestra Señora de Fátima sobre el Santo Rosario 95
Acto de Consagración al Inmaculado Corazón de María 96
Sor Lucía habla acerca del Rosario 96
Las siete oraciones de Fátima 96

Sor Lucía volvió a Fátima por primera vez en una peregrinación breve en mayo de 1946. En esta foto usa el hábito de una Hermana Dorotea - no entró en la orden Carmelita hasta 1948.

Junto con ella aquí en Fátima está el Padre John de Marchi – el autor de este libro – con dos de las sobrinas de Sor Lucía.

Fátima y la Iglesia católica: algunas notas pertinentes

El Padre de Marchi empleó horas y días investigando en Fátima para este libro. Habló ampliamente con muchos testigos incluso con Tío Marto, el padre de Jacinta y Francisco, así como María Carreira, uno de los testigos más importantes que había venido primero a la Cova da Iría para presenciar la Aparición del 13 de junio de 1917. La mayoría de los testigos que entrevistó, ahora han fallecido. Este libro es una obra clásica de la literatura de Fátima. Más de tres millones de ejemplares se han impreso en inglés desde la fecha en que se escribió.

Desde 1947, año en que este primer libro ha sido publicado por el Padre de Marchi, después de haber pasado tres años y medio en la aldea de Fátima y sus alrededores, muchas cosas han sucedido para enfatizar aún más la autenticidad e importancia de Fátima.

La Iglesia católica romana ha aprobado y promovido ampliamente las apariciones de Fátima como siendo dignas de fe. Siete papas sucesivos han ratificado las Apariciones y Mensaje de Fátima. Varios papas fueron allá de peregrinación.

El Papa Pablo VI peregrinó a Fátima el 13 de mayo de 1967. El Papa Juan Pablo II estuvo allá tres veces. La primera vez fue el 13 de mayo de 1982 para agradecer Nuestra Señora de Fátima que salvase su vida un año antes. Estuvo allá otra vez el 13 de mayo de 1991 y de nuevo el 13 de mayo de 2000.

El Papa Juan Pablo II ha proclamado a millones de almas que la Iglesia se siente interpelada por el Mensaje de Fátima. Instituyó el 13 de mayo oficialmente como la Fiesta de Nuestra Señora de Fátima y le colocó en el Misal Romano, el libro de oración oficial de la Iglesia Católica.

El Papa Benedicto XVI ha afirmado que el Mensaje de Fátima es el aviso más profético del Siglo XX.

Jacinta Marto y su hermano Francisco Marto fueron beatificados por el Papa Juan Pablo II en Fátima el 13 de mayo de 2000 ante un millón de peregrinos. Así la Iglesia ha reconocido la santidad heroica de los dos pastorcitos que vieron a Nuestra Señora de Fátima.

Su prima, Sor Lucía de Fátima, falleció el 13 de febrero de 2005 a la edad de 97 años. Su causa de beatificación se abrió formalmente el 13 de febrero de 2008.

Capítulo I El Ángel

Fátima es una aldea ubicada en el centro de Portugal, unos 100 kilómetros al norte de Lisboa. Consta de numerosas pequeñas aldehuelas escondidas en la elevación conocida como la Sierra de Aire. Una tal aldehuela se llama Aljustrel; y es aquí, y más precisamente en los rocosos pastizales circundantes, que nuestra historia toma lugar.

En un día del año 1915 no especificada en cualquier registro histórico, cuatro niñas estaban jugando en los campos. Lucía de Jesús dos Santos, que tenía entonces ocho años, estaba entre ellas. Cuando el sol les indicó que había alcanzado mediodía, se sentaron para comer su almuerzo y una vez terminado, empezaron el Rosario como era su costumbre a pesar de su edad muy jovencita. Durante el rezo del Rosario todas se dieron cuenta de la aparición repentina de una nube en forma humana, flotando por encima del follaje del vale.

"Como una nube, más blanca que la nieve, algo transparente, en forma humana", era la descripción de Lucía.

Las niñitas se sorprendieron y quedaron llenas de admiración. No podrían comprenderlo. Se asombraron más aún, cuando la extraña figura blanca les apareció dos veces más. No se les dio apenas una visita pasajera, y por eso una impresión inexplicable quedó en sus mentes. Aunque la impresión les permaneció mucho tiempo después, disminuyó con el pasar del tiempo. Tal vez, si no fuera a causa de los acontecimientos que siguieron, habría sido olvidado por completo.

Pasó un año. Lucía como de costumbre, estaba fuera en los campos con las ovejas. Esta vez, sus primitos, Jacinta y Francisco le acompañaron siendo ahora también pastorcitos y compañeros de juego.

"Fuimos con nuestras ovejitas a una propiedad de mis padres, que está al fondo del Cabeço"[1] , Lucía recuerda, dándonos de memoria los detalles exactos. "Se llama la Casa Velha. De media mañana comenzó caer una lluvia muy menuda. Subimos a la vertiente del monte, seguidos de nuestras ovejitas, en busca de algún peñasco que nos sirviera de abrigo. Entonces fue cuando entramos por primera vez en la gruta bendita. Está en medio de un olivar, que pertenece a mi padrino Anastasio y se puede ver desde allí la aldea donde nací, la casa de mis padres, los lugares de Casa Velha y Eira da Pedra. El olivar continúa hasta confundirse con estos pequeños lugares.

"Pasamos el día en la gruta", Lucía continuó, "a pesar de haber cesado de llover y haber descubierto el sol lindo y claro. Despachamos nuestra comida y rezamos el Rosario. Terminado el rezo, comenzamos a jugar a las piedritas.

"Hacía algunos momentos que jugábamos y un viento fuerte sacude los árboles y nos obliga a levantar la vista para ver lo que pasaba, pues el día estaba sereno. He aquí que comenzamos a ver, a alguna distancia, sobre los árboles que se extendían en dirección al oriente, una luz más blanca que la nieve, con la figura de un joven transparente, más brillante que un cristal herido por los rayos del sol". Lucía intentó describir cada detalle de su aparición. "A medida que se acercaba, íbamos distinguiéndole las facciones. Estábamos sorprendidos y medio absortos y no decíamos una palabra. Al llegar junto a nosotros, dijo:

¡"No temáis! Soy el Ángel de la Paz. ¡Orad conmigo!"

Y, arrodillando en tierra, el Ángel inclinó la frente hasta el suelo. Llevados de un movimiento sobrenatural, le imitaron y repitieron las palabras que le oían pronunciar:

"Dios mío, yo creo y espero en Vos, Os adoro y Os amo. Os pido perdón por los que no creen, ni adoran, ni esperan, ni Os aman". Después de repetir esto tres veces, se levantó

1 La Cabeza, una elevación rocosa unos 30 metros de altura.

Los tres pastorcitos de Fátima, Lucía dos Santos (a la derecha) y sus dos primos, Jacinta y Francisco Marto

y dijo:

"Orad así. Los corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas."

El Ángel desapareció y la atmósfera del sobrenatural que les envolvió era tan intensa, que casi no les daba cuenta de su propia existencia y esto duró un buen espacio de tiempo. Permanecieron en la posición en que les había dejado, repitiendo siempre la misma oración.

"Si sentía tan intensa y íntima la presencia de Dios que ni entre nosotros nos atrevíamos a hablar. Al día siguiente continuamos con el espíritu envuelto en esa atmósfera, que fue desapareciendo sino muy lentamente. En esta aparición nadie pensó en hablar ni en recomendar el secreto. Ella misma lo impulsó. Fue tan íntima, que no era fácil pronunciar sobre ella la menor palabra. Nos hizo acaso también mayor impresión por ser la primera".

Niños siendo como son, el fervor especial disminuyó y no pasaba mucho tiempo hasta que volvieron a sus juegos, cantos y bailes. Un efecto notable permaneció, sin embargo, que parece armonizar con los acontecimientos que siguieron. Los tres primitos estaban contentos a pasar juntos todo su tiempo.

Cuando los meses veraniegos llegaron, abrasadores en la aridez de la sierra, los niños se despertaban al amanecer para conducir sus ovejas a los campos para encontrar la hierba fresca por el rocío de la mañana. Cuando el rocío había evaporado y les quitaba el apetito, se las volvía de nuevo al granero para volver a salir el anochecer cuando otra vez se les conducirían a los campos. En el entretanto, los tres primos aprovecharon de su tiempo libre para los juegos bajo la acogedora sombra de las higueras. Cuando estaban cansados, relajaron junto al pozo bajo la tupida copa de los olivos y de los almendros. Mientras estaban allá un día descansando, a principios del atardecer, el Ángel se les mostró otra vez. Lucía nos dice lo que sucedió:

¿Que hacéis? De repente el Ángel apareció a su lado.

¡Orad, mucho! ¡Los corazones de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia! ¡Ofreced constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios!

¿Cómo hemos de sacrificarnos? Lucía preguntó.

"Con todo lo que podáis, ofreced un sacrificio al Señor en acto de reparación por los pecados con que es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores. Atraed así sobre nuestra patria la paz: yo soy el Ángel de su Guarda, el Ángel de Portugal. Sobre todo, aceptad y soportad con sumisión los sufrimientos que el Señor os mande"

Solamente Lucía y Jacinta oyeron las palabras del Ángel. Francisco apenas vio al Ángel y sabía que estaba hablando con las niñas. Ardiéndose con curiosidad, quería saber lo que les había dicho.

¡"Jacinta, dime tú lo que ha dicho el Ángel"!

"Ya te lo diré mañana por la mañana; hoy no puedo hablar" La niña estaba tan agobiada, que faltó la fuerza de hablar.

Al día siguiente tan pronto que Francisco se levantó, preguntó a Jacinta, ¿"Has dormido esta noche? Yo he estado pensando en el Ángel y en lo que te habría dicho".

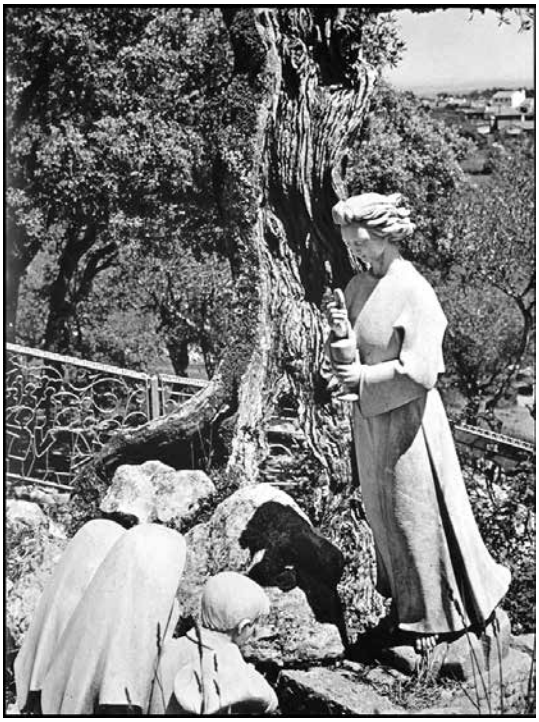
Lucía les dijo todo lo que el Ángel había dicho. El pequeño chaval no podía comprender el significado de las palabras del Ángel y le interrumpía frecuentemente, ¿Qué es el Altísimo? ¿Qué quiere decir 'los Corazones de Jesús y de María están atentos a vuestras súplicas'"?

Y, oída la respuesta, se quedaba pensativo", dice Lucía, "para después hacer otras preguntas. Pero mi espíritu entonces no estaba de todo libre, y le dije que volviese a esperar hasta el día siguiente".

Esperó satisfecho, pero no dejó pasar la primera ocasión para hacer nuevas preguntas, lo que dio lugar a que Jacinta le dijera: ¡"Ten cuidado! ¡De estas cosas se habla poco!

Cuando hablábamos del Ángel", Lucía dice, "No sé lo que sentíamos. Decía Jacinta, ¡'No sé lo que me pasa!; no puedo hablar, ni jugar, ni cantar; no tengo fuerzas para nada'.

'Ni yo tampoco', respondió Francisco, 'pero ¿qué importa? El Ángel es más que todo esto; ¡Pensemos en el'"!



Este grupo de estatuas se ubica en el lugar donde todos tres pastorcitos vieron el Ángel y recibieron de él la Sagrada Comunión

Años más tarde Lucía reveló: "Eran esas palabras del Ángel como una luz que nos hacía comprender quién era Dios, cómo nos amaba y quería ser amado, el valor del sacrificio y cuán agradable le era y como, en atención a Él, convertía a los pecadores. Por eso, desde ese momento comenzamos a ofrecer al Señor todo lo que nos mortificaba, pero sin ocurrírsenos procurar otras mortificaciones o penitencias, excepto la de pasarnos horas seguidas postrados en tierra, repitiendo la oración que el Ángel nos había enseñado".

Se acercaba el otoño. Los niños salieron a los campos con las ovejas para pasar todo el día. Se les destinó otra visita de sorpresa.

"Pasamos de Pregueira a Lapa, dando la vuelta faldeando el monte por el lado de Aljustrel y Casa Velha", Lucía continuó su informe. "Rezamos nuestro Rosario allá y la oración que en la primera aparición nos había enseñado el Ángel. Estando allí se nos pareció por tercera vez, trayendo en la mano un cáliz y, sobre él una Hostia, de la que caían dentro del cáliz algunas gotas de sangre. Dejando el cáliz y la Hostia suspendidos en el aire, se postró en tierra y repitió tres veces la oración:

"'Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Os adoro profundamente y Os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los Sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón y del Corazón Inmaculado de María, Os pido la conversión de los pobres pecadores'".

Después, el Ángel levantándose, tomó de nuevo el cáliz y la Hostia y me dio a mí la Hostia, y lo que contenía el Cáliz le dio a beber a Jacinta y a Francisco, diciendo al mismo tiempo:

"Tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios".

De nuevo se postró en tierra y repitió con nosotros tres veces la misma oración: "Santísima Trinidad..." y desapareció.

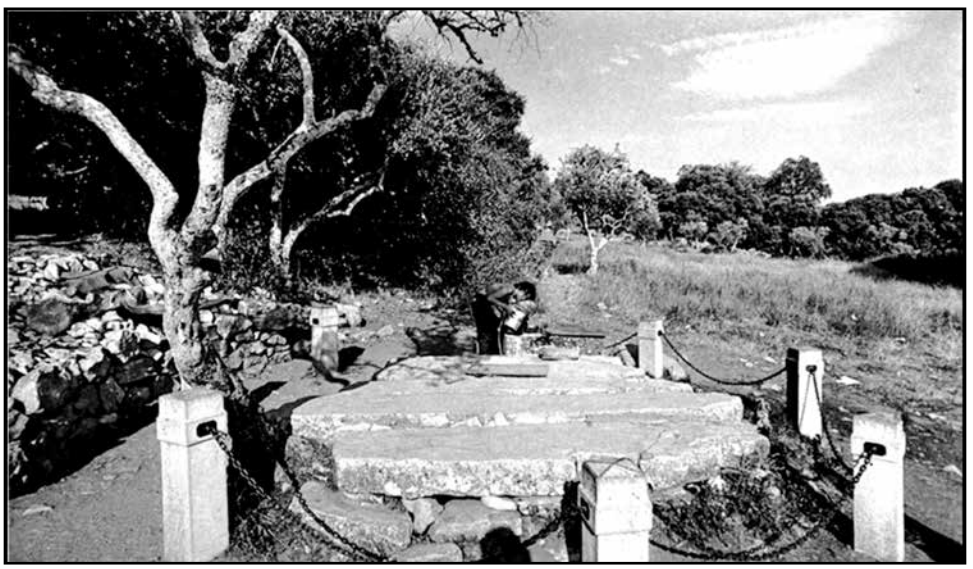
El significado íntegro de esta visión se desplegó lenta y asombrosamente a sus mentes jóvenes. Todos sus seres llegaron a ser absortos por este nuevo, extraño y a la vez feliz sentimiento de la presencia interior de Dios. Guardaron silencio durante algún tiempo. Francisco fue el primero de romperlo. No había oído hablar el Ángel y estaba ansioso de saber todo.

"Oye, Lucía", dijo él, "el Ángel te ha dado la Sagrada Comunión, pero a mí y a Jacinta ¿qué es lo que nos ha dado?

A lo que Jacinta contestó con resolución, llena, pletórica de alegría, "Lo mismo, la Sagrada Comunión. ¿No viste que era la Sangre que goteaba de la Hostia?

"Yo sentía que Dios estaba en mí", concordó, "pero no sabía de qué manera".

Los tres quedaran arrodillando en el suelo durante mucho tiempo, animados de corazón, repitiendo una y otra vez la oración inspirada del Ángel.



El pozo en el jardín de Lucía donde el Ángel apareció la segunda vez.

Capítulo II Los niños de Fátima

La mayor de los tres niños a quienes Nuestra Señora iba a aparecerse en Fátima era Lucía de Jesús dos Santos. Nacida el 22 de marzo de 1907, la última de los siete hijos de Señor Antonio dos Santos y su mujer, María Rosa, residentes en el lugar de Aljustrel, que se asemeja a un oasis en medio de la aridez pedregosa de la Sierra del Aire que forma parte de la aldea de Fátima. El Señor dos Santos era un agricultor cuyas pequeñas tierras se ubicaban en los campos de la vecindad.

Jacinta Marto (siete años de edad), Lucía dos Santos (diez años de edad) y Francisco Marto (nueve años de edad), los tres videntes a quienes Nuestra Señora se les apareció en Fátima en 1917.

Lucía había sido siempre sana y robusta más no de facciones delicadas. La nariz, un poco achatada, los labios gruesos y la boca grande le hubiera atribuido un carácter grosero. Sin embargo, su disposición de ánimo particularmente feliz y su genio excelente hacían atractivo su rostro, y esta hermosura provenía de sus dos grandes ojos negros que brillaban bajo unas cejas muy espesas. Era especialmente cariñosa para con los niños y desde muy jovencita empezó a demostrar su valía como una ayuda a las madres en el cuidado de sus pequeños. Estaba dotada en una manera singular por su afecto e ingeniosidad para capturar la atención de los otros niños. También se sabe que gozaba vistiéndose bien. En las numerosas fiestas religiosas era siempre la más pintoresca de entre todas las niñas. Además de eso, ella amaba estas ocasiones por la alegría, y especialmente por el baile.

El padre de Lucía era como muchos hombres de su clase. Hacía su trabajo, ejercía sus deberes religiosos, y pasaba su tiempo libre con sus amigos en la taberna, dejando a los niños completamente al cuidado de su mujer. Y ella era totalmente capaz de hacerlo, aunque tal vez un poco demasiado estricta en su disciplina.

Devota religiosa, la Señora María Rosa estaba llena de más sensatez que los demás, y, a diferencia de la mayoría de sus vecinos, podía leer. Por eso podía instruir en el catecismo no sólo a sus propios hijos sino también a los niños vecinos. Al atardecer les leía de la Biblia u otros libros piadosos, y les recordaba con diligencia sus oraciones, instándoles en particular al rezo del Rosario, la devoción tradicionalmente favorecida del pueblo portugués. No debe sorprendernos, por lo tanto, que Lucía fuese capaz de recibir su primera Sagrada Comunión a los seis años de edad en vez de diez como era costumbre en ese entonces.

Francisco y Jacinta, los otros dos protagonistas, eran los primos de Lucía, el octavo y noveno, respectivamente, nacidos del matrimonio del Señor Manuel Marto y de la Señora Olimpia Jesús dos Santos, que contrajo segundas nupcias, fallecido su primer marido que le había dado dos niños. Olimpia era la hermana de Antonio dos Santos, el padre de Lucía.

Francisco, su hijo más pequeño, nació el 11 de junio de 1908. Llegó a ser un chaval muy guapo con disposición semejante a su papá, Tío Marto, como su padre generalmente

Fuera y dentro del hogar donde nacieron Francisco y Jacinta.

El hogar donde nació Lucía.

se llamaba. Lucía recuerda que "al contrario de Jacinta, a veces caprichosa y vivaracha, era de un natural pacífico y condescendiente". Aunque le encantaba jugar, le importaba poco si ganaba o perdía. De hecho, hubo tiempos en los Lucía nos cuenta, "Yo misma simpatizaba poco con él, porque su temperamento pacífico excitaba los nervios de mi excesiva vivacidad. A veces, le cogía del brazo y le hacía sentar en el suelo o sobre una piedra y le mandaba que se estuviese quieto…Después me pesaba haberlo hecho e iba a buscarlo, y, cogiéndole de la mano, le traía conmigo como si nada hubiese pasado".

Y con todo, recuerda su padre, "era más valiente, más inquieto que su hermanita. Por cualquier cosa se impacientaba; por cualquier cosa armaba un barullo hasta el punto de que a veces parecía un becerro. Para nada era miedoso. Iba de noche solo a cualquier sitio oscuro sin la menor contrariedad. Jugaba con los lagartos y las serpientes, a las que ponía formando corro alrededor de su palo y les daba a beber en los huecos de las piedras la leche de las ovejas…"

Tío Marto, aunque analfabeto, era un hombre de verdadera sabiduría y prudencia. Tenía un sentido de los valores que era excepcional, y debió de infundir en el espíritu y el corazón de Francisco una profunda apreciación de la natural hermosura de la vida. Hasta como un chico pequeño amaba contemplar el mundo que le rodeaba: la vastedad de los cielos, la maravilla de las estrellas, y las numerosas bellezas de la naturaleza al amanecer y al atardecer. A Francisco también le gustaba la música y portaba una flauta de caña con la que acompañaba a Lucía su prima y Jacinta su hermana, sus compañeras, en sus cantos y bailes.

Jacinta nació el 11 de marzo de 1910, y era casi dos años más joven que su hermano. De carácter sensiblemente distinto al su hermano, Jacinta se parecía no obstante mucho a él en el aspecto exterior. Lo mismo que Francisco, era de cara redonda y

facciones de una regularidad perfecta: boca pequeña, labios finos, cuerpecillo bien proporcionado, pero no tan robusto como Francisco. Una niña tranquila y que portaba bien, llegó a ser una niña querida, aunque tenía una tendencia precoz a ser egoísta. Estaba inclinada a ser piadosa, pero igualmente dada a divertirse. De hecho, parece que había sido idea suya, algún tiempo antes de las apariciones, de reducir su Rosario cotidiano a una repetición de apenas las dos primeras palabras del Ave María, una práctica que, por supuesto, rápidamente abandonaron después.

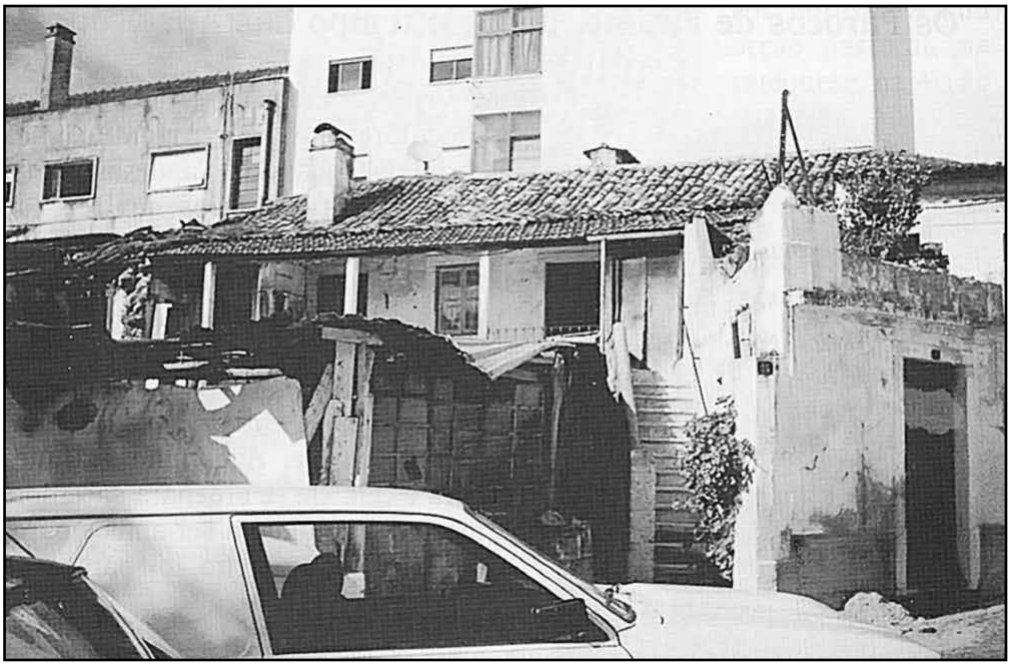
Tío y Olimpia Marto, los padres de Francisco y Jacinta

Jacinta tenía una gran devoción hacia Lucía, y cuando llegó a ser la tarea de Lucía llevar las ovejas a los campos a pacer, Jacinta importunaba a su madre hasta que le dio también unas ovejas para que pudiese acompañar su prima a los campos. Cada mañana, antes de amanecer, la Señora Olimpia despertaría a Francisco y Jacinta. Se bendecirían cuando se levantaban y rezarían una breve oración. Su madre, habiendo preparado el desayuno, generalmente algún pan y un plato de sopa, iría después al establo para abrir a las ovejas, y una vez de vuelta en casa, prepararía un almuerzo con alguna cosa disponible, a lo mejor pan con olivas, bacalao, o sardinas. Terminado esto, los niños estarían dispuestos para ir y encontrarse con Lucía con su rebaño de ovejas. Antes de las apariciones acostumbraban a juntarse con los otros niños, pero después de las apariciones del Ángel los tres permanecieron en general por ellos mismos, apartados de los demás.

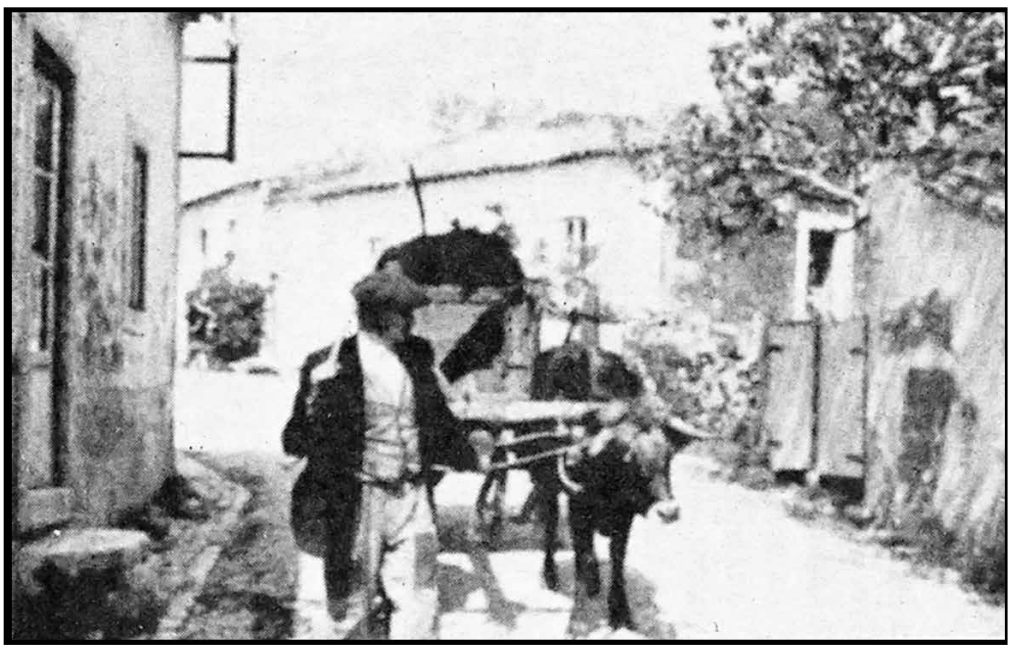
Lucía escogería el lugar para el pastoreo del día. Por regla general iban a los campos montañosos, adonde el Señor dos Santos era el propietario. A veces ella los llevaba a los campos abiertos alrededor de Fátima. Un favorito lugar de veraniego, sin embargo, era el Cabeço, una colina frondosa que ofrecía la sombra de árboles – olivos, pinos, y encinas – así como la gruta. Estaba más cerca de su casa que los otros pastizales, y los niños le estimaban lo mejor para divertirse.

Una de las compañeras anteriores de Lucía recuerda, "Lucía era divertida y nos gustaba estar con ella porque era también siempre muy simpática. Hacíamos cualquier cosa que nos dijese que hiciésemos. Era muy sabia, y podía cantar y bailar muy bien; y con ella podíamos pasar todo el día cantando y bailando…"

Y Lucía recuerda, hasta hoy, todas sus canciones simples y hermosas. Cuando oían el sonido de las campanas de la iglesia, o cuando el sol en su zenit les decía que era mediodía, paraban su juego y el baile para recitar el Ángelus. Después de tomar su almuerzo rezaban su Rosario y después continuaban con su diversión. Volverían a casa al atardecer para cenar, y después de sus oraciones nocturnas se acostarían.



La casa de Arturo Santos, el Administrador del Municipio de Ourém, donde los niños fueron llevados después de ser secuestrados el 13 de agosto de 1917 (ver capítulo VII empezando en la página 34.)



João Marto, el hermano de Francisco y Jacinta se ve en Aljustrel en esta foto de 1966. La casa de Lucía está al fondo.

Capítulo III La primera Aparición

Al mes de mayo, mes de las flores sigue las largas lluvias de abril que lavan la cara de la Tierra después de su largo sueño invernal. Es en ese momento que Dios cubre el mundo con joyas más hermosas que piedras preciosas. ¿Quién es más bella que las primorosas y caprichosas flores de mayo?

Fue un hermoso domingo día 13 de mayo, en al año 1917, a mediados de la Primera Guerra Mundial, que Dios envió a la Tierra la más radiante Flor del Cielo, Su propia linda Madre, María Santísima, a quien invocamos como Reina de Mayo. En ese día los pastorcitos fueron temprano a Misa. "Líbrenos Dios", decía la Señora Marto, "de dejar pasar un domingo sin Misa. Aunque fuera preciso tener que ir a Boleiros, a Atounguia, o hasta Santa Catalina, que dista casi 9 kilómetros, lloviese o tronase, nunca me acuerdo haber faltado a Misa, aun teniendo criaturas en mantillas. Me levantaba temprano y lo dejaba todo a cuenta de mi marido, que iba a Misa más tarde. Con las criaturas nunca íbamos a la Iglesia. Ni se oye Misa, ni se deja oír a los demás. Se lleva a un angelito, así se piensa y es verdad, pero también un diablillo". Terminada la Misa la madre preparó el almuerzo para los niños y les encaminó a las afueras con las ovejas.

Ese día Lucía y sus primitos se encontraron, como de ordinario, en el pantano fuera del lugarejo llamado el Barreiro, camino a Gouveira, donde después atravesaron sin prisa el sendero hacia Cova da Iría. La dificultad del piso pedregoso y a veces erizado de cardos alargaron sensiblemente el camino, de manera que no llegaron con el rebaño al referido lugar sino hasta cerca del mediodía. Cuando oían las campanas de la iglesia de Fátima que tocaban a Misa les decían que era mediodía. Abrieron sus paquetes de provisiones y comieron, dejando un poco para más tarde. Terminada la merienda, se apresuraron en el rezo de su Rosario y después encaminaron enseguida a las ovejas más para el alto. Su juego para hoy sería la construcción, haciendo castillos con las piedras. Francisco era el arquitecto y constructor, Lucía y Jacinta, los ayudantes.

Mientras estaban así ocupados, he aquí que un reflejo vivísimo de una luz que los pastorcitos, a falta de otro término más apropiado, llaman relámpago[1], viene a estorbar sus construcciones. Asustados [2], abandonan sus piedras, se miran primero uno al otro, después al cielo y no se ve la más tenue nube que empañe la inmensidad del firmamento; no sopla el más leve viento, ni hay el más mínimo indicio de temporal. Deciden que deben volver a casa antes que lloviere. Rápidamente recogen las ovejas y empiezan a bajar la cuesta. A mediados de su descenso, al momento en que están pasando un alto roble, otra claridad más fuerte, más intensa, les priva del movimiento. Avanzan unos pasos y, movidos sin saber por qué, espontánea y simultáneamente, se vuelven a la derecha, y allí sobre la copa de una pequeña encina [3], ven una Señora hermosísima.

"Era una Señora vestida de blanco", escribe Lucía, "más brillante que el sol, derramando

---

1 "Los relámpagos tampoco eran propiamente relámpagos, sino el reflejo de una luz que se aproximaba. Por ver esta luz es por lo que decíamos a veces que veíamos venir a Nuestra Señora; pero a Nuestra Señora propiamente sólo la distinguíamos en esa luz cuando estaba ya sobre la encina. El no sabernos explicar o el querer y evitar preguntas fue lo que dio lugar a que algunas veces decíamos que la veíamos venir; otras que no. Cuando decíamos que sí, que la veíamos venir, nos referíamos a que veíamos aproximarse esa luz que al final era Ella. Y cuando decíamos que no la veíamos venir, nos referíamos a que Nuestra Señora sólo la veíamos propiamente cuando estaba ya sobre la encina". *(Las Memorias de Lucía)*

2 El miedo que sentíamos, no fue propiamente de Nuestra Señora, sino de la tormenta que supusimos iba a venir, y de la cual queríamos huir. Las apariciones de Nuestra Señora no infunden miedo o temor, pero sí sorpresa. *(Las Memorias de Lucía)*

3 Se encuentran dos especies de robles en Portugal, la azinheira y la carrasqueira. La azinheira es el *Quercus ilex,* famoso en la literatura clásica. Es uno de los robles más ornamentales, compacto y regular en forma, hermoso en su follaje lustroso y perenne. Sus bellotas son de un tipo europeo que es comestible. La carrasqueira es el *Quercus coccifera.* Es un pequeño hojas perennes con altura más o menos de un metro con follaje lustroso y cortante, y no dar bellotas. Era por encima de una carrasqueira que Nuestra Señora apareció en Fátima.

una luz más clara e intensa que un globo de cristal lleno de agua cristalina atravesado por los rayos más ardientes del sol".

¡"No temáis!, dice la Señora, "yo no os hago mal."

¿"De dónde es Ud."? Lucía se atreve preguntar.

"Soy del Cielo", la Señora hermosa contesta, alzando la mano hacia el horizonte distante.

¿"Y qué es lo que Ud. quiere de mí"? Pregunta Lucía humildemente.

"Vengo a pediros que vengáis aquí seis meses seguidos, el día 13, a esta misma hora. Después diré quién soy y lo que quiero. Y volveré aquí todavía por séptima vez".

"Y yo, ¿iré al Cielo?" Lucía pregunta.

"Sí, irás", la Señora le asegura.

"Y, ¿Jacinta"?

"También".

"Y ¿Francisco"?

"También irá; pero tendrá que rezar muchos Rosarios", la Señora responde.

Lucía le pregunta más cosas. Habían fallecido recientemente dos jovencitas de Aljustrel que frecuentaban su casa para aprender a coser y tejer con sus hermanas.

"Y ¿María del Rosario, hija de José de las Nieves - está en el Cielo"?

"Sí, está", responde la Señora.

"Y, ¿Amelia"?

"Está aún en el Purgatorio"

Y los ojos de Lucía se llenaron de lágrimas. ¡Qué pena, que su amiga Amelia estaba sufriendo en los fuegos del purgatorio! Después la Señora dice a los niños:

"¿Queréis ofreceros a Dios para soportar todos los sufrimientos que Él quiera mandaros, en reparación por los pecados con que es ofendido y como súplica por la conversión de los pecadores?"

A lo que responde Lucía en nombre de todos, con decisión y sinceridad:

"Sí, ¡queremos!"

"Tendréis, pues, mucho que sufrir, pero la gracia de Dios os confortará", promete la Señora.

"Al pronunciar estas palabras", atestiguó Lucía, "abrió las manos, comunicándonos una luz muy intensa – como un reflejo que de ella salía, penetrando en nuestro pecho y en lo más íntimo del alma y haciendo que nos viéramos en Dios, que era esa luz, más claramente que en un espejo. Entonces, movidos por un impulso interior, también comunicado, caímos de rodillas y repetimos íntimamente:

"'Oh Santísima Trinidad, yo os adoro. ¡Dios mío, Dios mío; os amo en el Santísimo Sacramento'"!

La señora les habla otra vez: *"Rezad el Rosario todos los días para alcanzar la paz al mundo y el fin de la guerra".*

"Comenzó entonces", continuó Lucía, "a elevarse serenamente en dirección al oriente, hasta desaparecer en la inmensidad del espacio, rodeada de una luz muy viva que iba como abriéndole camino en el círculo de los astros".

Los niños quedaron algún tiempo con la mirada clavada en el cielo, en el punto por donde desapareció Nuestra Señora. Cuando gradualmente volvieron en sí y miraron alrededor, buscando las ovejas, las vieron pastando bajo la sombra de las encinas. ¡Cuál no fue su alegría al ver que las plantaciones verdes estaban intactas y que las ovejas sólo comían de las hierbas crecidas entre el maíz, y por eso serían perdonados de ser castigados en casa! Pero su alegría era inmensa y más allá de toda descripción por haber visto la exquisitamente hermosa Madre de Dios. ¡Era tan maravillosa, tan encantadora! Sentían la misma alegría interior, la misma paz y felicidad ahora como cuando el Ángel

les había visitado, pero cuando el Ángel vino sentían una especie de aniquilamiento ante su presencia; pero con Nuestra Señora recibieron fortaleza y ánimo. "En vez de este abatimiento físico, [sentíamos] una cierta agilidad expansiva", Lucía describió su reacción. "En vez de este anonadamiento en la divina presencia, un exultar de alegría, en vez de esta dificultad en hablar, un cierto entusiasmo comunicativo".

Los pastorcitos pasaron la tarde en aquella Cova bendita, recordando y saboreando los más insignificantes detalles de aquel extraordinario acontecimiento. Se sentían tan supremamente alegres, aunque mezclado con una solicitud profunda. Nuestra Señora les parecía triste sobre algo e intentaron comprender el significativo de cada una de Sus palabras. Mientras tanto, Francisco insistía con las niñas preguntando para enterarse de todo lo que había dicho. Le contaron todo. Cuando le dijeron que Nuestra Señora prometió que él iría al cielo, exuberante de alegría, cruzó las manos sobre el pecho y exclamó con voz alta, "Oh mi Señora, ¡rezaré todos los Rosarios que Tú quieras"!

Lucía pensó que sería prudente para ellos que guardasen la visión en sigilo. Estaba bastante madura para darse cuenta de cuán incrédula la gente es sobre tales cosas, y más que eso, ya lo había experimentado amargamente cuando las niñas que habían visto primero al Ángel, difundieron las noticias a través del lugarejo. Tanto Francisco como Jacinta estuvieron de acuerdo con la sugerencia de Lucía. Pero en la voz de Jacinta, extraordinariamente expansiva, ya se podía prever cuán frágil había de ser su propósito. La cara de la niña brillaba con alegría y diría frecuentemente "Ay, ¡qué Señora tan linda!"

"Sé que tú lo dirás a todos", Lucía amonesta a Jacinta.

"En verdad, no lo diré a nadie", asegura Jacinta.

Y más de una vez Lucía, llevando el dedo a los labios repite:

"Pshiu!... ¡ni a la madre!"

"¡Pues sí!", le asegura nuevamente Jacinta.

"Lo mantendremos en secreto" concuerdan todos.

¿Pero cómo era que la pequeña Jacinta podría mantenerlo en secreto, cuando había visto una Señora tan hermosa?

Cuando Lucía llegó a casa, no dijo ni una palabra a nadie sobre la Visitante Celeste. Después de la cena y las oraciones, escuchó la lectura del Nuevo Testamento y se acostó inmediatamente. ¡Que diferente era la situación en el hogar de sus primos! Los Martos habían ido al mercado ese día para comprar una cerdita. No estaban en casa cuando Francisco y Jacinta volvieron de los campos. Francisco, en el entretanto, se ocupaba en el jardín, pero Jacinta esperaba en la puerta la arriba de sus padres. Había parecido olvidarse por completo ya la advertencia solemne de Lucía: "Pshiu!... ¡ni a la madre!" Jacinta nunca guardaba secreto alguno a su madre, y hoy, cuando había sucedido la cosa más maravillosa en todo el mundo, ¿cómo sería, que no pudiese contarlo a su madre?

Finalmente, su madre y padre llegaban, la madre caminando por delante, su padre guiando la cerdita. "La pequeña corrió a mi encuentro", su madre describió la escena, "se me agarró a las piernas, cosa que nunca había hecho antes de tal forma. ¡'Madre'! me gritó toda alborozada, ¡'Hoy he visto en Cova da Iría a Nuestra Señora!' 'Lo creo, hija. ¡Buena Santa estás tú para ver a Nuestra Señora'! le respondí.

"Ella se quedó triste, acobardada, y mientras me acompañaba a casa iba repitiendo: 'Pues ¡la he visto'! Y comenzó a contarme lo ocurrido. Me habló del relámpago… del miedo que tuvieron... de la luz… de la Señora… tan linda... de la Señora con tanta luz que no se podía mirar, que cegaba… del Rosario que había que rezar todos los días.

Pero yo no daba crédito a las palabras de la niña, ni le prestaba atención. Le dije, 'eres muy tontiña, ¡Ni que Nuestra Señora se te vaya a aparecer a ti!'"

"Fui entonces a preparar un poco de comida para la cerdita. Mi hombre estaba todavía

en el corral, comparando la cerdita que había traído con los que teníamos en casa. Repartida la comida al ganado y visto que todo estaba bien, nos retiramos a casa. Mi Manuel entró en la cocina y se puso a cenar. Se encontraba también allí Antonio da Silva, su cuñado, y creo que todos mis hijos que eran ocho. Dije entonces bajo a Jacinta: 'Oye, Jacinta, cuenta cómo ha sido eso de Nuestra Señora en Cova da Iría'. Y ella se puso a contar las cosas con la mayor sencillez del mundo:

"'Era una Señora muy linda, muy linda… Tenía un vestido blanco, y un cordón de oro al cuello hasta el pecho… La cabeza la tenía cubierta con un manto blanco, también muy blanco, no sé, más blanco que la leche… Y le tapaba hasta los pies… Era todo bordado en oro… ¡Ay qué bonito!... Tenía las manos juntas, así' – y la pequeña se levantaba del banquillo, y juntaba las manos a la altura del pecho para imitar a la Visión. 'Entre los dedos tenía el Rosario. ¡Qué lindo Rosario el que tenía! todo de oro, brillante como las estrellas de la noche, y un Crucifijo, que lucía… que lucía… Ay, ¡qué linda Señora!... Habló mucho con Lucía, pero nada conmigo, ni con Francisco… Yo escuchaba todo lo que decían. ¡Ay, madre, hay que rezar el Rosario todos los días!... Se lo ha dicho la Señora a Lucía... Y ha dicho también que a los tres nos llevaría al Cielo, a Lucía, a Francisco y a mí… Y ha dicho otras muchas cosas que yo no sé, pero que las sabe Lucía… Cuando Ella entró en el Cielo las puertas se cerraron con tanta prisa que parecía que los pies quedaban fuera cogidos por ellas".

Francisco confirmaba las declaraciones de Jacinta. Las hermanas oían con interés, pero los hermanos se reían de ella, haciendo eco las palabras de su madre. ¡"Buena santita estás tú para que se te aparezca Nuestra Señora"! Antonio da Silva intentó dar su explicación: "Si los niños han visto a una Mujer vestida de blanco, ¿quién podía ser sino Nuestra Señora"?

El padre, mientras tanto, iba rumiándolo en la mente, intentado vincular los principios religiosos que se implicaban. Finalmente dijo: "Desde el principio del mundo Nuestra Señora se ha aparecido muchas veces, de diversas maneras. Lo cual quiere decir: qué si el mundo está malo, peor estaría si no se hubiesen dado casos como estos… ¡El poder de Dios es grande! No sabemos lo que es, pero algo debe de ser... Sea lo que Dios quiera". Más tarde confesó, "Formé juicio de que era verdad lo que los niños decían casi inmediatamente… Sí, lo creí pronto". Más tarde confesó, "Pensaba que los niños no tenían instrucción ninguna. Si no les hubiera auxiliado la Santa Providencia, ellos no hubieran afirmado eso. ¿Mentir los niños?... ¡Ay, Jesús, Francisco, y más Jacinta, nunca se avenían a ello!" Cuando más tarde el Obispo de Leiria publicó su decisión oficial sobre el asunto, no haría más que desarrollar los mismos argumentos avanzados por Tío Marto mientras comía su cazuela de coles. Finalmente, todos se acostaron, teniendo el consejo del padre de que deberían encomendarlo a las manos de Dios.

Despuntó el nuevo día y la madre de Jacinta contó a las vecinas, tomándolo a broma, las confidencias de su hija. El hecho era tan sensacional, que pronto fue corriendo de boca en boca por todo Aljustrel, llegando también a los oídos de la familia de Lucía.

María de los Ángeles fue la primera en oír las noticias. "Lucía", dijo a su hermanita, "he oído decir que habéis visto a Nuestra Señora en Cova da Iría. ¿Es verdad?"

¿"Quién te lo ha dicho"? Lucía estaba tan espantada de lo que las noticias habían soltado. Después de detenerse un poco a pensar, tartamudeó, "Y ¡tanto como yo le supliqué que no lo dijera a nadie"!

"¿Por qué"?

"Porque no sé si era Nuestra Señora. Era una mujercita muy bonita".

"Y ¿qué es lo que os ha dicho esa mujercita"?

"Que quería que fuésemos seis meses seguidos a Cova da Iría y que después nos diría Quién era y lo que quería".

"¿No le preguntaste Quién era"?

"Le pregunté de dónde era y Ella entonces me dijo así: 'Soy del Cielo'".

Lucía se quedó callada. Parecía que no quería decir más; pero María de los Ángeles tanto la apremió que se lo contó todo.

Lucía se puso muy triste. Llegó entonces Francisco y confirmó la sospecha de Lucía de que fue Jacinta quien se había sido la de la lengua-ligera. Inicialmente la señora María Rosa se río de todo aquello. Pero cuando su hija más vieja le dijo lo que Lucía había contado, cayó en la cuenta de que algo serio estaba sucediendo. Llamando a Lucía en seguida, le hizo repetir toda la historia. ¡El rumor estaba cierto! Desde entonces una terrible duda comenzó a atormentar a la señora María Rosa, duda que muy pronto había de cambiarse en certeza: ¡Su hija se había vuelto mentirosa!

La tarde del día catorce, los pastorcitos, como de costumbre, salieron con sus rebaños. Lucía, asustada por la incredulidad de su madre, se mantenía silenciosa. Jacinta, a su vez, estaba también pensativa, avergonzada por haber roto su promesa a Lucía. La alegría que la Visión les había causado estaba recibiendo un rudo golpe por la irrisión e incredulidad ante su sincera descripción de Ella. Finalmente, llegados a Cova da Iría, Jacinta se sentó en una piedra, callada y muy triste. A Lucía le daba pena esta desacostumbrada actitud de su prima y por eso se acercó a ella y le dijo con una sonrisa forzada,

"Jacinta, vamos a jugar".

"Hoy no quiero jugar".

"¿Por qué"?

"Porque estoy pensando que la Señora nos dijo que recemos el Rosario y hagamos sacrificios por la conversión de los pecadores. Ahora, cuando recemos el Rosario, tenemos que rezar todas las palabras del Ave María y del Padre Nuestro".

"Sí", Lucía acordó, "Y los sacrificios ¿cómo los haremos"?

"Podemos dar nuestro almuerzo a las ovejas", sugirió Francisco.

La propuesta fue aceptada. Y al mediodía, aunque era difícil, los niños con el estómago ya deseoso de comida, regalaron a las ovejas el pan y queso que sus madres les habían preparado. Como pasaban los días, pensaron que, en vez de dar las meriendas a las ovejas, sería más del agrado de Nuestra Señora remediar el hambre de unos niños pobres. Cuando al cabo del día el hambre se hacía sentir aún más, Francisco se subía a coger bellotas a las encinas, a pesar de estar verdes. Pero para Jacinta, esto no era un sacrificio suficiente. Pensaba que sería mejor comer cardos porque eran más amargos.

"Y aquella primera tarde", recuerda Lucía, "saboreamos ese delicioso manjar. Otras veces nuestro sustento era piñones, raíces de campanillas (florecitas amarillas que tienen en la raíz una bolita del tamaño de la aceituna), moras, champiñones y unas cosas que cogíamos en las raíces de los pinos y no me acuerdo cómo se llaman, o fruta si había cerca en alguna propiedad perteneciente a nuestros padres".

Aquellos días les costaba pasar más que los otros porque faltaban los cánticos y el ánimo despreocupado que hasta entonces les aligeraba las horas. Los sufrimientos mayores, sin embargo, les vendrían de parte de sus propias familias. A Lucía, sobre todo, le esperaba un verdadero martirio. Vecinos y amigas, madre y hermanas, todo contribuía a martirizarla. El único que no se preocupaba de ello era el padre. Encogiéndose de hombros lo llamó apenas "historias de mujeres". No obstante, aunque él fuese indiferente, la madre de Lucía se preocupaba mucho sobre el asunto. "Qué lejos estaba de pensar lo que me esperaba. Aún me faltaba esto para lo que me queda de vida", decía ella, "Yo que siempre he andado con el cuidado de que no me dijesen mentiras, ahora me viene aquella, con una de éstas".

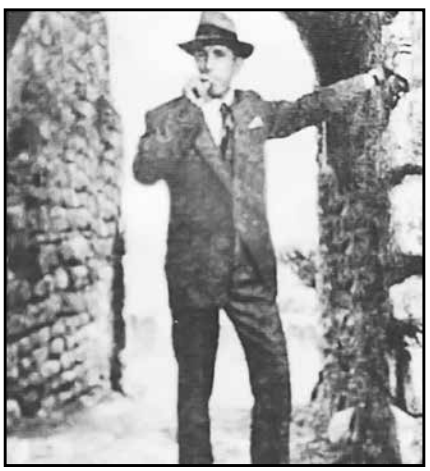
Y la señora María Rosa no se contentaba apenas con lamentos; llegaba a las obras

para intentar detener este mal comportamiento de su hija. “Un día”, nos dice Lucía, “antes de salir con el rebaño quiso obligarme a confesar que había mentido. No perdonó, para ello, cariños, amenazas, ni siquiera la escoba. No obtuvo otra respuesta que un mudo silencio, o la confirmación de lo que ya había dicho. Me mandó sacar el rebaño y que pensase bien durante el día, que, si nunca había consentido una mentira en sus hijos, mucho menos consentiría una de esa especie; que a la noche me obligaría a ir donde las personas a quienes había engañado a pedirles perdón después de confesar que había mentido. Y me fui con mis ovejitas. Aquel día me esperaban ya mis compañeros y al verme llorar, corrieron a preguntarme la causa. Les conté lo que había pasado y añadí: “Ahora decidme qué voy hacer. Mi madre quiere a todo trance que diga que he mentido: y ¿cómo lo he de decir?”

Entonces Francisco dijo a Jacinta: “Ves, tú tienes la culpa, ¿para qué lo dijiste?

Jacinta, llorando, se puso de rodillas con las manos en alto, y pidió perdón. “He hecho mal,” decía, “pero ya nunca más he de decir nada a nadie”.

Al atardecer, la madre de Lucía, viéndose incapaz de arrancar de labios de la hija la tan deseada confesión, resolvió llevarla al Párroco. “En cuanto llegues allí”, dijo a Lucía con aspecto amenazador, “te pones de rodillas y le dices que has mentido y le pides perdón ¿has oído? Dale las vueltas que quieras; o desengañas a la gente, confesando que has mentido, o te encierro en un cuarto donde no puedas ver la luz del sol. Siempre conseguí que mis hijos dijesen la verdad y ahora ¿he de dejar pasar una cosa de éstas en la más pequeña? ¡Todavía si fuese una cosa de poca importancia!” Pero ¿cómo podría decir la niña que no había visto lo que en verdad vio? Se estaban verificando al pie de la letra las palabras de la Señora: “Tendréis que sufrir mucho, pero la gracia de Dios os confortará”.



Arturo de Oliveira Santos, el Administrador de Ourém, que secuestró a los videntes de Fátima y les encarceló en agosto de 1917 amenazando a los niños con ejecución si no hubiesen revelado el Secreto que la Virgen María les había dicho. Rehusaron rendirse a la amenaza y finalmente fueron libertados. (Vea el capítulo VII que empieza en la pág. 34)

Capítulo IV Segunda Aparición

Se acercaba ya el día 13 de junio, día señalado por la Señora del Cielo para Su segunda entrevista con los pastorcitos. La noticia de la aparición se había extendido por todo el paisaje, dando lugar a las más diversas impresiones. Algunos creían, pero la mayoría no. De hecho, tanto los niños como sus padres fueron ridiculizados por sus vecinos. Surgieron ásperas censuras a la debilidad de los padres o a su incapacidad para educarles e imponerles el correctivo que reclamaban las circunstancias. "¡Si fuese hija mía! – decía uno, aplastando en las manos su sombrero de la media. Y otro, agitando un palo: ¡"Una buena paliza pondría fin a las visiones"! Hasta los otros niños les escarnecían y se burlaban cuando Lucía y sus primos pasaban.

Mientras tanto, la madre de Lucía, en su buena fe, fue para consultar con el Párroco de la aldea, el Rvdo. Manuel Marques Ferreira. Una vez que había escuchado su versión de la historia, sugirió que permitiesen a los niños volver a la Cova da Iría el día 13 siguiente y que se les presentase a él después. Los interrogaría, a cada uno individualmente. Volviendo a casa, la señora María Rosa encontró al Tio Marto y le comunicó el consejo del Párroco. Juzgó él sensato ir también y hablar con el Párroco. Cuando llegó a la rectoría, y le invitaron adentro, dijo, "Señor Cura, mi cuñada acaba de decirme que Usted quiere que yo venga aquí con los niños después de la próxima aparición, con cada uno a la vez. He venido ahora para enterarme de lo mejor que podemos nosotros hacer".

¡"Es mucha la confusión y el enredo"! – dijo el Cura. ¡"Tan pronto es blanco como negro"!

"El señor Cura da más crédito a las mentiras que a las verdades" – contestó Tío Marto con calma.

"Hasta ahora no había oído decir estas cosas" – respondió el Párroco, notablemente vejado por todo el asunto. "Los demás saben antes que yo lo que pasa. Si quieren los traen, y si no, no los traigan".

"Vengo, señor Cura, en bien y para bien".

Entonces Tío Marto se dirigió hacia la terraza y trató de encaminarse a casa, pero cuando estaba a mitad de las escaleras, el Cura le dijo de nuevo:

"Tío Marto, eso queda de su responsabilidad. Tráigalos si quiere, y si no, no los traiga".

"Buen Padre, de venir será en bien y para bien, no para discordias".

Entre aquellos pocos que creían, hay una que merece mención especial: la señora María dos Santos Carreira. Más tarde llegaba a ser conocida como "María da Capelinha" (María de la Capilla). En su residencia de la planta baja del Hospital en el Santuario de Fátima, contó al autor todo cuanto sabía acerca de los hechos extraordinarios de Cova da Iría que ella, casi desde el principio, tuvo la dicha de presenciar. "Siempre he estado enferma", ella dijo, "y durante aquellos siete años antes de las apariciones desahuciada de los médicos, me daban poco plazo de vida". Habían pasado dos o tres días después de la primera aparición, cuando una noche el marido de la Señora Carreira, que había ido a trabajar con el padre de Lucía, Antonio dos Santos, fue contado la historia sobre su hija.

Esa noche, Señor Manuel Carreira dijo a María su mujer: "Mi querida, Antonio dos Santos me ha contado que Nuestra Señora se apareció en Cova da Iría a una de sus niñas, la más joven, y a dos hijos de su hermana Olimpia, la que está casada con el Tío Marto. Nuestra Señora habló con ellos y prometió volver allá todos los meses hasta octubre".

Se despertó la curiosidad de María da Capelinha. "Pues yo he de saber si esto es cierto o no. Y si es cierto, y me es posible, quiero ir allá. ¿Dónde está Cova da Iría"?

Su marido le dijo, y aunque estaba apenas a 10 minutos a pie de su casa, ella nunca había andado por esos sitios. Nunca antes habían hablado del lugar. Señor Carreira intentó disuadirla. "Piensas, ¡tonta, que vas a ver la Virgen"!

“Ya sé que no La veré, pero si nos dijesen que iba allá el Rey, nadie quedaba en casa a ver si le veía. Dicen que viene Nuestra Señora y ¿nada hemos de hacer por ir a verla”? Más tarde esta señora llegaría a ser un gran consuelo para los pastorcitos por su bondadosa comprensión y asistencia auxiliadora.

La gran fiesta de San Antonio se aproximaba. La emoción era evidente en la parroquia; todos, tanto los mayores como los jóvenes, se prepararon para la celebración de la fiesta que también sucedería el día 13. Mientras doblaban las campanas, carros de bueyes adornados con ramas de árboles, flores, banderas y colchas, y cargados con quinientas cestas de meriendas de pan blanco se daban unas vueltas alrededor de la Iglesia y se iba a parar delante de la terraza del señor Cura que bendecía todo aquello. María Rosa sabía que a Lucía le gustaba muchísimo las celebraciones, y esperaba que esta fiesta le ayudase a olvidarse de la Cova da Iría. “Que bien, que mañana tenemos gran fiesta” – dijo a sus hijas. “No le hablemos nosotros más que de la fiesta. La gente es la que tiene la culpa, que anda siempre recordando a Lucía lo de la Cova”.

La familia intentó evitar el problema de la aparición. Cuando Lucía hablaba de ella, cambiaban el tema para desviar su mente y hacer caso omiso de sus planes. Lucía lo interpretó como desdén y desprecio por parte de su familia; sentía que ellos le habían abandonado. Solitaria y triste, se volvió muy callada, pero de vez en cuando soltaba: “Yo mañana voy a Cova da Iría. ¡Eso es lo que la Señora quiere”!

A pesar del consejo del Párroco de dejar a los niños ir a la Cova da Iría el 13 de junio, ambas madres querían impedirlo. Quería además Jacinta que la madre participase de la felicidad de la visión y en su ingenua sencillez no podía comprender cómo podía ser tan reacia para admitir lo que para ella era tan evidente. Llena de entusiasmo por la causa de Nuestra Señora, Jacinta suplicó, “Madre, madre mía, ¡venga mañana con nosotros a Cova da Iría para ver a Nuestra Señora”!

¡“Qué Nuestra Señora! ¡Tontuela! ¡No! Mañana vamos a San Antonio. Entonces, ¿no quieres tu merienda? ¡Y luego música… cohetes… un sermón muy bonito”! La madre pensó que la mención de la banda y la merienda ciertamente haría a la niña olvidarse de la Cova. Ni siquiera barruntaba ella que hacía ya un mes que su pequeña, para mortificarse por los pecadores, renunciaba a los cantares, a las danzas y hasta a su frugal comida.

¡“Madre”! - continuaba la pequeña - ¡“pero en Cova da Iría se aparece Nuestra Señora”!

¡“Nuestra Señora no se te aparece; de modo que excusas ir allá”! – la señora Marto contradijo a su niña.

“Nuestra Señora dijo que se aparecería, ¡por eso con toda certeza se aparecerá”! – Jacinta replicó.

¿“No quieres ir entonces a San Antonio”? – Señora Marto intentó cambiar el tema.

¡“San Antonio no es bonito”!

¿“Por qué”?

“Porque aquella Señora es mucho más, pero mucho más bonita. Yo voy a Cova da Iría. Si la Señora nos dice que vayamos a San Antonio, entonces vamos”.

Señor Marto, el padre de Jacinta, estaba en el mismo apuro. No sabía qué hacer el día de la fiesta. ¿“Qué haré”? ¿“Ir a Cova da Iría con los niños”? Y ¿“si no se aparece nada”? No le pareció bien ir a la fiesta de la iglesia y dejar a los niños ir solos a la Cova. Por fin decidió, como había feria en Pedreira iría allá a comprar los bueyes que quería, y cuando hubiese vuelto, todo se habría solucionado. Sí, eso es; iría a la feria. Le perdonaría comprometerse. Quería dormir en paz.

Al amanecer Jacinta, apenas abrió los ojitos, saltó de la cama y fue corriendo al cuarto de la madre para volver a invitarla a la entrevista con la Señora; pero cuál no fue su espanto al ver la cama vacía. ¡“Y mi madre que no ve a Nuestra Señora hoy”! – dijo ella a sí misma. Pero después casi pensó con gusto: “Al menos podemos ir descansados”.

Corrió entonces a despertar al hermanito y, cuando éste se hubo vestido, fue a abrir el ganado.

Una vez que Francisco estaba listo, mordisqueando algún pan y queso por el camino, fueron al encuentro de Lucía.

Lucía ya estaba esperándoles en el Barreiro. Tan amargamente sentía la falta de compresión y cruel oposición de su madre y hermanas que ansiaba estar sola con sus primos. Sólo con ellos se sentía alegre porque comprendieron y creyeron en ella tal como ella comprendió y creyó en ellos. En sus memorias escribe, "Recordaba entonces los tiempos pasados y me preguntaba a mí misma: ¿Dónde está el cariño que hasta hace poco mi familia me tenía"?

Pero la Señora estaba para llegar y no había tiempo que perder. Deberían asegurarse llegar a tiempo a la Cova da Iría. "Hoy vamos a los Valinhos" – decidió Lucía. "Allá no falta hierba, y cerquita como está despachamos las ovejas en seguida. Podemos volver a casa y prepararnos con los vestidos del domingo. Hoy no os espero. Voy primero a Fátima, que quiero hablar con unas niñas que hicieron conmigo la Primera Comunión".

Más tarde cuando la madre la observaba con toda atención vestirse, se frotaba las manos de gusto pensando que San Antonio le había contestado a su oración de que Lucía se olvidase de todo el asunto. "Pronto se verá" – decía la hermana mayor– "si va para Fátima o toma el camino de Cova da Iría". Se convino entonces que si Lucía iba a Cova da Iría, la madre los siguiese y allá, escondida, observase y ver si la niña estaba mintiendo. También quería estar presente para impedir que alguien intentase dañar a los niños. No dejaría que alguien dañase a su Lucía, ni dejaría a Lucía caer en el vicio de mentir.

La señora María Rosa salió, preocupada y triste, decidiendo que primero debería ir a la iglesia. Hacia la mitad del camino se encontró con unas cinco o seis personas extrañas, que ella supuso irían a la fiesta del Patrón. Les dijo:

"Van Ustedes equivocados. A Fátima no es por ahí".

"De Fátima venimos; lo que queremos es ir a casa de los niños que vieron a Nuestra Señora".

"Y ¿de dónde son Ustedes"? – balbuceó.

"Somos de Carrascos. ¿Dónde están los niños"?

"Están en Aljustrel, pero de aquí a poco vendrán también para la fiesta."

Mientras tanto, Lucía iba a la iglesia y allá vio a sus amigas y les invitó a ir con ella a la Cova da Iría. Se juntaron allá unas catorce niñas, todas de la primera Comunión de aquel año, y resolvieron acompañar a Lucía a Cova da Iría. Como de costumbre, cuando Lucía proponía una cosa a sus amigas, nadie se excusaba. Iban todas en grupo, cuando apareció Antonio, hermano de ella, y le dijo: "Hoy no vas a Cova da Iría. ¿Por qué? No vayas y te doy unas perras". Y ella respondió: "No me importa de tus perras; lo que yo quiero es ir allá". Anduvieron unos cien metros de la iglesia y el muchacho siempre detrás, queriendo hacerles desistir. Pero a ellas poco se les daba."

Las catorce niñas no estaban solas en la Cova. Algunas otras personas se les habían juntado en el camino y cuando llegaron a donde ahora está ubicada la entrada del Santuario, dieron con un grupo de mujeres que estaban esperando a los videntes. Se veía también allá, acompañada de su hijo Juan, muchacho de diecisiete años, y muy defectuoso, a la señora María de Capelinha, a quien ya conocemos y a quien cedemos nuevamente la palabra:

"Como había decidido, no quería faltar de ninguna manera a Cova da Iría el 13 de junio. La víspera por la noche dije a mis hijas:

¿'Y si fuésemos mañana a Cova da Iría antes que a San Antonio'?

'En Cova da Iría' – decían ellas – ¿'qué vamos a hacer? No, más vale ir a la fiesta'.

"Entonces me dirigí a mi enfermito, a mi Juan:

'Y tú ¿qué quieres, ir a la fiesta o venir conmigo'?

'Yo, mamita mía, iré contigo'.

"Al día siguiente, antes de que el resto de la familia fuese para la fiesta" – continua la señora – "vine yo para acá (a la Cova da Iría) con mi Juan, apoyado en un bastoncito. No se veía alma viviente. Seguimos entonces por la carretera por donde habían de venir los niños. Allí nos sentamos, hasta que vi a una mujercita de Loureira que quedó admirada al verme allí, porque sabía que yo estaba enferma de guardar cama.

¿'Qué es lo que hace Usted aquí'? – me preguntó.

"'Lo mismo que viene Usted a hacer'. Sin más palabras, la mujer se sentó a mi lado.

Momentos después llegó un hombrecito de Lomba de Egua y hablamos una cosa parecida. En seguida aparecieron algunas mujeres de Boleiros a quienes pregunté si venían huyendo de la fiesta.

"'No faltó' – dijo una – 'quien se riese de nosotras, pero no hay que hacerles caso. Ahora queremos ver lo que aquí pasa y si es de ellos o de nosotras de quien hay que reírse'.

"Iba llegando aún más gente de puntos tan distantes como Torres Novas y a las once, aproximadamente, vinieron los pastorcitos. Los seguí hasta que pararon cerca de una pequeña encina. Pregunté a Lucía:

'Niña, ¿cuál es la encina donde Nuestra Señora se apareció'?

'Mire, aquí es donde puso sus plantas'.

"Era un arbolito de un metro de altura, más o menos, en la fuerza del crecimiento; las ramas estaban todas tiesas, muy derechitas, muy tiernas, muy bonitas. Lucía se desvió un poco y se dirigió nuevamente al lado de Fátima, poniéndose al fin a la sombra de una encina grande. Hacía mucho calor ese día. Lucía se sentó junto al tronco con Francisco y Jacinta a sus lados.

Se pusieron a comer algarrobas y hablaban y se divertían con las demás niñas. Pero a medida que el tiempo iba pasando, Lucía iba poniéndose cada vez más seria y aprensiva. Luego dijo a Jacinta, que estaba aún divirtiéndose, "Estate quieta, Jacinta. Nuestra Señora está para llegar."

Era cerca de mediodía y María da Capelinha se sintió débil.

¿"Nuestra Señora tardará mucho"? – ella preguntó.

"No, señora; no tardará ya" – Lucía le respondió sin vacilar.

Rezaron entonces el Rosario, y cuando una niña iba a comenzar la Letanía, Lucía la interrumpió diciendo que ya no había tiempo. Inmediatamente se puso de pie y gritó: "Jacinta, allá viene Nuestra Señora que ya he visto el relámpago".

Corrieron los tres para la encina con los otros detrás, y se arrodillaron sobre las matas y helechos. Lucía levanta los ojos hacia los cielos, como en oración, y le oyen decir, "Usted me dijo venir aquí hoy. ¿Qué es lo que quiere que haga?

Los otros oyen una cosa, así como una voz muy fina, pero no entendían lo que decía. "Es como un suave zumbido de abeja", susurra María da Capelinha.

Lucía, en años posteriores, nos cuenta como se sigue:

"Quiero que vengáis aquí el día 13 del mes que viene; que recéis el Rosario intercalando entre los Misterios la eyaculación: '¡Oh Jesús mío!, perdónanos, líbranos del fuego del infierno, lleva todas las pobres almas al cielo, principalmente las más necesitadas.' Quiero que aprendas a leer. Después os diré que más quiero".

Lucía pide la curación de un enfermo que le había sido recomendado y

la Señora le responde,

"Si se convierte, se curará durante el año".

¡"Quería pedirle que nos lleve al cielo"!

"Sí" – responde la Santísima Virgen – *"a Jacinta y a Francisco voy a llevarles pronto. Pero tú has de quedar aquí algún tiempo. Jesús quiere servirse de ti para que me hagas conocer y amar. Quiere establecer en el mundo la devoción a Mi Inmaculado Corazón. A*

quien la abrazare, le prometo la salvación; y estas almas serán amadas por Dios, como flores puestas por mí para adornar su trono."

¿"He de quedarme acá solita"? – pregunta Lucía, entristecida con el pensamiento de perder la compañía de sus amiguitos.

"No, hija".

Los ojos de Lucía se llenaron de lágrimas.

¿"Sufres mucho por eso? ¡Yo nunca te dejaré! Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te llevará a Dios".

"En el momento en que dijo estas últimas palabras" – continúa Lucía – "la Santísima Virgen abrió sus manos y nos comunicó por segunda vez el reflejo de la luz inmensa que la envolvía.

"En ella nos vimos sumergidos en Dios. Jacinta y Francisco parecían estar en la parte que se elevaba hacia el Cielo, y yo en la que se difundía sobre la tierra. Delante de la palma de la mano derecha de Nuestra Señora había un Corazón cercado de espinas que se clavaban en él. Comprendimos que era el Inmaculado Corazón de María, ultrajado por los pecados de la humanidad, que quería reparación".

Todos vieron ahora que Lucía se levantó muy de prisa y con el brazo extendido decía - ¡"Miren, miren, allá va, allá val"!

Maria da Capelinha informa que cuando Nuestra Señora subió del árbol, era como el silbido de un cohete distante. Ella continua: "Pero nosotros nada veíamos; solamente una nubecilla, a distancia como de un palmo de la rama, que iba subiendo muy despacio, caminando para adelante, hacia el oriente, hasta que se desvaneció del todo".

Los niños se quedaron callados, siempre con la vista en aquel punto, hasta que un poquito después dijo Lucía: ¡"Ahora ya no se ve!; ya ha entrado en el Cielo; ya se han cerrado las puertas".

Entonces la gente volvió a la encina milagrosa y cuál no fue su admiración al ver que los renuevos de la encina, que antes estaban todos rígidos, ahora estaban tumbados hacia el oriente, como se hubiesen sido pisados. Los testigos comenzaron entonces a arrancar ramitos y hojas de la copa de la encina, pero Lucía les recomendaba que las arrancasen de abajo, porque no fueron tocadas por Nuestra Señora. "Recemos el Rosario" – dijo alguien viendo que la gente comenzaba a desfilar, cada cual a su destino. Pero unas personas de más lejos dijeron: "Recemos sólo la Letanía y vamos rezando el Rosario camino de Fátima".

Cuando llegaron a Fátima era precisamente cuando la procesión en honor de San Antonio andaba por las calles. Luego se fue dando cuenta el pueblo, de la gente que de este lado venía, y a los que preguntaban de dónde venían les respondían que de Cova da Iría y que estaban muy satisfechos de haber ido allá. Muchos en la aldea tenían pena de no haber hecho lo mismo."

María da Capelinha recuerda que esa tarde fue interrogada por sus hijas. "'Sólo os diré que he tenido pena de que no hayáis estado allá' – les dije. 'Pues tenemos que ir allá el domingo'. Y decidieron ir y todas, en verdad, fueron allá. Estábamos rezando el Rosario al pie de la encina, cuando vimos pasar a dos personas diciendo: 'Ah, ¡aún hay gente en el bajo, donde se apareció Nuestra Señora'! Nos escondimos en un matorral a ver lo que hacían. Traían flores, que las colocaron en las ramas de la encina y luego se pusieron también a rezar el Rosario. Desde entonces nunca he dejado de ir a Cova da Iría. En casa no tenía fuerzas para nada; venía hasta aquí todos los días, y apenas llegada, me sentía otra persona. Comencé a hacer una buena limpieza en torno de la encina arrancando matas. Quitaba las piedras, até una cinta de seda en una rama de la encina y fui yo la que le puse las primeras flores".

No todos que habían estado en la Cova da Iría salieron inmediatamente después de la Letanía. Algunos pocos se quedaron para preguntar los niños sobre los detalles de la

aparición. Los pequeños revelaron lo que les había permitido decirse, pero guardaron en sigilo el resto. Serían las cuatro de la tarde cuando los tres niños se retiraron para casa, seguidos por este pequeño grupo de piadosos. Los transeúntes les ridiculizaron. Los pastorcitos no hicieron caso en cuanto a ellos, pero les parecía que la gente ridiculizaba a Nuestra Señora.

¿"Lucía, hoy también ha venido la tal mujercita a pasearse por encima de las encinas"?

"Jacinta, ¿esta vez la Señora no os ha dicho nada"?

¿"Todavía estáis aquí? ¿Aún no habéis ido al Cielo"?

Era con un suspiro de alivio que Jacinta cruzó el umbral de su casa.

Allá, sin embargo, las preguntas siguieron. Sus hermanas le indagaron todo tipo de cosas, pero hecha sabia por la experiencia pasada, Jacinta contestó apenas con mucha cautela. ¡Cuánto deseaba ir a su madre y contar toda la historia, y que Nuestra Señora había prometido llevarle pronto al Cielo! No obstante, alguna fuerza misteriosa le hizo guardar silencio. Todos los tres niños se sentían obligados a mantenerlo en sigilo. Sobre un punto, sin embargo, Jacinta hablaba libremente: la belleza de la Señora, toda luz, todo oro resplandeciente.

"Aquella Señora, ¿era tan bonita como fulana"? – le preguntaban las hermanas.

"Mucho, pero ¡mucho más bonita"!

¿"Cómo la Santita que está en la iglesia y que tiene un manto con tantas estrellas"?

"No, ¡mucho más bonita"!

¿"Cómo Nuestra Señora del Rosario"?

"Aún ¡mucho más"!

Y la madre y las hermanas le mostraban, como quien pasa revista, todos los santitos que tenían en el vestíbulo. Pero la belleza de la Señora que Jacinta había contemplado en Cova da Iría era infinitamente superior, no cabe comparación acá en la tierra. Pero ¿"qué es lo que ella os ha dicho esta vez"? – insistían.

Entonces Jacinta, bajando la cabeza, repitió que era necesario rezar el Rosario… que la Virgen volvería…y que les había revelado un secreto, pero que no lo podían manifestar.

¡Un secreto! ¡Un secreto! Pero ¿qué secreto puede ser ese? A partir de ese momento Jacinta nunca más tuvo paz. Todos, fuera y dentro de casa, a excepción del padre, la apremiaban con preguntas para arrancarle el secreto. "Todas las mujeres querían saber lo que era" – nos dice el señor Marto – "pero yo sobre ese particular jamás le hice la menor pregunta. Lo que es secreto, es secreto y es preciso guardarlo. Recuerdo que una vez vinieron aquí unas señoras todas cargadas de oro.

¿'Te gusta esto'? – decían a la niña, mostrándole collares y pulseras.

'Me gusta' – admitió la niña.

'Entonces ¿Lo quieres'?

'Sí'.

'Pues ¡dinos el secreto'! y las señoras hacían intención de sacar las joyas. Pero la niñita, muy afligida, se puso a gritar: 'Dejen, dejen, no saquen eso, ¡que yo no digo nada! Ni aunque me diesen el mundo entero, diría el secreto'".

Otro día vino la señora María Rosa de la Nieves con una sobrinita, y Jacinta estaba sola en casa. "Mira Jacinta" – le dijo la mujer – "dime el secreto y te doy esta linda hilera de cuentas de oro".

Con rostro contrariado respondió Jacinta:

"Si me da Usted esa linda medalla que lleva al cuello su sobrinita, entonces se lo digo".

¡"Ay!, esa no te la puedo dar porque es de ella.

"Pero te la doy yo" – intercaló la sobrinita.

Y Jacinta contestaba con la misma sonrisa maliciosa:

"No se apure, ¡que no la quiero! Ni aunque me diese el mundo entero diría el secreto".

Al atardecer del día de la aparición, las hermanas de Lucía le apremiaban,

intentando conocer sus secretos. Decepcionadas, le amenazaron con todo tipo de males. Hablaron de la interrogación venidera del Cura y del castigo si ella insistía en su silencio hasta con él. Asustada, la niña huyó a la casa de sus primos para avisarlos.

"Mañana vamos a casa del señor Cura. Voy con la madre. Y mis hermanas me están metiendo con esto mucho miedo" – dijo Lucía.

"Nosotros también vamos" – respondió Jacinta – "pero nada de esto nos ha dicho mama. ¡Paciencia! Si nos pegan, sufriremos por amor de Nuestro Señor y por los pecadores".

Sin embargo, la mañana siguiente cuando los niños llegaron a la rectoría, el Párroco y su hermana los recibieron amablemente. El Cura esperaba solucionar sus dudas. Pensó que, si Nuestra Señora realmente se hubiese aparecido, debería haber dado a los niños un mensaje importante, y juzgó que tenía derecho a conocerlo. Jacinta fue la primera en ser interrogada. Inclinó la cabeza ante el sacerdote en silencio completo. Francisco dijo apenas dos o tres palabras. Lucía, sin embargo, dijo al Párroco algo de lo que sucedió.

"No es posible que Nuestra Señora venga del Cielo a la tierra sólo para decir que recen el Rosario todos los días, costumbre, por otra parte, casi general en la feligresía" – dijo el Párroco. "Además, que cuando se dan cosas como éstas, de ordinario Nuestro Señor manda a esas almas, a quienes se comunica, que den cuenta de lo ocurrido a sus confesores o párrocos y aquí, todo lo contrario, se retraen cuanto pueden. Esto puede ser un engaño del demonio: vamos a ver, el futuro nos dirá lo que hemos de pensar".

La reticencia de los niños había impedido al Cura darse cuenta de la importancia universal de las apariciones. Quizás su juicio hubiese sido otro, si Lucía se hubiera mostrado más abierta con él y le hubiera referido algo más de lo que la Santísima Virgen le comunicaba. Por lo menos habría solucionado las dudas del Párroco y recuperado la paz. Los niños y el Párroco estaban prendidos en un torbellino. La profecía de Nuestra Señora a Lucía también aplicó al Párroco, "Tendréis mucho que sufrir".

Cuando Lucía salió de la rectoría, estaba muy inquieta y preocupada. "Y ¿si fuese verdad"? – se decía para sí – ¿"Si el señor Cura tuviese razón"? La niña se perturbaba terriblemente. "Comencé entonces a dudar si serían manifestaciones del demonio, que procuraba por este medio perderme, y como había oído decir que el demonio siempre traía la guerra y el desorden, comencé a pensar que, a la verdad, desde que veía estas cosas, no había alegría ni bienestar en nuestra casa. ¡Qué angustia la mía! Manifesté a mis primos mi duda; Jacinta respondió: 'No es el demonio, no. El demonio, dicen que es muy feo y que está debajo de la tierra, en el Infierno, y aquella Señora es muy bonita y nosotros la hemos visto subir al Cielo'".

Pobrecita Lucía no podría solucionar las dudas que tenía. Tan agitada estaba, que llegó al punto de considerar diciendo que todo había sido una mentira. Sus ángeles consoladores Jacinta y Francisco, que estaban siempre a mano para fortalecerla, le decían: ¡"No hagas eso! ¿No, ves que ahora es cuando vas a mentir y que mentir es pecado"?

Y con las palabras de aliento, el cielo de Lucía se serenaba nuevamente. Pronto, no obstante, volvería la tempestad: le obcecaba la idea de ser juguete del demonio. Contribuyó a confirmarla en este su juicio y a aumentarle las tinieblas del espíritu un sueño que tuvo una noche: "Vi al demonio que, riéndose de haberme engañado, hacía esfuerzos para arrastrarme al Infierno. Al verme en sus garras, comencé a gritar de tal forma, llamando a Nuestra Señora, que desperté a mi madre. Ella me llamó, afligida, preguntándome qué tenía. No me acuerdo lo que le contesté, De lo que me acuerdo es que aquella noche ya no pude dormir, pues me quedé muerta de miedo".

Los únicos momentos de paz eran los que Lucía gozaba con sus primos en Cova da Iría, al pie de la encina.

Capítulo V Tercera Aparición

La fecha para la próxima aparición se acercaba y una alegría profunda animaba a Francisco y a Jacinta, pero no así a Lucía. Su corazón estaba lleno de tristeza y pesimismo, hasta tal punto que casi se decidió a no volver más a Cova da Iría. Su madre había repetido tantas veces las palabras del Párroco sobre cómo todo era obra del demonio, que le inquietó.

De izquierda a la derecha: Jacinta Marto, Lucía dos Santos, Francisco Marto.

Hablando una vez el Párroco con el señor José Alves, uno de los primeros en dar crédito a las Apariciones, le decía, "Eso es invención del demonio".

"No, señor Cura", opinó Alves, "en Cova da Iría se reza y el demonio no quiere nada con rezos".

"El demonio va hasta el Comulgatorio", replicó el sacerdote.

"El señor Cura ha estudiado y yo no". El hombre no discutiría con el Párroco. Al anochecer del día 13, Lucía fue junto Jacinta y Francisco y les comunicó su decisión de no ir el próximo día a la Cova. ¡"Nosotros vamos"! le contestaron; "Aquella Señora nos mandó ir allá".

"Yo hablaré con ella" – declaró Jacinta y comenzó a llorar.

"Por qué lloras"? – le preguntó Lucía.

"Porque tú no quieres venir".

"No, yo no voy; y si la Señora pregunta por mí, le dices que no voy porque tengo miedo que Ella sea el demonio". Y sin más demora, Lucía huyó desconsolada. La gente estaba llegando ya para la aparición del próximo día y quería ocultarse de ellos. Por la noche, pensaba su madre que estaba todo el tiempo divirtiéndose y la reprendió: "Mira aquí a la santita de palo apolillado: todo el tiempo que te sobra de andar con las ovejas lo pasas jugando y de forma que nadie te puede encontrar".

Llegó la mañana del día 13 de julio, y Lucía estaba perturbada aún por la misma duda y confusión. Sin embargo, cerca de la hora en que debían partir para Cova da Iría, una fuerza interior que la niña no sabía explicar, la impulsó a ponerse en camino. Su corazón transformado, todos los temores y dudas desaparecieron. Con alegría, pasó por casa de los primos para mirar si aún estaban allí. Estaban todavía allá los dos, arrodillados junto a la cama, deshaciéndose en lágrimas.

"Entonces ¿no vais"? – preguntó Lucía.

"Sin ti no nos atrevemos a ir" – dijeron. Pero dándose cuenta de que Lucía había cambiado de idea, se pusieron de pie.

"Vámonos" – dijeron juntos.

"Estaba ya en marcha" – respondió Lucía. Así salieron alegremente, los tres, andando a través de la muchedumbre que llenaba los caminos a la Cova. No pudieron apresurarse, porque muchas personas les detenían, pidiendo a los pastorcitos pedir a Nuestra Señora que les diese amparo especial.

La madre de Jacinta, viendo que toda la gente iba hacia la Cova, tenía mucho miedo. Fue a la madre de Lucía. "Oh Comadre"[1] – le dijo toda asustada – "vamos también allá nosotras, que ya no volveremos a ver a nuestros hijos. ¡A lo mejor los matan"!

"Déjalo" – respondió María Rosa – "si es cierto que Nuestra Señora se les ha aparecido, Ella se encargará de defenderlos; y si no lo es, entonces no sé lo que puede ocurrir". Allá fueron las dos madres llevando cada una, escondida, una vela bendita si por acaso hubiese algo malo allá. Cuando llegaron, se ocultaron detrás de unas matas y el corazón les latía temiendo en expectación algún mal venidero.

El señor Marto, estaba plenamente convencido de la verdad de las Apariciones. Sabía bien que eran falsas las acusaciones hechas contra él, contra los padres de Lucía y contra los sacerdotes. Los niños nunca se acostumbraban a mentir y no recibieron aliento de nadie. El Párroco hasta supuso que las visiones eran obra del demonio. Tío Marto valientemente había determinado seguir a sus hijos a Cova da Iria. "Y, así pensando", confesó él, "me puse en camino. ¡La gente que para allí iba! Aunque yo no divisaba a los niños, por los indicios de la multitud adivinaba que iban a la cabeza. En cierto sentido me convenía más venir acá detrás; pero cuando llegué allá abajo no me pude contener; lo que quería era estar cerquita de ellos. Pero ¿cómo? No se podía atravesar por ningún lado. ¡Era una gran dificultad! A una de ésas, dos individuos, uno de Ramila y el otro de aquí, de la tierra, de donde fue hasta la autoridad, hicieron un círculo alrededor de los niños, para que estuvieran más desembarazados y, al verme allí, me cogieron de un brazo diciendo: ¡'Este es el padre! ¡Adentro'! Y vine a quedarme cerquita de mi Jacintica.

"Lucía arrodillada un poco más adelante, pasaba las cuentas del Rosario y todos respondían en alta voz. Acabado el rezo, se levanta, mira el oriente y grita: ¡'Descúbranse! ¡Descúbranse, que ya viene Nuestra Señora'! Sí, observé algo así como una nubecilla cenicienta que se detenía sobre la encina. El sol se nubló y comenzó a correr un aire tan fresco que era un consuelo. No parecía que estábamos en pleno verano. La gente estaba tan silenciosa que impresionaba. Entonces comencé a oír un rumor, un zumbido, a modo de un moscardón dentro de un cántaro vacío. Pero palabras, ¡ninguna! Pienso que sería como cuando la gente habla al teléfono ¡Que yo nunca he hablado! Todo ello fue para mí una estupenda prueba del milagro".

Muchos años después, Lucía proporcionó los detalles de esta aparición extraordinaria. Con una ternura infinita, como la de una madre que se inclina sobre el niñito enfermo, deseando fortalecer y consolar a los niños sobre la autenticidad de las apariciones, la linda Señora sumergió a los tres en su luz inmensa y fijó en Lucía su amorosa mirada. La niña, por la alegría, no podía hablar. Fue Jacinta a despertarla de aquel arrobamiento, que le dijo: ¡"Anda! ¡háblale! ¡Qué Nuestra Señora ya está para hablar"!

Entonces Lucía, mirando hacia la Virgen con sus ojos llenos de devoción amorosa, preguntó:

¿"Qué me quiere"?

"Quiero que volváis aquí el día 13 del mes que viene; que continuéis rezando el Rosario todos los días, en honra de Nuestra Señora del Rosario, para obtener la paz del mundo y el fin de la guerra, porque sólo Ella les podrá valer.

Lucía, pensando en su madre y las palabras del Párroco, y queriendo solucionar las dudas de la gente, habló otra vez a su propio modo infantil, "Quería suplicarle que nos dijese quién es, y que hiciera un milagro para que todos crean que se nos ha aparecido".

"Continuad viniendo aquí todos los meses. En octubre os diré quién soy, y lo que quiero. Y haré un milagro para que todos crean".

Comenzó Lucía a presentar las necesidades que le habían encomendado. Nuestra

1 Comadre: un término en portugués que expresa la relación entre la madre natural de un niño y la madrina del mismo niño.

Señora contestó: *"Curaré a unos, y a otros no. En cuanto al enfermito no lo curaré, ni lo sacaré de su pobreza, pero que él rece todos los días el Rosario en familia".*

Lucía le cuenta sobre un enfermo que pedía ir pronto al Cielo.

"Que no tenga prisa: Yo bien sé cuándo he de ir a buscarle".

Lucía pidió la conversión de alguna gente. La respuesta de la Señora fue, como con el niño inválido, que todos recen el Rosario. Después para recordar a los niños su vocación especial e inspirarles un mayor fervor y ánimo para el futuro, la Señora dijo:

"Sacrificaos por los pecadores, y decid muchas veces y en especial siempre que hiciereis algún sacrificio: "Oh Jesús, es por vuestro amor, por la conversión de los pecadores y en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María".

"Al decir estas últimas palabras" – Lucía más tarde describe lo que sucedió, "abrió de nuevo las manos, como en los dos meses anteriores. El reflejo que esparcían me pareció que penetraba en la tierra y vimos como un mar de fuego y sumergidos en él, a los demonios y a las almas, como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, en forma humana que flotaban en el incendio lanzadas por las llamas que de ellas mismas salían juntamente con nubes de humo que por todas partes se esparcían – como acontece con las chispas y centellas en los grandes incendios – sin peso ni equilibrio, entre gritos y gemidos de dolor y desesperación que horrorizaban y hacían estremecer de pavor. Los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes como negros carbones hechos brasas".

Asustados, pálidos y como para pedir socorro, los pequeños levantaron la vista hacia Nuestra Señora mientras Lucía gritó, ¡"Ay, Nuestra Señora"!

La Virgen explicó: **"Habéis visto el infierno, a donde van las almas de los pobres pecadores. Para salvarlas, quiere Dios establecer en el mundo la devoción a Mi Inmaculado Corazón. Si hacen lo que yo os diga, se salvarán muchas almas y tendrán paz. La guerra va a terminar, pero si no dejan de ofender a Dios, en el reinado de Pío XI comenzará otra peor. Cuando veáis una noche alumbrada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes por medio de la guerra, del hambre y de la persecución a la Iglesia y al Santo Padre.**

"Para impedirlo, vendré a pedir la consagración de Rusia a Mi Inmaculado Corazón y la Comunión reparadora de los Primeros Sábados.

Si atendieran mis peticiones, Rusia se convertirá y tendrán paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá que sufrir mucho, varias naciones serán aniquiladas. Por fin Mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre Me consagrará Rusia que se convertirá y será concedido al mundo algún tiempo de paz.

"En Portugal se conservará siempre la doctrina de la Fe, etc.

"Esto no se lo digáis a nadie. A Francisco, sí podéis decírselo".

Lucía, con corazón dolorido queriendo hacer algo heroico por su Señora, una vez más le dice con abandono infantil: "Ud. ¿no quiere de mí nada más"?

"No. Hoy no quiero nada más de ti".

Entonces se oyó una especie de trueno y el arquito que allí se había colocado para las dos linternas, se estremeció como si fuese un temblor de tierra. Lucía se levanta y se vuelve con tal rapidez que hasta la saya se le infla como un globo. Y apuntando para el cielo, grita: ¡"Ya va! ¡Ya va"! Y después de unos instantes: ¡"Ya no se ve"!

Desvanecida la nubecita cenicienta que se detenía sobre la encina, tan pronto que se recuperan de su emoción profunda, les rodean una muchedumbre implacable e

inquisitiva de todos diciendo a la vez, "Lucía, ¿qué ha dicho Nuestra Señora que estabas tan triste?

"Es un secreto", responde ella.

"Y ¿es cosa buena"?

"Para unos buena; para otros, mala".

"Y ¿no lo dices"? – insisten.

¡"No! ¡No lo puedo decir"! – contestó con determinación convincente.

Y la gente les apretaba, hasta casi ahogarles. El padre de Jacinta, atemorizado por la seguridad de sus hijos, sudando a mares, se abrió paso a codazos, cogió a su Jacinta y se la puso al cuello. Poniendo en la cabeza de la niña su sombrero, a fin de defenderla del sol abrasador del mediodía, subió así el camino.

Aún en su escondrijo, las dos madres sentían desfallecer. Cuando vieron la muchedumbre apretando a sus hijos, la madre de Jacinta gritó: ¡"Ay, comadre! ¡Van a matar a nuestros hijos"! Momentos después, sin embargo, se sintieron aliviadas al ver a Jacinta en brazos del padre, Francisco en hombros de otro pariente y Lucía bien segura en los brazos hercúleos de otro. Ese hombre era tan grande que la madre de Lucía se distrajo de su preocupación. ¡"Ay! ¡Qué hombre tan grande que allí está"! – balbució ella.

El paisaje cerca de Fátima que se muestra en la foto es exactamente como era en 1917.

Capítulo VII
Cuarta aparición
El Alcalde

La aldea de Fátima pertenece al distrito de Ourém. En los tiempos de las apariciones el Administrador del distrito, o sea, el Alcalde, era Arturo de Oliveira Santos, un hombre de enorme poder político. Todo el poder administrativo, político y hasta a veces el judicial estaba concentrado en sus manos. Aunque era un hombre de pocos estudios – su profesión era la de latero – se había ocupado en la política desde su juventud. Un católico bautizado, había abandonado la Iglesia y cuando tenía solamente veintiséis años de edad, se inscribió en la logia masónica de Leiría. Más tarde fundó una logia en Ourém, de la que era presidente. Lo que aumentaba su poder era el periódico local que publicaba con el que se proponía socavar la fe del pueblo cuanto a la Iglesia y los sacerdotes.

Cuando se enteró de las apariciones de Fátima, se dio cuenta de los efectos que podrían producir en el pueblo. Cayó en la cuenta también de que si dejaba que la Iglesia en su distrito resucitara a una nueva vida, sería la burla de sus amigos y hermanos masónicos. Confiaba en el espíritu del pueblo encogido de miedo y en su inmenso poder para destruir desde el inicio esta nueva manía religiosa.

Aunque no había en todo el distrito quien no se encogiese de miedo al presentarse ante este todopoderoso alcalde, había, no obstante, alguien que, cuando el bien de sus hijos y el bien de la Iglesia se veían amenazados, no tenía miedo. Comparecería audazmente ante cualquier hombre en favor de la verdad y de la justicia. Ese hombre era el padre de Jacinta y de Francisco.

"Mi cuñado Antonio había recibido la misma orden que yo de presentarse con Lucía en el Alcaldía de Vila Nova de Ourém el día 11 de agosto, al mediodía", relataba Tío Marto, "Padre e hija se presentaron en mi casa muy de mañana. Habiendo terminado mi desayuno, entra Lucía y me pregunta: 'Jacinta y Francisco ¿no van'"?

¿"Que van a hacer allá unas criaturas de esa edad? Tío Marto replicó. "Voy yo y respondo por ellas".

Lucía corrió al cuarto de Jacinta para informar a su prima sobre la orden que habían recibido y cómo temía que la matasen. "Si te matan diles que yo y Francisco somos como tú y que también queremos morir," – exclamó Jacinta.

Lucía y su padre se apresuraron y no esperaron a Tío Marto. Señor dos Santos iba muy de prisa no queriendo arriesgarse a llegar tarde y provocar la ira del Alcalde. Lucía iba montada en una burra, y durante el viaje pensaba en cuán diferente era su padre comparado con Tío Marto y sus otros tíos. "Se exponen al peligro para defender a sus hijos pero mis padres me entregan con la más grande indiferencia y que me puedan hacer a mí cualquier cosa que quieran. ¡Pero paciencia!" se consolaba a sí misma Lucía, "Me espera tener que sufrir más por Vuestro amor, Dios mío, y es por la conversión de los pecadores".

Tío Marto fue solo a la Alcaldía. Cuando llegó allá, encontró a Lucía y su padre esperando en la plaza delante del edificio. ¿"Qué? ¿está todo hecho ya"? – les indagó, pensando que habían terminado su audiencia con el Alcalde.

"No. Estaba la puerta cerrada y no había allí nadie". Pasó algún tiempo hasta que se dieron cuenta que se habían equivocado sobre el edificio que era. Llegaron por fin a la presencia del Alcalde.

¿"Y el pequeño"? – gritó en seguida a Tío Marto.

¿"Qué pequeño"? – le dijo Tío Marto. Continúa contándonos lo que sucedió. "Él no

sabía que los niños eran tres, y como me mandó llevar uno, deduje que no sabía cuál quería.

'Señor Alcalde – le dije – son tres leguas las que hay de aquí a nuestro pueblo, que los niños no pueden andarlas, y en caballería no van seguros ni en una burra, por falta de costumbre (Lucía había caído de la burra tres veces durante el viaje). Y aún tenía ganas de haberle dicho más: ¡Dos niños de aquel tamaño en un tribunal!

"Se molestó, no obstante, y me echó una buena filípica. Pero me contuve. Y comenzó a preguntar a Lucía, pretendiendo arrancarle el secreto. Pero ella, en este particular, como siempre, ni una palabra. Sin más se dirige al padre: 'En Fátima ¿dan Ustedes fe a estas cosas'"?

"No señor. No son más que historias de mujeres". Y después el Alcalde se dirigió a mí para ver lo que diría yo.

"A sus órdenes. ¡Debo decirle que mis hijos dicen las mismas cosas que yo"!

A lo que replicó molesto: "Entonces ¿Usted está en que es verdad"?

"Sí, señor, doy fe a lo que ellos dicen". Todos se reían a costa mía. Mas yo por nada me incomodé. Y entonces el Alcalde despidió a Lucía, a la vez amenazándole con que la iba a mandar matar si no le manifestaba el secreto.

Así terminó la entrevista y partieron para casa.

Tío Marto pensó que había concluido el asunto con el Alcalde. Pero no fue tan fácil como eso. El Alcalde apenas había iniciado la ejecución de sus planes. Estaba llegando la fecha para la próxima aparición y este todopoderoso funcionario resolvió impedirla a toda costa.

"La mañana del día 13 de agosto – Tio Marto recordó – apenas había dado las primeras azadonadas en mi tierra, cuando me fueron a llamar para que me presentara inmediatamente en casa. Al entrar vi que había allí mucha gente, pero eso ya no debía extrañarme. Lo que me extraño fue, al ir a la cocina ver a mi mujer allá sentada y como abatida. No me dijo una palabra, pero hizo un gesto indicándome que fuese al vestíbulo. Yo le respondí en alta voz: - 'Tanta prisa! ¡Ya voy'! Y ella continuaba indicándome las cosas por señas. Secando aún las manos, entré en la sala y ¡di de sopetón con el Alcalde! ¿'Cómo por acá, señor Alcalde'? – dije.

"'Ya ve, también yo quiero ir a ver el milagro'.

'Mi corazón me advirtió que algo iba mal'.

"Vamos todos allá – dijo él – yo llevo a los niños en el carricoche…Ver para creer, como dijo San Tomás. Pero él estaba nervioso. Miraba a todas partes y decía: ¿"Los niños? ¿No aparecen? Se va a hacer tarde. ¡Es mejor ir a llamarlos"!

"No hace falta que nadie los avise; ya saben cuándo han de traer el ganado y prepararse para ir. Llegaron los tres, casi en seguida, y el Alcalde comenzó a instarles a ir en su carricoche. Los pequeños se empeñaron en que no hacía falta.

Pero él insistía: "'Es mejor, así llegamos en un instante y nadie nos molestará por el camino'.

"'Pues entonces vayan andando a Fátima', se rindió él, 'y paren en la casa del señor Cura, que quiero hacerles allá unas preguntas'. Apenas llegamos a la casa del señor Cura, desde el balcón el Alcalde gritó: ¡'Qué venga la primera'!

¿"'La primera? ¿cuál'? – repliqué. Yo estaba muy afligido, presintiendo algo que al final resultó cierto.

Continuó él con arrogancia: ¡"'Lucía'!

"'Vete allá, Lucía' – le dije". Tío Marto recordaría ese día con precisión.

El Párroco les esperaba en su oficina. Había cambiado de idea cuanto a las apariciones. Ahora las consideró no obra de demonio sino puras invenciones. Se enfrentaría con Lucía, asegurándose que el Alcalde se daría cuenta que no tenía ninguna responsabilidad

en los acontecimientos. ¿"Quién es el que te ha enseñado a decir las cosas que andas diciendo por ahí"?

"La Señora que he visto en Cova da Iría".

"El que se dedica a esparcir tales mentiras, que tanto daño hacen, como la mentira que vosotros habéis dicho, será juzgado e irá al Infierno si no se desdice; mayormente trayendo como traéis a tanta gente engañada".

"Si quién miente va al Infierno", contestó la niñita, "entonces yo no voy al Infierno, porque no miento; digo sólo lo que he visto y lo que la Señora me ha dicho. En cuanto a la gente que allí va, sólo va porque quiere, que nosotros a nadie llamamos".

¿"Es verdad que aquella Señora os ha confiado un secreto"?

"Sí, pero no lo puedo decir. Si Vuestra Reverencia quiere saberlo, se lo pediré a la Señora y, si me da su permiso, se lo digo".

El Alcalde les interrumpió porque sus planes se estropearían si a Lucía le permitiese volver a la Cova da Iría para pedir permiso de comunicar el secreto al Párroco. "Esos son cosas sobrenaturales. Sigamos adelante" – dijo con firmeza.

"Todo era un embrollo, una maldad completa por parte del Alcalde" – continuó Tío Marto. "Aquello sólo fue un golpe de efecto, porque cuando les llegó a los míos la vez para ser interrogados, dijo: 'No, no hace falta más. Pueden irse tranquilamente, o mejor, vámonos todos porque se hace tarde'.

"Los niños comenzaron a bajar, y el carro, sin darme yo cuenta, había sido ya colocado al final de la escalera" – relató el señor Marto. "Aquello estaba perfectamente preparado, y el Alcalde en un instante consiguió que entrasen al carricoche. A Francisco lo pusieron delante y a las dos niñas atrás. Aquello estaba tan preparado que era como un juego de niños. El caballo echó a correr, caminando en dirección a Fátima un trozo de recorrido. Yo me tranquilicé algún tanto, pero en un recodo del camino giró en contrario, dio un látigo y partió el caballo como un rayo en dirección opuesta. Estaba muy bien estudiado y muy bien ejecutado. Nada podía hacerse ahora."

En el carro, Lucía levantó la voz la primera, aunque encogidamente, "por aquí no se va a Cova da Iría". El Alcalde procuró tranquilizar a los niños diciéndoles que irían primero a Ourém a hablar con el señor Cura de allá. En el camino hubo quien, reconociendo el carricoche del Alcalde y los pasajeros que llevaba, lo apedreó. El Alcalde envolvió rápidamente a los niños en una manta. Una vez llegado triunfante a su casa, los sacó del carricoche y los empujó dentro de la casa, encerrándolos en un cuarto. Les avisó: "No saldréis de allí sino después de revelar el secreto". No le contestaron ni una palabra.

"Si nos matan –consolaba Jacinta a los otros dos cuando estuvieron aparte – es lo mismo, vamos derechitos al Cielo".

En lugar de presentarse el verdugo, cuchillo en mano, apareció ante ellos una bondadosa señora, la esposa del Alcalde, que los vino a buscar para servirles un buen almuerzo, dejándoles en seguida jugar con sus propios hijos. También les ofreció unos libros para que se entretuvieran con los grabados.

El "Truco"

Mientras tanto se había esparcido a lo largo de la aldea rumores de que era el demonio el que se aparecería esta vez en Cova da Iria, para abrir sus fauces y tragarlos a todos reunidos allá. Sin embargo, a pesar del rumor, mucha gente viajó al lugar santo. María da Capelinha estaba entre ellos. Presencia lo que sucedió en la cualidad de testigo ocular:

"Yo no tenía mucho miedo. Cosa mala no es, porque aquí se reza mucho. Nuestra Señora me guíe según la divina voluntad. Si el mes de julio hubo mucha gente, esta vez aún había mucha más.

"Serían las once cuando llegó María de los Ángeles, hermana de Lucía, con velas

para encender cuando Nuestra Señora se apareciese. En torno a la encina se rezaba, se cantaban cánticos de Iglesia, pero los niños tardaban y la gente comenzaba a impacientarse. Cuando llegó alguien diciendo que el Alcalde había robado a los niños, se levantó un tumulto tal, que no sé en qué hubiera acabado aquello si no se hubiera oído de repente un trueno. Algunos pensaban que el trueno venía del camino, otros de la encina; pero me parecía a mí que venía de lejos. Todo el mundo se asustó y algunos comenzaron a gritar que iban a morirse. Por supuesto, nadie se murió.

"El trueno siguió al relámpago, y luego comenzamos todos a notar una nubecilla, muy linda, muy blanquita, muy ligera, que se detuvo unos momentos sobre la encina, subiendo después para el cielo y desapareciendo en el aire. Mirando entonces en torno nuestro, observamos aquella cosa extraña que ya otra vez habíamos visto y que habíamos de volver a ver los meses siguientes. El rostro de la gente brillaba con todos los colores del arco iris: rosa, bermejo, azul. Los árboles parecían no tener ramas, ni hojas, sino sólo flores; todos aparecían cargaditos de flores; cada hoja parecía una flor. El suelo estaba todo él en cuadritos, cada uno de diferente color. Nuestros vestidos eran también del color del arco iris. Las dos lámparas, colocadas en el arco, parecían de oro.

"Luego que desaparecieron las señales, la gente parecía darse cuenta que Nuestra Señora había venido, pero no encontrando a los niños, volvió al Cielo. Pensaron que Nuestra Señora debía haberse decepcionado y por eso estaban extremamente desconcertados. El resentimiento creció en sus corazones. Tomaron el camino de Fátima gritando contra el Alcalde, contra el señor Cura, contra todos los que pensaban que tenían parte en la prisión de los niños".

Todo había sido tan hermoso, pero el sentimiento de frustración, por no tener presente a los niños durante la aparición, provocó la ira de la muchedumbre y gritaron,

"Vamos a Vila Nova de Ourém a protestar. Vamos a arrasar todo aquello. Vamos a habérnoslas con el Cura porque también es culpable. Vamos a arreglarle las cuentas al Regidor".

Tío Marto, mientras tanto, había ido a Cova da Iría, y cuando este griterío de la gente hubo crecido cada vez más fuerte, aunque él también consideraba culpables a ambos el Párroco y el Administrador, se sentía movido a interponerse contra el tumulto.

"Calma muchachos, ¡no se haga mal a nadie"! – gritó con todas sus fuerzas. "El que merece castigo lo recibirá; ¡Todo esto es por el poder de lo Alto"!

De verdad, el poder de lo Alto también intervino para preservar a Su Madre el nombre de Fátima graciable y sin mancha por los siglos de los siglos, como se atestigua en la carta que el Párroco escribió a los periódicos al día siguiente. Se publicó algunos días después.

"El rumor de que fui cómplice en el brusco rapto de los niños…vengo a rechazar tan injusta como insidiosa calumnia…El Alcalde no me había confiado sus secretas intenciones…

"Y si fue providencial – como lo fue – que la autoridad llevara furtivamente, y sin posibilidad de resistencia, a los niños, no fue menos providencial la pacificación de los ánimos, excitados por el diabólico rumor; de otra suerte esta feligresía tendría hoy que lamentar la muerte de su Párroco como cómplice. Pero esta vez la celada del demonio no logró herir de muerte, debido ciertamente a la Santísima Virgen…

"La autoridad quería que los niños descubrieran un secreto que a nadie habían revelado...No fueron necesarios los niños, dicen millares de testigos, para que la Reina de los Ángeles revelase Su poder. Esas mismas personas van a dar testimonio de los hechos extraordinarios y de los fenómenos de que dieron fe y más arraigaron su creencia…La Virgen María no necesita de la presencia del Párroco para mostrar su bondad. He aquí el verdadero motivo de mi ausencia y aparente indiferencia en tan sublime y maravilloso asunto…"

La ordalía

Los pastorcitos pasaron la noche del día 13 en soledad y oración, rogando a Nuestra Señora que les concediese la fortaleza de ser siempre fieles para con Ella. Cuando hubo amanecido, fueron llevados a la Alcaldía donde fueron sometidos a un interrogatorio implacable. La primera inquisidora fue una vieja que puso en juego toda clase de diligencias para averiguar el secreto. Después el Alcalde intentó sobornarlos, pero ni las relucientes monedas de oro, ni toda especie de promesas y amenazas de castigo consiguieron que los pastorcitos se rindiesen. Siguieron con este tratamiento la mañana entera, cesando apenas para almorzar. Fueron sometidos al mismo interrogatorio agobiante e inhumano toda la tarde, también. Finalmente, el Alcalde dijo que se los dejaría detenidos en la cárcel y después los lanzaría dentro de un caldero de aceite hirviendo.

Cuando llegaron a la cárcel, las lágrimas eran abundantes en los ojos de la pobrecita Jacintica. Lucía y Francisco trataron de consolarla.

¿"Por qué lloras Jacinta"? – preguntaba Lucía.

"Porque vamos a morir sin volver a ver a nuestros padres. Ni los tuyos, ni los míos han venido a vernos. ¡Nunca se han portado así! ¡Yo querría, por lo menos, ver a mi madre"!

"No llores, Jacinta – Francisco acariciaba a su hermanita – ofreceremos este sacrificio por la conversión de los pecadores". Y los tres, levantando sus manecitas, repetían una vez más: ¡"Oh Jesús todo esto es por vuestro amor y por la conversión de los pecadores"!

Jacinta, sin olvidar ninguna de las intenciones recomendadas por la Santísima Virgen, añadía: "Y también por el Santo Padre y en reparación de las ofensas cometidas contra el Inmaculado Corazón de María".

Había en aquel entonces muchos hombres encarcelados en la misma prisión y no había allí corazón por empedernido que fuera, a quien no lograse conmover esta escena de los tres niñitos. Cada uno de los presos se les acercaron, y, condolidos, miraban el modo de poder consolarles o hacerles desistir de su propósito de guardar el secreto.

"Pero decid al Alcalde ese secreto. ¿Qué os importa"?

¡"Eso no! – dijo Jacinta – ¡Antes queremos morir"!

Los niños no parecían sentirse molestos, en lo más mínimo, por estar encarcelados. Pero Jacinta, que tenía 7 años, no se conformaba con la idea de morir sin volver a ver a su madre. Para distraerla los presos comenzaron a cantar y a bailar con la música de un acordeón. Intentaron conseguir que los niños bailasen también, y un hombre muy alto cogió a Jacinta en los brazos danzando con ella al cuello. Jacinta se acordó de Nuestra Señora; no era el baile la preparación propia para el Cielo. Entonces Jacinta hizo al preso dejarla en el suelo, sacó la medalla del cuello, y pidió el hombre que la sujetase en un clavo que había en la pared. Se arrodilló con Francisco y Lucía y comenzaron a rezar el Rosario. Desconcertados y avergonzados, se arrodillaron también los presos. Como uno estuviese con la cabeza aún cubierta, Francisco se levantó, fue a él y le dijo: "Cuando se reza no se puede estar cubierto". El hombre arrojó el sombrero al suelo, pero Francisco se lo cogió y lo puso en un banco.

Dentro de poco, oyeron pisadas fuera. Entró un guardia y mandó a los niños: "Venid conmigo".

Otra vez fueron llevados a la Alcaldía y sujetos a un interrogatorio agonizante. A Jacinta se la llamó primero. "El aceite está hirviendo. Di el secreto ¡De lo contrario"! Jacinta, como Nuestro Señor ante los jueces, quedó callada.

¡"Vaya – ordena el inquisidor – llévenla y échenla en el caldero! Entró un guardia, la cogió de un brazo, la giró bruscamente en dirección opuesta y la encerró en otro cuarto.

Fuera de la oficina del Alcalde, esperando su turno, Francisco se confió a Lucía: "Si nos

matan, de aquí a nada estamos en el Cielo. Ninguna otra cosa nos importa. ¡Quiera Dios que Jacinta no tenga miedo! Debo rezar un Ave María por ella". Se quitó el sombrero y se puso a rezar.

El guardia, extrañándose de tal actitud, le preguntó: ¿"Qué estás haciendo"?

"Estoy rezando un Ave María para que Jacinta no tenga miedo".

El otro guardia volvió, y condujo a Francisco a la oficina del Alcalde. Agarrando al niño, gritó: ¿¡"Qué es el secreto?! Aquella ya está frita. Ahora vamos contigo. Anda, echa fuera el secreto".

"No puedo", respondió, levantando su cándida mirada al nuevo Nerón. "Señor Alcalde; no puedo decírselo a nadie".

"No puedes? Se acabó contigo. Llévalo. Que corra la misma suerte que la hermana". Se lo llevaron al cuarto de al lado donde encontró a la hermanita sana y salva, toda sonriente.

Lucía estaba convencida de que los habían matado y pensando que sería ella la próxima en ser echada en la caldera de aceite hirviendo, se encomendaba a su celestial Protectora para que no la desamparase y que le concediese el ánimo de ser fiel y valiente, lo mismo como lo habían sido Francisco y Jacinta.

Aunque Lucía reveló al Alcalde los mismos detalles de lo que sucedió en las visiones, tal y como había dicho a sus padres y al Párroco, guardó en sigilo la parte secreta. Había sido una promesa solemne hecha a Nuestra Señora y preferiría morir antes que romperla. El Alcalde aún estaba insatisfecho y quiso saber el secreto. Después de su interrogatorio, Lucía fue encerrada también en el cuarto donde los otros dos se encontraban y muy felices estaban los tres, por su fidelidad inquebrantable a Nuestra Señora.

El Alcalde aún no se dio por vencido. De nuevo apareció el guardia delante de los niños y les dijo que no tardaría mucho en que fuesen arrojados todos en el caldero hirviente. La idea de ser habilitados a morir juntos por Nuestra Señora les puso cada vez más alegres. El Alcalde finalmente admitió, después de otros interrogatorios inconcluyentes, que nada podría lograr y temiendo lo que tal vez haría la gente enfurecida, él mismo llevó a los niños en su carricoche a Fátima, sin darse cuenta de que en la Iglesia se celebraba ese día la Fiesta de la Asunción.

El Secreto

Cuando la gente salió de la Iglesia, después de asistir la Misa del Día Santo, se congregó en el patio. El único tema de todas las conversaciones era lo que sucedió a los niños. Cuando salió el señor Marto, todos le preguntaron: ¿"Dónde están los niños"?

"Ni sé nada de ellos –respondió él – tal vez los hayan llevado para Santarém, la capital. El mismo día que los secuestraron, fue allá mi entenado Antonio con otros chicos y dijeron que los habían visto jugando en la terraza del señor Alcalde. Estas han sido las últimas noticias".

Acababa de decir estas palabras fue cuando alguien gritó: ¡"Tío Marto, mire! ¡Los niños están en la terraza del señor Cura"!

Tío Marto recuerda sus sentimientos. "No sé lo que tardaría en ponerme allá arriba y lanzarme a mi Jacinta. No podía hablar. Las lágrimas me caían, hasta que la carita de la niña quedó toda mojada. Francisco y Lucía corrieron a abrazarme, diciendo: ¡'Padre, tío, deme su bendición'! (como es costumbre en Portugal, cuando los hijos vuelven a casa después de una ausencia).

"Se me acercó entonces un oficial público, hombre que siempre andaba al servicio del Alcalde. Temblaba, como no he visto nunca temblar a nadie. 'Ahí tiene a sus pequeños" – me dijo. Dios entonces me dio fuerza para poder contenerme y dije apenas – 'Esto podía haber dado mal resultado, pero no lo dio. Querían que los niños dijesen lo contrario,

pero no fueron capaces de convencerlos; y aunque los hubiesen convencido, yo había de afirmar siempre que era verdad'".

La gente hizo un gran alboroto en el pórtico: manos al aire, palos levantados, era un barullo que nadie lo entendía. El señor Cura salió inmediatamente de la iglesia para dirigirse a su casa. Pensando que era Tío Marto el que armaba el motín en contra suya, le reprendió: ¡"Señor Manuel me está Usted aquí escandalizando"!

"Pero yo supe qué contestarle – recuerda Tío Marto – y el Párroco se fue hacia dentro. En ese momento Tío Marto no podía darse cuenta del noble papel que el Párroco estaba jugando ese día. Con la pequeña al cuello, volvió a la gente y gritó: ¡"Muchachos portaos bien! Algunos de vosotros gritan contra el señor Cura, otros contra el Alcalde, otros contra el Regidor. Aquí nadie tiene la culpa. La culpa la tienen las malas creencias y todo es permitido por el poder de lo Alto".

El señor Cura, que lo oyó, se quedó muy satisfecho y dijo desde la ventana: ¡'Ha dicho muy bien el señor Marto! Ha dicho muy bien'.

El Alcalde había ido a una taberna y cuando volvió, viendo a la muchedumbre y a Tío Marto en el balcón de la casa del Cura, le gritó, ¡"Pare Señor Marto"!

¡Está bien, está bien! ¡No hay nada malo! El Alcalde se dirigió entonces al despacho del señor Cura, y llamó a Tío Marto.

La rabia de la gente había disminuido. El generoso Párroco dejaba a la gente creer que había colaborado en el secuestro de los niños a fin de que perdonasen al Alcalde. Las palabras prudentes de un hombre de fe tuvieron el poder de mantener la paz entre la muchedumbre que estaba abajo. Era una buena prueba del poder de la religión, y el Párroco no dejó pasar la oportunidad de señalar el hecho al Alcalde: "Sepa, señor Alcalde, que la religión también es necesaria".

Mientras Tío Marto salía, el Alcalde se digirió a él: "Señor Marto, acompáñeme a tomar una copa."

"No gracias." Pero vio abajo a un grupo de muchachos en la calle armados de palos. Le hizo temer que se pelearían con el Alcalde. Más vale que las cosas acaben en paz, y por eso se puso al lado del Alcalde, pensando que sería prudente tal vez aceptar la invitación.

"Muchas gracias" – respondió el Alcalde, dando cuenta de lo que estaba haciendo. Se sentía seguro. "Puede preguntar a los niños si los hemos tratado mal."

¡"Está bien, está bien…No hay malos rollos. El pueblo tiene más interés que yo en hacer preguntas." En ese momento bajaron también los niños y, sin pérdida de tiempo, se encaminaron hacia Cova da Iría. La gente comenzó a retirarse y Tío Marto y el Alcalde fueron a una taberna.

Cuanto a su toma de vino, Ti Marto recordó después, "Tuvimos una conversación tonta. Quería convencerme de que los niños le habían contado el secreto. Dije, ¡'Está bien! ¡Está bien! ¡No lo han contado ni al padre ni a la madre y se lo van a contar al señor Alcalde'"!

Con eso, el asunto terminó por el momento. Sin embargo, es importante señalar que el interrogatorio de los niños sirvió a un propósito que era providencial. Porque todo llegó a ser un asunto de registro oficial, el Alcalde inconscientemente hizo innegable la existencia de una revelación secreta.

El 19 de agosto

El domingo siguiente, 19 de agosto, los tres pastorcitos como de costumbre, después de la Misa, fueron a rezar el Rosario a Cova da Iría y más tarde volvieron a Aljustrel. Una vez que habían almorzado, Lucía, junto con Francisco y Juan, su hermano mayor, partieron a un lugar que estaba cerca, los Valinhos, donde su propósito era pasar la tarde.

Pasó la tarde rápidamente, pero eran sobre las cuatro cuando Lucía comenzó a notar las alteraciones atmosféricas que precedían a las Apariciones de Nuestra Señora: un repentino refrescar de la temperatura, un palidecer del sol y el característico relámpago. Los niños sentían ya el maravilloso presentimiento de que experimentarían otra vez algo sobrenatural. Ya estaba viniendo Nuestra Señora. ¡Y Jacinta no estaba! Lucía se dirigió entonces a Juan: "Juan, ve de prisa a buscar a Jacinta, ¡que viene Nuestra Señora"!

Pero el chiquillo no quería ir. También quería él ver a la Madre del Cielo. "Vete de prisa – insistía Lucía – que te doy dos vintens, si traes a Jacinta. Toma ahora uno y el otro te daré a la vuelta."

Juan tomó la moneda y corrió a casa. Cuando llegó, gritó: "Madre, ¡dice Lucía que quiere que vaya allá Jacinta"!

"No vienen los tres a jugar, ¿o qué?" – la madre replicó.

"Déjala venir, madrecita, que tiene que estar allá. Mire que Lucía hasta me ha dado un vintén para que la lleve".

¡Un vintén! Eso era mucho dinero para niños regalar tan fácilmente. ¿"Para qué quiere allá a Jacinta"?

Juan temblaba de impaciencia, hasta que desembuchó: "Es que Lucía ha visto ya en los astros las señales de que Nuestra Señora va a aparecer y quiere que vaya allá Jacinta corriendo".

"Pues que vaya con Dios. Jacinta está en casa de la madrina".

En cuanto Juan lo oyó, partió como un rayo. Allá, susurró las noticias a Jacinta, y agarrados de la mano, corrieron a los Valinhos, donde la Virgen les esperaba. Al primer relámpago se siguió otro y fue precisamente cuando llegaron Jacinta y Juan. Momentos después, la luminosa Señora se dejaba ver sobre una encina, de altura un poco superior a la de Cova da Iría. La Virgen quiso recompensar a los niños que le habían permanecido fieles en circunstancias tan difíciles.

¿"Qué es lo que me quiere"? – pregunta Lucía

"Quiero que continuéis yendo a Cova da Iría el día 13 y que sigáis rezando el Rosario todos los días".

Lucía entonces comunicó a Nuestra Señora su angustia ante la incredulidad de tanta gente cuanto a la realidad de Su presencia. Le pidió que hiciese un milagro para que todos creyesen.

"Sí – respondió la Virgen – El último mes, en octubre, haré un milagro, para que todos crean en mis Apariciones. Si no os hubiesen llevado a la aldea, el milagro hubiera sido más grandioso. Vendrá San José con el Niño Jesús para dar la paz al mundo.

"Vendrá también Nuestro Señor para bendecir al pueblo. Vendrá también Nuestra Señora del Rosario y Nuestra Señora de los Dolores".

Después se acordó Lucía del encargo de la señora María Carreira y preguntó: ¿"Que quiere que se haga del dinero y de las otras limosnas que el pueblo deja en Cova da Iría"?

"Háganse dos andas: una la llevas tú con Jacinta y otras dos niñas vestidas de blanco. La otra, que la lleve Francisco con otros tres niños también con vestidos blancos. El dinero de las andas es para la fiesta de Nuestra Señora del Rosario y lo que sobrase para ayuda de una capilla que se construiría en Cova da Iría".

Lucía habló a Nuestra Señora entonces sobre los enfermos que le habían sido recomendados.

"Sí, algunos curarán dentro del año". Pero Ella prosiguió, enseñándoles a rezar antes por la salud de las almas en vez de los cuerpos. "Rezad, rezad mucho y haced muchos sacrificios por los pecadores, pues van muchas almas al Infierno por no haber quien se sacrifique y pida por ellas."

En seguida, la Virgen se despidió de sus amiguitos y comenzó, como antes, a elevarse

en dirección al oriente. Juan estaba decepcionado. Con ganas había querido ver Nuestra Señora, pero nada vio. Sin embargo, oyó algo como "un golpe de trueno semejante al disparo de un arma de fuego", cuando Lucía decía, "Jacinta ves, Nuestra Señora está saliendo". Dio un poco de consuelo a Juan.

Los tres niños, en Cova da Iría, habían visto con pena a los devotos despojar la encina del follaje sobre el que había puesto los nevados pies de la Virgen. Pero esta vez ellos mismos cortaron los ramos que rozó la nívea túnica de la Señora. Francisco y Jacinta dejaron en Valinhos a Lucía y a Juan cuidando del ganado y volvieron a Aljustrel a comunicar a los padres la inesperada visita de Nuestra Señora. En la mano llevaban el precioso ramo.

Al pasar por la casa de Lucía, estaban en la puerta su madre y hermana y algunas vecinas. Exclamó Jacinta toda alborozada: "Tía, hemos visto otra vez a Nuestra Señora ¡en los Valinhos!

"Ay, Jacinta, ¡siempre me saldréis unos mentirosos! ¡Ni que Nuestra Señora se os vaya aparecer ahora en todas partes por donde andáis"!

¡"Pues la hemos visto! – insistía Jacinta – ¡Mira, tía, Nuestra Señora ha puesto un pie en esta ramita y el otro en ésta!

¡"Dámela! ¡Déjamela ver! Jacinta se la dio y la madre de Lucía se la llevó a la nariz. Se sorprendió inmensamente. "Pero ¿a qué huele esto? – decía ella y seguía olfateándolo – No es perfume…no es incienso… no es jaboneta…olor de rosa tampoco es…ni nada que yo conozca: ¡Pero es un olor bueno"! Toda la familia quería olerlo y todos lo encontraron muy agradable. ¡"Qué se quede aquí, Jacinta, siempre habrá quien sepa decirme a qué huele este ramo"!

A partir de ese momento, la madre de Lucía y toda su familia empezaron mitigar su oposición hacia las Apariciones. Jacinta entonces llevó el ramo a su casa para mostrarlo a sus propios padres. El Tío Marto cuenta el incidente con sus propias palabras:

"Había ido aquella tarde a dar una vuelta por mis propiedades, y, a la puesta del sol, volví para casa. Cuando estaba para entrar, encontré un fulano, amigo mío, que me dijo: 'Oye, Tío Manuel; el milagro está ya más averiguado'.

¿'"Por qué dices eso'? – dije, no sabiendo nada sobre la aparición en Valinhos o sobre el ramo.

'"Pues consta que Nuestra Señora se ha aparecido hace muy poco en los Valinhos a tus hijos y a Lucía. Que es cierto Tío Manuel, y siempre te digo que tu Jacinta tiene una virtud singular. Ella no había ido con los otros y vino un chico aquí a llamarla, y ¡hasta que ella no llegó no se apareció Nuestra Señora'! Yo me encogí de hombros sin saber qué decir, pero dentro me puse a pensar sobre el caso. Mi mujer no estaba en casa. Fui para la cocina y allí me senté. Entró Jacinta muy contenta con un ramito en la mano, como de un palmo, y me dice:

¡'"Mire padre! Nuestra Señora se ha vuelto a aparecer a nosotros hoy en los Valinhos'.

"Y, al mismo tiempo que entró, sentí yo un olor tan excelente que no me sabía explicar. Alargué la mano al ramo y le dije: ¿'Qué es esto que traes, Jacinta'?

'"Es el ramito donde la Virgen ha puesto los pies.' Lo olí, pero el perfume había desaparecido." Nuestra Señora no tenía que obrar un milagro para probar Su caso a él.[1]

1 Cuando la hermana de Lucía, Teresa, y su marido estaban llegando a la aldea de Fátima, comenzaron a notar que el aire refrescaba, que el sol tomaba un color amarillento y ponía en todo muchos colores, lo mismo que se vio el día 13 en Cova da Iría, seis días antes, cuando los niños fueron impedidos de ir a la Cova a causa de su secuestro y encarcelación. Fue la misma hora de la aparición en los Valinhos.

Capítulo VIII Quinta aparición

Las palabras que más profundamente impresionaron las mentes de los pastorcitos fueron las últimas habladas por Nuestra Señora en Valinhos, "Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores. Mirad que van muchas almas al Infierno, por no haber quien se sacrifique y pida por ellas". Estas palabras despertaban en los niños un hambre cada vez más fuerte de mortificación, oración y sufrimientos. Su único deseo era cerrar para siempre las puertas de aquel terrible horno del Infierno de tal modo que no fuesen allá más almas.

Cuando dejados en paz en los campos con sus ovejas, los tres pastorcitos se pasaban así horas y horas, en el peñasco del Cabeço, donde el Ángel había aparecido, postrados en tierra y repitiendo la oración que el Ángel les había enseñado: ¡Dios mío, creo y espero en Vos, os adoro y os amo! ¡Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan, y no os aman!... Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, yo Os adoro profundamente y Os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios, e indiferencias con que Él mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de Su Sacratísimo Corazón y del Inmaculado Corazón de María, Os pido la conversión de los pobres pecadores".

Cuando la incómoda postura se les hacía insoportable, se ponían a rezar el Rosario, sin olvidarse de intercalar la jaculatoria que les había enseñado Nuestra Señora: "Oh Jesús, perdonadnos, libradnos del fuego del Infierno, llevad a todas las pobres almas al Cielo, especialmente a las más necesitadas".

Los niños rezaban mucho, pero se sacrificaban aún más. Se dedicaban a descubrir nuevos modos de sufrir por la conversión de los pecadores. Para evitar que los otros mal entendiesen los motivos de sus mortificaciones e impedirles salvar almas del Infierno, lo guardaban en sigilo entre ellos mismos y la Virgen Santísima. Tan sólo por orden de sus superiores, muchos años después, fue que Lucía contó cuan extensas eran sus oraciones y sacrificios juveniles.

En la aridez abrasadora de la sierra, mientras vigilaban las ovejas, ofrecían a Dios y a Nuestra Señora su ardiente sed. Pasaban días sin beber cosa alguna mientras estaban solos en los campos. Era uno de sus sacrificios más grandes y más difíciles. En verdad, pasaron todo el mes de agosto de aquel verano sin agua. En cierta ocasión, dice Lucía, los tres volviendo a casa de Cova da Iría, al llegar al pequeño charco de Carreira, Jacinta estaba tan vencida por la sed que fue forzada a levantar la voz: "Oye, tengo tanta sed y me duele tanto la cabeza. Voy a beber un poquito de esta agua".

"De ésta no – le respondió Lucía. "Mi madre no quiere que bebamos de aquí, porque hace daño; en este lago se lava la ropa y entran a beber los animales. Vamos a pedir un poquito de agua a la tía María de los Ángeles".

"No, Lucía – interrumpió Jacinta – de esa agua buena no quiero. Beberé de ésta, porque en vez de ofrecer a Nuestro Señor la sed, le ofreceré el sacrifico de beber de esta agua sucia".

Los niños jugaban un día junto al pozo, cuando la madre de Jacinta les vino a traer unos racimos de uva para que se refrescasen. "No las comemos – resolvió Jacinta cuando la madre les dio la espalda – y ofrecemos este sacrificio por los pecadores". Y, viendo por el camino a unos pobres niños, corrió a darles las uvas deliciosas. En otra ocasión, les llevó la señora Olimpia un cesto de higos. Los pequeños, sentados en el suelo, se disponían a saborearlos cuando Jacinta se acordó de los pecadores que tanto quería salvar del fuego del Infierno. Dejó el higo, que tenía ya en la mano en el cesto, y se marchó rápidamente por un tiempo, por miedo a ceder al deseo de los higos. Iban a coger

Santuario en Valinhos

unas yerbitas que crecían entre las piedras y que dan unos estallidos cuando se aplastan en la mano. A Jacinta, ocupada en esta faena, le picó una ortiga y, como quien ha hecho un precioso hallazgo, exclamó: ¡"Oíd! ¡Oíd, otra cosa con que nos podemos mortificar"!

Yendo cierto día a pastorear el ganado, encontraron un pedazo de cuerda. Lucía se lo ató al brazo y no tardó en notar que la cuerda le lastimaba. ¿"Sabéis? ¡Esto causa dolor! Podríamos atarlo a la cintura y ofrecer a Dios este sacrificio". La cuerda era gruesa y muy áspera. La cortaron en tres partes y la ataron alrededor de sus cinturas. La aspereza y grosura de la cuerda ocasionaban un suplicio verdaderamente difícil de soportar, especialmente para la Jacintica. Cuando Lucía le aconsejó que se la quitase, Jacinta insistió en que no. Sufriría con ganas cualquier sacrificio para salvar a los pecadores del Infierno. Hasta se acostaban usado la cuerda. Esto impedía dejarles descansar suficientemente y Nuestra Señora les habló del asunto en Su próxima visita.

Mientras los niños procuraban agradar en todo a la bondadosa Señora, vinieron hombres determinados a desacreditarlos y hacer de las apariciones un fiasco. Para ellos era otra oportunidad de destruir a la Iglesia en Portugal. Cuando los esfuerzos del Alcalde local fueron estorbados, otro hombre surgió para tomar la porra. Era José do Vale, el editor de un periódico izquierdista. Su idea era terminar con el asunto de Fátima llevando a cabo una reunión pública y difundir folletos en las ciudades y pueblos que contaban la "verdad" sobre Fátima y sobre la Iglesia. José do Vale pensaba que la mejor oportunidad de hallar a la gente reunida sería después de la última Misa en la iglesia de Fátima.

Anticipando un fácil éxito, fue allá un domingo temprano con unos guardas y gente de influencia del distrito. El único hombre que hallaron en el patio de la iglesia era el Regidor de la aldea.

El lugar de la Misa había sido inesperada y calladamente cambiado ese Domingo por el Párroco que a veces alternaba entre varias iglesias de la parroquia.

Sin darse por vencido, el grupo se dirigió a Cova da Iría donde sabía que se había reunido mucha gente. Una recepción insólita les esperaba. Un hombre había traído unos burros y los ató a las encinas. Una vez que aparecieron los hombres, provocó que los burros a rebuznasen y los mantuvo rebuznando incesantemente a la gran molestia de los mal acogidos visitantes.

José do Vale se acercó a la encina donde otra sorpresa le esperaba. Había un montón de paja y pienso colocado alrededor del árbol. La buena gente de Moita les invitó a comerlo a imitación de los animales que comen tales cosas. "Era un insulto y lo interpretaron como tal", dijo María da Capelinha. "Llegué allá a las once y media con dos vecinas. Nos escondimos para que pudiésemos estar cerca de los hombres cuando llegasen. La capilla de las Confesiones está ubicada ahora en el lugar donde nos escondimos. A poca

distancia, tres hombres se sentaron en las ramas de un gran roble. Uno de los hombres malos empezó a blasfemar contra la Iglesia y cada vez que decía algo especialmente malo contestábamos, ¡'Viva Jesús y María'! Un chico de pie encima de otro gran roble al lado de nosotros hacía eco después ¡'Viva Jesús y María'! cada vez quitándose el sombrero con gran reverencia.

Los hombres se disgustaron tanto que despacharon a dos guardias para que nos persiguiesen, pero huimos a través de los campos y desaparecimos de su vista. Mientras tanto, la Misa terminó y llegaron nuestros hombres. Cuando cayeron en la cuenta de lo que estaba pasando, comenzaron a interrumpir a los oradores y a burlarse de los guardas. 'Mulos, mulos, mulos'. José y sus cohortes comenzaron a llamar a los hombres 'patanes montañeses' y 'palurdos', etc. Mandaron a los guardas que los persiguiese, pero los hombres huyeron a la izquierda y a la derecha, riéndose y tomando el pelo de los incrédulos que fuesen a revelar la 'verdad completa' sobre la Iglesia y Nuestra Señora. Nunca se supo otra vez de José do Vale y sus conspiradores".

Mientras tanto los tres pastorcitos contaban las horas hasta la próxima aparición. Muchos miles creían y un número igual rehusaban aún de dar crédito en las apariciones. Esta incredulidad y mal entendimiento, en especial por parte de los sacerdotes junto con las repetidas y constantes preguntas del pueblo, provocaron en los pastorcitos un sufrimiento afilado y un sentimiento de soledad total. Les parecía que nadie sino Nuestra Señora en verdad les entendía y que únicamente ellos la entendían a Ella.

Desde las primeras horas del día 13 de septiembre, las casas de los videntes se encontraron repletas de gente y todos querían hablar a los niños y pedirles que encomendasen a Nuestra Señora sus necesidades. "Al acercarse la hora – Lucía escribió – fui a Cova da Iría con Jacinta y Francisco, entre numerosas personas que con mucho trabajo nos dejaban andar. Los caminos estaban apiñados de gente. Todos querían vernos y hablarnos; allí no había respetos humanos. Mucha gente del pueblo y hasta señoras y caballeros, consiguiendo romper por entre la multitud que en torno nuestro se apiñaba, venían a postrarse de rodillas delante de nosotros pidiendo que presentásemos a Nuestra Señora sus necesidades. Otros, no consiguiendo llegar hasta nosotros, clamaban de lejos. Decía uno de ellos: 'Por amor de Dios, pidan a Nuestra Señora que cure a mi hijo, que está imposibilitado'. Otro: 'Que me cure a mí, que estoy ciego'. Otro: 'A mí, que estoy sordo'. 'Que me traiga a mi marido, a mi hijo, que están en la guerra; que convierta a un pecador; que me dé salud, que estoy tuberculoso, etc'. Allí aparecían todas las miserias de la pobre humanidad y algunos gritaban hasta de encima de los árboles y paredes, a donde subían con el fin de vernos pasar.

"Diciendo a unos que sí, dando la mano a otros para ayudarles a levantarse del suelo, llegamos allá gracias a algunos caballeros que nos iban abriendo paso entre la multitud. Cuando leo ahora en el Evangelio aquellas escenas tan encantadoras del paso de Jesús por Palestina, recuerdo éstas que, tan niña aún, Nuestro Señor me hizo presenciar en los pobres caminos y carreteras de Aljustrel a Fátima y a Cova da Iría, y doy gracias a Dios ofreciéndole la fe de nuestro buen pueblo portugués y pienso: si esta gente así se abate delante de tres pobres niños, sólo porque a ellos les es concedida misericordiosamente la gracia de hablar con la Madre de Dios ¿qué no haría si viesen delante de sí al mismo Jesucristo"?

Por fin, llegados los niños junto a la encina, Lucía como de costumbre, empezó el Rosario con el pueblo respondiendo. Aún no había terminado el rezo, cuando los niños se levantaron y escudriñaron el horizonte. Habían visto el relámpago. Nuestra Señora vendría pronto. Pasados unos momentos y un globo de luz aparece ante la muchedumbre y sobre la encina se posa ya la Reina de los Ángeles.

¿"Qué es lo que me quiere"? – pregunta Lucía muy humildemente.

Bendición de los enfermos en Fátima

"Que continuéis rezando el Rosario a Nuestra Señora del Rosario todos los días para alcanzar el fin de la guerra," – la Santísima Virgen respondió, a la vez renovando las promesas que había hecho durante su aparición anterior. *"El último mes, en octubre, haré un milagro, para que todos crean en Mis Apariciones. Si no os hubiesen llevado a la aldea, el milagro hubiera sido más grandioso. Vendrá San José con el Niño Jesús para dar la paz al mundo. Vendrá también Nuestro Señor para bendecir al pueblo. Vendrá también Nuestra Señora del Rosario y Nuestra Señora de los Dolores".*

"Dios está contento con vuestros sacrificios, pero no quiere que durmáis con la cuerda; llevadla sólo durante el día".

"Me han suplicado que os pida muchas cosas – le dice entonces Lucía – Esta niña es sordo-muda. ¿No la quiere curar"?

"Durante el año experimentará alguna mejoría".

¿"Ayudará Usted a estas otras personas"?

"A algunos curaré, a otros no, porque Nuestro Señor no se fía de ellos".

"El pueblo tiene mucho interés en tener aquí una capilla" – Lucía sugirió.

"Empleen la mitad del dinero, que hasta hoy habéis recibido, en las andas, y sobre una de ellas pongan a Nuestra Señora del Rosario; la otra parte será para ayuda de la construcción de una capilla".

"Hay muchos que dicen que yo soy una intrusa, que merecía ser colgada o quemada. ¡Haga un milagro por favor para que todos crean"!

"Sí, en octubre haré un milagro para que todos den fe".

"Unas personas me han dado unas cartas para Usted y un frasco de agua de colonia". Lucía no quería olvidarse de ninguna petición.

"Eso de nada sirve para el Cielo".

Nuestra Señora entonces empieza salir. Lucía grita entonces a la gente: "Si quieren verla, ¡miren para allí"! – e indica el oriente por donde la Virgen iba a desaparecer. Ávidamente todos los ojos toman la dirección hacia oriente y muchos pueden observar de nuevo el globo luminoso ahora ascendiendo hacia el Cielo. Después de unos instantes de emoción inusitada, toda la muchedumbre se lanzó sobre los niños asediándoles con mil preguntas. ¿"Qué dijo Nuestra Señora"?... ¿"Curará a mi hijo"? ¿"Volverá mi marido sano y salvo de la guerra"? ¿"Ayudará Ella a mi hijita"? Con gran dificultad consiguieron los padres recuperar a sus hijos y llevarlos a sus casas. Cuando llegaron, nuevamente las encontraron literalmente atestadas de gente esperando para indagar más a los niños.

"Cómo era Nuestra Señora"? ¿"Fue en verdad la Santísima Virgen"? "Contadnos todo lo que sucedió".

Entre los muchos testigos de esta aparición, había unos sacerdotes incluso Mons. Juan Quaresma, Vicario General de la Diócesis de Leiría y el Padre Manuel do Carmo Góis. El Monseñor, un hombre muy erudito que había venido con escepticismo a Cova da Iría; no sabía si debería dar crédito o no al testimonio de los pastorcitos. Nos da su propia narración personal de los acontecimientos de ese día:

Había pensado para sí mismo, "… ¿no se habrán tal vez engañado los pastorcitos? ¿No

habrán sido acaso víctimas de una hermosa ilusión? ¿Había entonces en las afirmaciones de los pequeños algo de verdad? ¿Qué habrá que decir de aquellas multitudes siempre crecientes de hombres que todos los días 13 afirmaban haber visto en el cielo de Fátima fenómenos extraordinarios?

"La hermosa mañana del 13 de septiembre de 1917 salíamos de Leiria, en un lento carruaje arrastrado por un caballo viejo, hacia el lugar donde se realizaban las discutidas Apariciones. Nuestro querido P. Gois fue el que eligió el punto desde donde se dominaba el vasto anfiteatro de Cova da Iría; desde allí podíamos ver más fácilmente sin acercarnos demasiado al lugar donde los pastorcitos rezaban esperando la celestial Aparición. Al mediodía se hizo completo silencio. Se oía el murmullo de las preces. De repente suenan gritos de júbilo. Se oyen voces que alaban a la Virgen. Se levantan brazos para apuntar algo en lo alto. ¿'No ven? ¿No ven? ¡Sí, ya lo veo'!

"Levanto yo también los ojos y me pongo a sondear la amplitud del cielo, para ver lo que los otros ojos más felices que los míos contemplan. Con gran satisfacción mía, veo clara y distintamente un globo luminoso que se movía de oriente a poniente deslizándose lento y majestuoso a través del espacio. Mi amigo miró también y tuvo la felicidad de gozar de la misma inesperada y encantadora aparición cuando de repente el globo, con su luz extraordinaria, desapareció de nuestra vista.

"Cerca de nosotros estaba una niña vestida como Lucía y poco más o menos de la misma edad. Llena de alegría seguía gritando: ¡'Todavía La veo! ¡Todavía La veo! ¡Ahora va para abajo'! Pasados unos minutos, exactamente el tiempo que acostumbraba durar las Apariciones, comenzó la niña a exclamar de nuevo apuntando el cielo: ¡'Ya sube! ¡Ya sube otra vez'! Y continuó siguiendo al globo con los ojos hasta que desapareció en dirección al sol.

¿'"Qué piensas de ese globo'? – pregunté a mi amigo, que estaba entusiasmado con lo que había visto. 'Que era Nuestra Señora' – respondió sin titubear. Esa era también mi convicción. Los pastorcitos contemplaron a la misma Madre de Dios, a nosotros nos fue concedida la gracia de ver la carroza que la había transportado del Cielo al erial inhospitalario de Sierra de Aire. Debemos decir que todos los que allí estaban habían observado lo mismo que nosotros. Porque de todas partes se oían manifestaciones de alegría y saludos a Nuestra Señora. Muchos sin embargo no veían nada. Cerca de nosotros se encontraba una piadosa y sencilla criatura que lloraba amargamente porque no había visto nada.

"Con qué entusiasmo iba mi compañero de grupo en grupo, en Cova da Iría, y luego por el camino, informándose de lo que habían visto. Las personas interrogadas eran de las más diversas clases sociales; todas a una afirmaban la realidad de los fenómenos que nosotros mismos habíamos presenciado.

"Altamente satisfechos de nuestra peregrinación a Fátima, regresamos a casa con el propósito firme de volver el próximo día 13 de octubre, para acceder a la invitación de Lucía y fortificarnos aún más en nuestra fe en las Apariciones de Nuestra Señora".

Otros fenómenos se presenciaban ese día. Había un repentino enfriarse de la atmósfera, el palidecer del sol hasta el punto de verse las estrellas, tanto así que miles de personas podían verlas, aunque era mediodía. Había también una especie de lluvia como de pétalos irisados que desaparecían antes de llegar al suelo.

Capítulo IX La sexta Aparición

Durante las tres Apariciones anteriores la Virgen Santísima había asegurado a los pastorcitos que la última vez que se apareciera, en octubre, obraría un milagro para que todos viesen y de este modo creyesen. Lucía lo había repetido a todos los que le venían a preguntar y las noticias al respecto se habían esparcido como un incendio forestal a lo largo y ancho del país. Imagine, siendo avisado anticipadamente de que un gran milagro sucedería en una fecha tope no de cien años sino de treinta días. La expectativa y ansiedad provocadas por el pronóstico de este tremendo presagio pesaban mucho sobre los creyentes, especialmente las familias de los pastorcitos. Los incrédulos se reían de la profecía y los enemigos de la Iglesia lo llamaban una gran filfa con que la Iglesia intentaba endilgar al pueblo. Para ellos el 13 de octubre sería un día en el que regocijarse porque el engaño sería desenmascarado y la Iglesia sería desacreditada por completo.

Los niños estaban entristecidos extremadamente frente a la incredulidad de tantos, pero confiaban totalmente en la bondad de Nuestra Señora y por eso no se preocupaban. Sin embargo, sus familias fueron atormentadas en especial por los muchos vecinos que no daban crédito a las Apariciones. Hasta amenazaban a las familias con castigos severos si la promesa de un milagro resultase falsa.

"Mi familia – cuenta María de los Ángeles, la hermana mayor de Lucía – estaba muy preocupada. Cuanto más se acercaba el día 13, más repetíamos a Lucía que no se entercase, que iba a suceder algo malo a ellos y a nosotros; que íbamos a sufrir todos por lo que ellos habían inventado. El padre la reprendía frecuentemente, pero nunca llegó a pegarle. Era la madre la que más la castigaba. Se decía que iban a arrojar bombas en Cova da Iría para meter miedo en todos los que fuesen allá. 'Si estuviese en nuestras manos – decían algunos – los metíamos en un cuarto hasta que se desdijesen'. Teníamos mucho miedo. Cuando no estábamos con Lucía, decíamos: ¿'Qué será de todos nosotros'? Alguien vino a aconsejar a la madre que llevase a Lucía fuera de aquí, a un sitio donde nadie diese con ella. La gente se quedaba sin saber lo que debía hacer.

"La madre quería hacer lo correcto, pero no comprendía. 'Si es Nuestra Señora la que allí se aparece – lamentaba la madre – bien podía haber hecho ya un milagro. Podría haber hecho brotar un ribero, o cualquier otra cosa. ¡Ay, en qué va a parar esto'!
Pero los niños no tenían miedo. Una vez fui a estar con ellos un poco y les dije: ¿'Entonces vosotros no estáis resueltos a decir que no habéis visto nada en Cova da Iría? Andan diciendo que echarán bombas para destruir nuestras casas. Será mejor que me lo digáis sólo a mí y yo voy y se lo digo al señor Cura, y el señor Cura lo dice desde el púlpito. ¿Queréis?' Lucía, frunciendo el ceño, se callaba. Jacinta, entre lágrimas y con su vocecita fina, me dijo: 'Pues sí, pero ¡el caso es que la hemos visto'"!

Era tan grande el terror que la madre de Lucía tenía sobre el inminente desastre, que la víspera del día 13, apenas amaneció, saltó de la cama, fue a despertar a Lucía y le rogó que fuese a confesarse. "Dicen que vamos a morir mañana en Cova da Iría. Si la Señora no hace el milagro, la gente nos mata".

Pero Lucía respondió con placidez: "Si la madre quiere confesarse, yo también voy. Yo no tengo miedo que nos maten. Estoy segurísima de que la Señora ha de hacer mañana todo lo que prometió." Y no se habló más de confesiones.

En casa de Francisco y de Jacinta había más paz. No había nada que pudiese debilitar la fe del Tío Marto. "Pocos días antes del día 13 de octubre – nos cuenta él – apareció por aquí el P. Poças, Párroco de Porto de Mos, con un feligrés suyo. Venía a ver si conseguía que los niños se desdijesen. Habían preguntado a Francisco, pero sin resultado alguno. Querían también hablar con Lucía y con Jacinta, pero las dos niñas habían ido a Boleiros a buscar cal con un jumentillo. A pesar de decirles yo que las niñas vendrían, allá fueron

el sacerdote y su feligrés en busca de ellas, acompañados de Juan." Iba a forzar a los niños a repudiar su historia, o en caso contrario, haría algo drástico.

"Oye, niña – dijo el sacerdote a Lucía – vas a decirme ahora que todo eso son historias y brujerías. Si tú no lo dices, lo digo yo y lo hago decir por todas partes y, es claro, vosotros tampoco os escapáis".

Lucía no respondió palabra, pero Tío Marto no podía contenerse sin decirle: "Pues lo mejor es mandar telegrafiar por todas partes".

¡"Pues eso es lo que se debería hacer! Así nadie vendría acá el día 13 y se terminaría todo", – dijo el sacerdote triunfante.

El otro hombre que venía con el Padre, declaró: "Aquí no hay más que brujería".

Tío Marto quedó encolerizado, y Jacinta, a quien no gustaba ver a nadie enfadado, desapareció. Se volvió su padre al cura y le dijo: "Si así es, dejen en paz a los niños. Nadie impide a los señores que hagan lo que les parezca". Tío Marto fue para casa con Lucía y Juan, seguidos por el sacerdote y su feligrés. Estaba ya Jacinta en el umbral de la puerta, peinando el cabello de otra niña.

¡"Oye, Jacinta – dijo entonces el P. Poças – ¿Tú no quieres decir nada? Ya nos lo ha contado todo Lucía; y todo es mentira".

"No, Lucía no ha dicho nada," – respondió con firmeza la niña. Pero él insistía y Jacinta insistía aún más. Todos estaban pasmados de la firmeza de la pequeña; hasta Tío Marto se pensó que se convencían de las Apariciones. A una de esas el tal individuo sacó un tostão del bolsillo para entregarlo a Jacinta.

Tío Marto lo cogió del brazo y le dijo: ¡"Alto, eso no se hace"!

"Por lo menos, a Juan he de darle algo".

"No hace falta – dijo el padre – pero si quiere, a él se lo puede dar".

Cuando iban a salir, el sacerdote se volvió a Tío Marto y le dijo: "Sí, señor, ¡ha desempañado Usted bien su papel"!

"Bien o mal, no lo sé; en esta casa así las gastamos. No conseguirán que los niños se desdigan, pero, aunque lo consiguiesen, yo me quedaba con la mía, con que los niños dicen la verdad". El Señor Marto era un buen padre, siempre fiel a sus hijos, así como eran fieles a él, porque todos sin reservas creían en Dios y en Su Santísima Madre María.

La mañana del 13 de octubre, 1917, un injustificado terror prevalecía en Fátima. La lluvia caía a cántaros, un triste inicio para el día glorioso prometido por Nuestra Señora y los niños. Sin embargo, la lluvia no desanimó la fe viva con que millares de peregrinos de todas las provincias de Portugal se encaminaban a la dichosa tierra para presenciar el milagro prometido. Incluso los diarios, hasta entonces tan hostiles a los sucesos en Fátima, enviaron periodistas al lugar, y como publicaron en los días siguientes extensos artículos sobre los eventos extraordinarios, los aprovecharemos aquí, citando las narrativas periodísticas que describen la auténtica historia del acontecimiento.

"Se despoblaron los lugares, las aldeas, las ciudades próximas", – dijo el periodista de O Dia, un diario de Lisboa. "Por todas partes, ya desde la víspera, se veían camino de Fátima grupos de romeros. Venían a pie, con los borceguíes en sus piernas musculosas, con las vistosas sayas pendientes de las caderas, a la cabeza el saquito de provisiones, a paso ligero que hacía girar el vuelo de las faldas y agitar los pañuelos anaranjados con que sujetaban sus sombreros.

"Obreros de Marinha, labradores de Monte Real, de Cortes, de los Marrazes, serranas de las lejanas sierras de Soubio, de Minde, de Louriçal – gente de todas partes a donde había llegado la voz del milagro, dejaban las casas y los campos y venían por aquellas afueras a caballo, en carro o a pie, cruzando las carreteras, atravesando montes y pinares interminables por caminos que durante dos días se vieron animados con el rodar de los carros, el caminar de los asnos y el vocear de los grupos de romeros.

“El otoño amarilleaba las viñas ya vendimiadas. El viento del nordeste, frío y cortante, anunciando el invierno, sacudía los chopos transparentes de las orillas de los ríos.

“En los aires se veían girar las aspas blancas de los molinos. En los pinares inclinaban al viento sus verdes copas los pinos. Las nubes cubrían ya el cielo. La niebla se amontonaba en inconsistentes bloques. El mar, en la amplia playa de Vieira, lanzaba doquier su espuma, bramaba, se enroscaba en altas olas y se dejaba oír por los campos su clamor siniestro.

“Toda la noche, toda la madrugada, se pasó cayendo una lluvia menuda, persistente, que encharcaba los campos, que entristecía la tierra, que calaba hasta los huesos, con su humedad fría, a mujeres, niños, hombres y animales que cruzaban las macilentas carreteras que conducen a la sierra del milagro. La lluvia caía, caía, insistente y blanda. Las faldas de estameña y las estampadas telas parecían pingos y pesaban como plomo en las tiras de las cinturas. Las gorras y los largos sombreros escurrían agua sobre las chaquetas nuevas de los días de fiesta. Los pies descalzos de las mujeres, las botas herradas de los hombres patinaban en los grandes pozos del lodazal de las carreteras. Pero la lluvia parecía que no mojaba, parecía que no se la sentía.

“Caminaban sierra arriba iluminados por la fe, con ansias del milagro que Nuestra Señora prometió, para el día 13, a la una de la tarde, hora del sol, a las almas sencillas y puras de tres niños que apacentaban sus ganados”. Pero en realidad era mediodía en Fátima porque el sol en ese momento estaba en su cenit.

“Se oía cada vez más cercano un murmullo que bajaba del monte; murmullo que parecía la voz lejana del mar, que había penetrado en el silencio de los campos. Eran cánticos que se definían entonados por millares de bocas. En la planicie alta de la sierra se veía cubriendo el monte, llenando un valle, una mancha enorme y movediza de millares y millares de criaturas de Dios, millares y millares de almas que rezaban”.

O Século, otro diario de Lisboa, publicó un artículo extenso sobre los acontecimientos del día. Su periodista escogió para su punto de observación el camino de Chão de Maçãs a Vila Nova de Ourém.

“…Por el camino se topan los primeros grupos que marchan en dirección al lugar santo, distante más de veinte kilómetros bien medidos. Hombres y mujeres van casi todos descalzos, ellas con el saquito a la cabeza, además de los zapatones; ellos apoyándose en los gruesos bastones y provistos cautelosamente de paraguas. Diríamos que iban completamente ajenos a cuanto veían, sin preocuparse para nada ni del paisaje que tal vez desconocían, ni de los demás viandantes, como si estuvieran sumergidos en un sueño, rezando en melancólico tono el santo Rosario. Una mujer entona la primera parte del Ave María, la salutación; los compañeros, a coro, continúan con la segunda parte, la súplica. Con paso seguro y cadencioso pisan el embarrado camino, entre pinos y olivos, para llegar antes de la noche a lugar de la Aparición, donde bajo el relente y a la luz fría de las estrellas, proyectan dormir, ocupando los primeros puestos junto a la encina bendita para poder ver mejor al día siguiente.

“A la entrada de la Villa, mujeres del pueblo a quienes el ambiente ya había injertado el virus del ateísmo, comentan en tono de mofa el caso del día: ‘Entonces ¿vas mañana a ver a la santa’? pregunta una. ‘Yo no. ¡Si ella no viene acá’! Y se ríen a gusto, mientras los devotos prosiguen indiferentes a todo lo que no sea el objetivo de su romería. Durante la noche se reúnen en la plaza de la Villa los más variados vehículos, conduciendo creyentes y curiosos, sin que falten viejas damas vestidas de oscuro, encorvadas ya por el peso de los años, pero brillándoles en los ojos la luz ardiente de la fe que las llevó al acto animoso de abandonar por un día el rinconcito imprescindible de la casa.

“Al romper el alba, nuevos grupos aparecen intrépidos y atraviesan, sin pararse, el poblado, cuyo silencio rompen con la armonía de los cánticos que voces femeninas muy afinadas, entonan en un violento contraste con la rudeza de los tipos.

“Nace el sol, pero el cariz del cielo amenaza tormenta. Las nubes negras se amontonan precisamente por el lado de Fátima. Nada, sin embargo, les detiene; por todos los caminos, y sirviéndose de todos los medios de locomoción, quieren a toda costa verse en Fátima. Los automóviles lujosos se deslizan vertiginosamente, haciendo sonar sus bocinas; los carros de bueyes se arrastran ladeándose hacia la cuneta, las galeras, las manuelas, los vehículos cerrados, los carruajes de todas clases, en los que se improvisan asientos, van cargados a más no poder.

“Casi todos van provistos de sus alforjas o saquitos con comidas más o menos modestas para ellos y forraje para los animales a los que el ‘poverello’ de Asís llamaba nuestros hermanos, que llenan cumplidamente su cometido. Se oye algún que otro tintineo, se ven carretas adornadas de follaje; no obstante, el ambiente de fiesta no raya en lo exagerado; las maneras son compuestas y el orden absoluto. Tratan los borriquillos a un lado del camino, y los ciclistas, numerosísimos, hacen verdaderos prodigios para no precipitarse contra los carros.

“Hacia las diez el sol se entolda completamente y no tarda en comenzar a llover y llover bien. Las mangas de agua, batidas por un viento agreste, fustigan los rostros, encharcando el camino empedrado y calando hasta los huesos a los caminantes. Si algunos se cobijan bajo las copas de los árboles, junto a las paredes de las fincas o en las distanciadas casas que se topan a lo largo del camino, otros continúan la marcha con una resistencia impresionante.

“El lugar de Fátima donde se dice que la Virgen se aparece a los pastorcitos del pueblecito de Aljustrel, está dominado por una enorme extensión desde el camino que lleva a Leiría y a lo largo del cual se acomodan los vehículos que allá han conducido a peregrinos y mirones. Pero el grueso de los grupos, millares de personas venidas de muchas leguas alrededor y a los que se juntan creyentes de varias otras provincias se congregan en torno de la pequeña encina que, al decir de los pastorcitos, la Visión ha escogido por su pedestal y que puede considerarse como el centro del amplio circo en cuyo reborde se acomodan otros espectadores y devotos”.

Algunos estimaban que la muchedumbre en Cova da Iría ese día debía de ser por lo menos de setenta mil personas. Un profesor de la Universidad de Coimbra, Dr. Almeida Garrett, después de considerarla con cuidado, nos habla en su relación de más de cien mil. “El día 12 – nos cuenta la señora María Carreira – sobraba tanta gente allá. Y era tal el barullo, que se oía hasta arriba en nuestro lugar. Pasaron la noche todos al aire libre, porque no había ni una habitación disponible. Aún no apuntaba el sol y ya se rezaba, se lloraba y cantaba. También yo fui para allá muy pronto y conseguí llegar a la encina, de la que no quedaba más que el tronco, a la que yo la víspera adorné con flores y cintas de seda”.

En casa de Lucía, había gran conmoción. La señora María Rosa se estremecía como nunca antes suponiendo que para la hija sería aquel el último día de su vida. Corriéndole las lágrimas por las mejillas, contemplaba a la niña que, acariciándole el rostro, procuraba animarla.

“No tenga miedo, madrecita – dijo Lucía – porque nada malo nos ha de suceder. Nuestra Señora ha de hacer lo que prometió”.

Y Lucía se disponía a salir. La señora María Rosa se decidió a acompañarla. “Si mi hija va a morir, ¡quiero morir yo a su lado”! Y con el padre fue a llevar a la niña a casa de los tíos.

La casa rebosaba de gente; centenares estaban también afuera, esperando a los niños. “Os curiosos y devotos nos llenaban la casa a más no poder” – Tío Marto recordaba.

“Fuera llovía mucho. Aquello estaba hecho un barrizal. Mi mujer se afligía con todo aquello. Había gente encima de las arcas y de las camas; todo lo manchaban. ‘Déjalo, querida’ – la tranquilicé. ‘En llenándose, no cabe uno más’. A la hora justa, me disponía

yo a salir detrás de los pequeños cuando un vecino me llama aparte y me dice bajito: 'Tío Marto, será mejor que no vaya Usted. Podía suceder que lo maltraten. A los pequeños, no. Son criaturas; nadie va a hacerles nada. Pero Usted, corre peligro'. 'Yo voy de buena fe' – le contesté. 'No tengo ningún miedo. Las cosas irán bien, no tengo el menor recelo'. Mi Olimpia, sí, tenía mucho miedo: siempre andaba con confusiones. Se encomendaba a Nuestra Señora. Veía aquello de otro modo, porque los sacerdotes y otras personas no lo veían bien.

"Los niños estaban muy tranquilos. Jacinta y Francisco de nada se preocupaban.

'Oye – decía Jacinta – si nos matan vamos al Cielo, pero los que nos hagan mal ¡pobres! ¡Van al Infierno'!

"Una señora de Pombalinho, nada menos que la Baronesa de Almeirim, trajo dos vestidos para las pequeñas y ella misma se los vistió; uno azul, para Lucía, y uno blanco, para Jacinta; en la cabeza les puso una coronita de flores de tela, de modo que parecían angelitos. Salimos de casa lloviendo a mares. El camino era un lodazal. Todo lo cual no impidió que hubiese mujeres y hasta señoras que se arrodillaban delante de los niños. ¡'Déjense de todo esto, señoras'! – les decía yo. Aquella gente pensaba que los niños tenían un poder que sólo los santos tienen.

"Después de muchos trabajos y muchas intervenciones, llegamos a Cova da Iría. La gente estaba tan apiñada que no se podía pasar. Entonces fue cuando un chófer levantó a mi Jacinta en los brazos y a empujones se abrió paso hasta las varas que sostenían las linternas, gritando: ¡'Dejen pasar a los niños que han visto a Nuestra Señora'!

"Yo me puse detrás de ellos y Jacinta, afligida por verme en medio de tanta gente, comenzó a gritar: ¡'No aplasten a mi padre! ¡No aplasten a mi padre'!

"La pusieron en el suelo junto a la encina, pero también allí la aglomeración era espantosa y la pequeña lloraba. Entonces Lucía y Francisco la pusieron en medio de ellos.

"Mi Olimpia estaba al otro lado, no sé por dónde; pero la madre de Lucía, María Rosa, llegó hasta allí mismo. Yo me quedé un poquito separado y uno de mala traza me dio con un palo en el hombro y pensé entre mí: 'Esto es el principio del desorden'. La gente ondulaba para atrás y para adelante, hasta que, cuando llegó aquel momento, todo quedó silencioso y tranquilo. El momento, ya es sabido, era el mediodía solar".

"Junto al lugar de las Apariciones había también un sacerdote – nos dice la señora María da Capelinha – que había pasado allí la noche, y se encontraba ahora rezando el breviario. Al mediodía llegaron los niños vestidos de blanco como si fuese de Primera Comunión y el señor sacerdote les preguntó a qué hora iba a llegar la Santísima Virgen. 'Al mediodía' – respondió Lucía. El sacerdote miró el reloj y dijo: 'El mediodía ya ha pasado. ¡Nuestra Señora no es mentirosa! ¡Vamos a ver'! Pasaron unos minutos y el tal sacerdote mira otra vez el reloj y dice: 'El mediodía ya ha pasado: ¡Esto no es más que una ilusión! ¡Fuera de aquí'!

"Pero Lucía no se quería ir y el sacerdote comenzó a empujar con las manos a los tres niños. Lucía entonces le dijo llorando: 'El que quiera que se vaya, ¡que yo no me voy! Yo estoy en lo mío. Nuestra Señora dijo que vendría. Otras veces ha venido y ahora también vendrá'. Al mismo tiempo miró para el oriente y dijo a Jacinta: 'Jacinta arrodíllate, que ya viene Nuestra Señora. Ya he visto el relámpago'. El sacerdote se calló, muy calladito, y no lo vi más". La hora de la Aparición había llegado; el milagro que se les prometió había comenzado.

Capítulo X Sexta aparición (continuación)

¡"Silencio! ¡Silencio! Que ya viene Nuestra Señora", gritó Lucía al ver el relámpago. Nuestra Señora vino y puso sus níveos pies sobre las lindas guirnaldas de flores y las cintas con que la Señora da Capelinha había adornado el árbol. Los rostros de los tres niños tomaban una expresión sobrenatural; las facciones se les tornaban más delicadas, el colorido de las mejillas más fino, el mirar concentrado en la Señora. No oían a la madre de Lucía que le advirtió: ¡"Mira bien hija! ¡Mira que no te engañes"! Lucía entra en comunicación directa con la Reina del Cielo:

¿"Qué es lo que me quiere"?

"Quiero decirte que hagan aquí una capilla en mi honor, que soy Nuestra Señora del Rosario, que continuéis rezando el Rosario todos los días. La guerra va a terminar y los soldados volverán pronto a sus casas."

"Tengo muchas peticiones para Usted: sanar unas personas enfermas y convertir a unos pecadores, etc."

"Algunas sí; otras no – Es preciso que se enmienden, que pidan perdón de sus pecados."

Y, tomando un aspecto muy triste, continuó: ¡"Qué no ofendan más a Nuestro Señor, que está ya muy ofendido"!

¿"No quiere nada más de mí"?

"No quiero nada más".

"Yo tampoco quiero nada más".

Mientras la Señora se despedía de ellos, abrió las manos que emitían un flujo de luz. Según se elevaba, apuntó hacia el sol y la luz destellando de Sus manos reflejaba hacia los fulgores del sol.

Sin quitar su vista de la radiosa Reina del Cielo, Lucía grita a la gente: ¡"Ya va! ¡Ya va allá! ¡Allá va!" Lucía no recordaba después haber dicho estas palabras, aunque Francisco y Jacinta y muchos otros distintamente las oyeron. Lucía después dijo que no tenía ningún recuerdo de eso. "Mi fin no era llamar la atención de la gente hacia él, pues ni siquiera me daba cuenta de su presencia. Lo hice sólo llevada por un movimiento interior que me impulsaba a ello".

El eco del grito de Lucía volvió en un voceo inmenso de maravilla y pasmo de parte de la muchedumbre. Fue en este preciso momento que las nubes rápidamente se dispersaron y el cielo aclaró. El sol estaba pálido como la luna. A la izquierda del sol, San José apareció con el Niño Jesús en su brazo izquierdo. San José salía de entre nubes luminosas dejando ver apenas su busto y junto con el Niño Jesús dibujaron por tres veces la Señal de la Cruz bendiciendo al mundo. Mientras San José lo hacía, Nuestra Señora estaba en todo su resplandor a la derecha del sol, vestida en azul y blanco como Nuestra Señora del Rosario.Mientras tanto, Francisco y Jacinta estaban bañados en los colores y señales maravillosos del sol, y Lucía tuvo el privilegio de ver a Nuestro Señor vestido de rojo como el divino Redentor bendiciendo al mundo, como Nuestra Señora había vaticinado. Al igual que San José, era visible apenas su busto. A su lado estaba Su Madre Santísima con las características de Nuestra Señora de los Dolores, vestida de rosa, pero sin espadas en el pecho. Terminada esta visión, la Santísima Virgen se aparecía a Lucía otra vez en todo su resplandor etéreo usando finalmente el simple manto de Nuestra Señora del Carmen.

Mientras los niños contemplaban extáticos a las celestiales visiones, se obraban en los cielos contundentes y pasmosos milagros ante los ojos de incontables millares de personas. El sol había asumido un color extraordinario. Las palabras de los testigos oculares mejor describen estas señales estupendas. "La gente – atestigua Tío Marto –

Fátima, mediodía, el 13 de octubre de 1917. Antes de (a la izquierda) y durante (a la derecha) el gran milagro.

miraba fijamente al sol sin que le dañara. Parecía como si se oscureciese e iluminase sucesivamente. Lanzaba manojos de luz a un lado y a otro y todo lo pintaba de distintos colores, los árboles y la gente, el suelo y el aire. Pero lo más notable era que el sol no dañaba la vista". Un hombre como Tío Marto que trabajaba con sus rebaños todos los días en los campos abiertos y cuidaba de su jardín bajo el sol ardiente de la sierra portuguesa, se maravillaba por ese hecho. "Todos clavaban la vista en el astro-rey tranquila y sosegadamente," continuó él. "De improviso el sol se para y comienza a danzar y bailar; y otra y otra vez comienza a danzar y a bailar hasta que por fin pareció que se desprendía del cielo y venía encima de la gente. ¡Fue un momento terrible"!

María da Capelinha dio al autor sus impresiones sobre este milagro tremendo. "El sol producía diferentes colores, amarillo, azul y blanco e infundía un gran terror, porque parecía una rueda de fuego que iba a caer sobre la gente". Mientras el sol se precipitaba hacia la tierra zigzagueando vigorosamente, la multitud gritó aterrorizada, ¡"Ay Jesús! ¡Qué aquí morimos todos! ¡Ay Jesús! ¡Qué aquí morimos todos"! Otros rogaban por misericordia, ¡"Nuestra Señora nos valga"! Y rezaban el acto de contrición. Hubo hasta una señora que hizo confesión general y decía en alta voz: ¡"Yo hice esto y aquello"!

Por fin el sol desvió hacia atrás a su órbita en el cielo. "Todos dieron un suspiro de alivio. Estábamos vivos y había tenido lugar el milagro que los niños habían anunciado".

Nuestro Señor, ya tan ofendido por los pecados de la humanidad y en especial por el trato a los niños por parte de los funcionarios del distrito, fácilmente pudiese haber destruido el mundo ese día memorable. Sin embargo, Nuestro Señor no vino a destruir, sino a salvar. Salvó el mundo ese día por medio de la bendición del bienaventurado San José y el amor del Inmaculado Corazón de María para con Sus hijos en la tierra. Nuestro Señor habría detenido la gran Guerra Mundial que entonces estallaba y concedido la paz al mundo por medio de San José, Jacinta declaró más tarde, si los niños no hubiesen sido detenidos y llevados a Ourém. "Siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos," advierte Nuestro Señor, "conmigo lo hicisteis".

El milagro había sucedido a la hora y en el día designado por Nuestra Señora. Nadie estaba decepcionado, nadie sino, tal vez, Nuestra Señora, que había dicho que el milagro habría sido más grande si los niños no hubiesen sido maltratados. Muchos miles de personas en Cova da Iria y en aldeas cercanas atestiguaban las señales contundentes. Sus testimonios son de sumo interés. Hay pequeñas variaciones en sus descripciones de los acontecimientos, aunque todos concuerdan que era el suceso más tremendo e

impresionante que nunca atestiguaron. Para llegar a la idea de cuánto el suceso impresionó a la gente, debe leerse las narrativas periodísticas de aquel entonces.

"A la una de la tarde, hora solar, cesó la lluvia," O Día notició. "El cielo presentaba un tono gris perla y una claridad extraña que iluminaba aquella gran extensión dando al paisaje un aspecto trágico, triste, muy triste, cada vez más triste. Tenía el sol como un velo de gasa transparente para que los ojos lo pudiesen mirar. El tono ceniciento de madreperla se transformaba en una lámina de plata brillante que se iba rompiendo hasta que las nubes se rasgaron y el sol plateado, envuelto en la misma envoltura ligera cenicienta se vio rodar y girar en torno de las nubes desviadas. Un solo grito salió de todas las bocas; cayeron de rodillas en la tierra encharcada los millares de criaturas a las que Dios y la fe levantaban hasta el cielo.

"La luz se azulaba en un delicado azul, como si se derramase a través de las vidrieras de una inmensa catedral en aquella nave gigantesca que ojivaban las manos que se erguían por los aires. La azulada luz se extinguió lentamente para aparecer como filtrada por vidrieras amarillas. Manchas amarillas aparecían sobre los lienzos blancos y sobre las sayas oscuras y pobres de estameña. Eran manchas que se reproducían indefinidamente en las encinas rastreras, en las piedras de la sierra. Todos lloraban, todos rezaban sombrero en mano con la impresión grandiosa del milagro esperado. Fueron segundos, fueron instantes que parecieron horas ¡de tanta viveza fueron"!

O Século, otro periódico de Lisboa, publicó un artículo aún más detallado de los acontecimientos extraordinarios. "…Desde lo alto de la carretera, donde se aglomeraban los carruajes y se mantenían muchos cientos de personas sin valor para meterse tierra adentro, se vio a toda la inmensa multitud volverse al sol, que se presentó en el cenit libre de nubes. El astro parecía una placa de plata opaca y era posible fijarse en su disco sin el menor esfuerzo. No quemaba, no cegaba. Se diría que se estaba realizando un eclipse. Mas he aquí que se levanta un alarido colosal, y a los espectadores que se encuentran más cerca se oye gritar: ¡"Milagro! ¡Milagro! ¡Prodigio! ¡Prodigio"!

"A los ojos deslumbrados de aquel pueblo, cuya actitud nos transporta a los tiempos bíblicos e que, pálido de asombro, con la cabeza descubierta, miraba cara a cara al cielo, el sol se agitaba y tenía movimientos bruscos nunca vistos, fuera de todas las leyes cósmicas; el sol bailó según la típica expresión de aquella sencilla gente.

"Encaramado en el estribo del auto-ómnibus de Torres Novas, un anciano, cuya estatura y fisionomía a un tiempo dulce y enérgica, recordaban las de Paul Deroulade, reza, vuelto al sol, con voz clamorosa el Credo. Le veo después dirigirse a los que le rodean y que se mantenían con la cabeza cubierta, suplicándoles con todo encarecimiento que se descubran ante tan extraordinaria manifestación de la existencia de Dios. Escenas idénticas se repiten donde nosotros nos encontramos, y una señora clama, bañada en llanto y sofocada: ¡'Qué lástima! ¡Aún hay hombres que no se descubren ante tan estupendo milagro'!

"Y seguidamente se preguntan unos a otros si vieron y lo que vieron. El número mayor confiesa que vio agitarse y bailar el sol: otros declaran haber visto el rostro risueño de la propia Virgen, juran que el sol giró sobre sí mismo como una rueda de fuegos artificiales, que bajó casi hasta quemar la tierra con sus rayos. Hay quien dice que lo vio cambiar sucesivamente de colores".

El Testimonio de otro espectador, Dr. Almeida Garrett, catedrático de la Universidad de Coimbra, es muy informativa y corrobora las otras: "Mirando el lugar de las Apariciones serena y fríamente y con una curiosidad que se iba amorteciendo, porque el tiempo se deslizaba pausadamente sin que nada activase mi atención, oí el murmullo de millares de voces y vi aquella multitud acomodada a lo largo del campo que a mis pies se extendía, que volvía la espalda al punto al que hasta entonces convergían los deseos y

La muchedumbre reunida en Cova da Iría durante el prodigio del sol. El periódico portugués *O Dia* informó que, "Un solo grito salió de todas las bocas; cayeron de rodillas en la tierra encharcada los millares de criaturas a las que Dios y la fe levantaban hasta el cielo…Todos lloraban, todos rezaban.

ansias, y miran al cielo del lado opuesto. Eran sobre las dos oficiales, que correspondían, poco más o menos, al mediodía solar.

"El sol, momentos antes, había disipado el grueso grupo de nubes que lo tenía oculto, para brillar clara e intensamente. Me volví hacia ese imán que atraía todas las miradas y pude verlo semejante a un disco nítido de luz viva, luminosa y luciente, pero sin molestar. No me pareció buena la comparación que en Fátima oí hacer, de un disco de plata opaca. Porque tenía un color más claro, activo y rico y además con cambiantes como una perla.

"No se parecía en nada a la luna en noche transparente y pura, porque se veía y se sentía que era un astro vivo. No era como la luna, esférica, no tenía la misma tonalidad ni claro-oscuros. Parecía una rueda bruñida cortada en el nácar de una concha. Tampoco se confundía con el sol encarado a través de la niebla (que por otra parte no hacía aquel tiempo), porque no era opaco, difuso, ni estaba velado. En Fátima tenía luz y calor y se dejaba ver nítido y con bordes en arista, como una mesa de juego. Había en la bóveda celeste ligeros cirros con giros de azul aquí y allá, pero el sol algunas veces se dejó ver en trozos de cielo azul. Las nubes que corrían ligeras de poniente a oriente no empañaban la luz (que no hería) del sol, dando la impresión, fácilmente comprensible y explicable, de que pasaban por detrás; nubes que al deslizarse delante del sol parecían tomar una tonalidad rosa o azul diáfana.

"Maravillosa cosa que pudiera fijarse largo tiempo en el astro, llama de luz y brasa de calor, sin el menor dolor en los ojos y sin ningún deslumbramiento en la retina que cegase. Este fenómeno, con dos breves interrupciones, en las que lanzó el sol sus más ardorosos y refulgentes rayos obligando a desviar la vista, debió durar unos diez minutos.

"Este disco tenía el vértigo del movimiento. No era el centelleo de un astro en plena vida. Giraba sobre sí mismo con una velocidad pasmosa. De repente se oyó un clamor, como un grito de angustia de toda aquella gente. El sol, conservando la celeridad de su rotación, se destaca del firmamento, y avanza sanguíneo sobre la tierra amenazando aplastarnos con el peso de su ígnea e ingente mole. Fueron momentos de terrorífica impresión.

"Durante el accidente solar, que poco a poco estaba describiendo, hubo en la atmósfera coloridos cambiantes. Estando mirando al sol, noté que todo se oscurecía a mi alrededor. Miré lo que estaba cerca y alargué mi vista a lo lejos, y todo lo vi color de amatista. Los objetos, el cielo y la atmósfera tenían el mismo color. Un arbusto rojizo, que se erguía delante de mí, lanzaba sobre la tierra una sombra recargada.

"Recelando haber sufrido una afección a la retina, hipótesis poco probable, porque dado este caso no debía ver las cosas de color rosa, me volví, cerré los párpados y los

contuve con las manos para interceptar toda luz. Volví a abrir los ojos y reconocí que, como antes, el paisaje, y el aire continuaban del mismo color rosa.

Se muestra en esta foto sacado poco tiempo después del 13 de octubre los tres pastorcitos bajo el arco edificado en el sitio de las Apariciones.

"La impresión no era de eclipse. Continuando mirando al sol, reparé que el ambiente había cambiado. Al poco oí a un campesino que decía espantado: ¡'Esta señora está amarilla'! Realmente, todo iba cambiando, de cerca y de lejos, tomando el color de hermosos damascos amarillos. Las personas parecían enfermas de ictericia. Me reía al verlas francamente feas. Mi mano tenía el mismo color amarillo".

El testimonio de este hombre erudito demuestra cuán difícil era describir adecuadamente las señales maravillosas que ocurrieron en los cielos ese día. El 13 de octubre de 1917 fue un día memorable para toda la gente que presenció los acontecimientos. El periodista para la Ordem, un diario de Oporto, lo relataba con estas palabras: "El sol, unas veces rodeado de llamas muy vivas, otras aureolado de amarillo y rojo atenuado, otras veces pareciendo animado de velocísimo movimiento de rotación, otras aparentando desprenderse del cielo, acercarse a la tierra e irradiar un fuerte calor".

El mismo día 13 a la noche escribía otro testigo, el P. Manuel Pereira da Silva, una carta a un amigo suyo en que trataba de describir los sucesos del día. Relataba la lluvia matutina y después, "…inmediatamente aparece el sol con la circunferencia bien definida. Se aproxima como a la altura de las nubes y comienza a girar sobre sí mismo vertiginosamente como una rueda de fuegos artificiales, con algunas intermitencias, durante más de ocho minutos. Todo se quedó casi oscuro y los rostros de las personas eran amarillos. Todos se arrodillaron en la enlodada tierra".

Ignacio Lourenço era un niño que tenía nueve años en aquel entonces y que vivía en la aldea de Alburitel, a 16 kilómetros distante de Fátima. Es ahora un sacerdote y recuerda vivamente ese día. Estaba en una escuela. "…Era hacia el mediodía – dijo él – cuando fuimos sorprendidos y quedamos sobresaltados por los gritos y exclamaciones de algunos hombres y mujeres que pasaban por la calle delante de nuestra escuela. La maestra fue la primera que corrió a la calle sin poder evitar que detrás de ella corriesen todos los niños. En la calle la gente lloraba y clamaba, apuntando al sol. Era el gran 'Milagro' prometido por Nuestra Señora. Me siento incapaz de describirlo como entonces lo vi y sentí. Miraba fijamente al sol, que me parecía pálido, de manera que no cegaba los ojos. Era como un globo de nieve que rodaba sobre sí mismo. Después, de repente, pareció que bajaba en zig-zag amenazando caer sobre la tierra. Aterrado, corrí a meterme en medio de la gente. Todos lloraban aguardando de un instante a otro el fin del mundo.

"Junto a nosotros estaba un incrédulo, sin religión alguna, que había pasado la mañana mofándose de los simplones que andaban toda aquella caminata de Fátima para ir ver a una niña. Lo miré, estaba como paralizado, asombrado, con los ojos fijos en el sol. Después lo vi temblar de pies a cabeza, y, levantando las manos al cielo, cayó de rodillas

en tierra gritando: ¡'Nuestra Señora! ¡Nuestra Señora!' Entretanto, la gente continuaba gritando y llorando, pidiendo a Dios perdón de los propios pecados. Después corrimos a las dos capillas de la aldea, que en pocos instantes quedaron repletas.

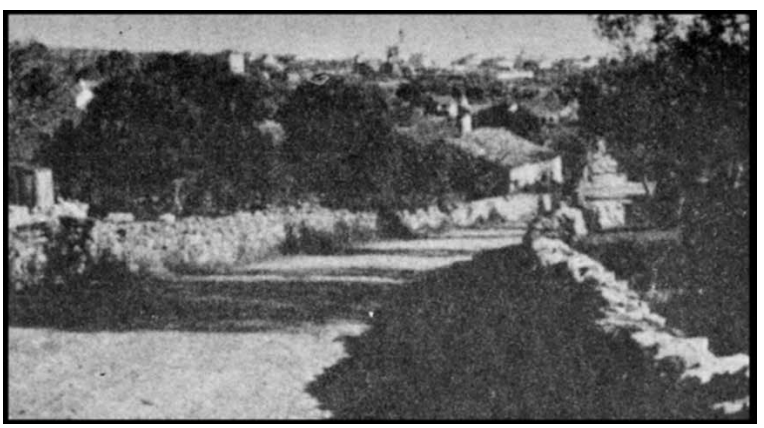
"Durante estos largos minutos del fenómeno solar los objetos que nos rodeaban reflejaban todos los colores del arco iris. Mirándonos unos a otros, una parecía azul, otro amarillo, otro rojo, etc. Todos estos extraños fenómenos aumentaban el terror de la gente. Pasados unos diez minutos, el sol volvió a su lugar, del mismo modo como había bajado, pálido aún y sin esplendor. Cuando la gente se persuadió de que el peligro había desaparecido, estalló una explosión de alegría. Todos prorrumpieron en una exclamación de acción de gracias: ¡'Milagro! ¡Milagro! ¡Milagro! ¡Bendita sea Nuestra Señora'"!

Acabado el fenómeno solar y cuando la gente se levantó del suelo fangoso, otra sorpresa les esperaba, también naturalmente inexplicable. Unos minutos antes, habían estado de pie en la lluvia torrencial, con la ropa totalmente empapada. Ahora cayeron en la cuenta de que se encontraba su ropa súbita y perfectamente seca. Con qué bondad trataba Nuestra Señora a Sus amigos que habían hecho frente la lluvia y el lodo, y se habían vestido con su ropaje dominical para ir a Su encuentro.

El Obispo de Leiria, el señor Don José Alves Correia da Silva escribió en su Carta Pastoral que aquellos que habían presenciado los sucesos de ese gran día eran verdaderamente afortunados. Dijo:

> "Los niños fijaron con antelación el día y la hora en que había de darse: La noticia corrió veloz por todo Portugal y, a pesar de lo desabrido del día y de llover copiosamente, se reunieron millares y millares de personas que, al final de la última Aparición, presenciaron todas las manifestaciones del astro-rey, homenajeando a la Reina del Cielo y de la tierra, más brillante que el sol en el auge de sus luces. Este fenómeno que ningún observatorio astronómico registró y, por lo tanto, no fue natural, lo presenciaron personas de toda posición y clase social, creyentes y ateos, periodistas de los principales diarios portugueses y hasta individuos a kilómetros de distancia".

Son esas sus palabras oficiales, habladas después de estudios extensos e interrogaciones cuidadosas de muchos de los testigos de la aparición. No hay posibilidad de error o ilusión cuando cerca de cien mil personas convienen en atestiguarlas. Dios en el Cielo había llamado a la gente del mundo a juntarse a Él en prestar homenaje y gloria a Su Bendita Madre María.



El camino entre Aljustrel y la iglesia parroquial.

Capítulo XI Francisco conduce el camino

Lo que a menudo pasan por alto aquellos que ahora leen acerca de Fátima es que, a lo largo de muchos años, no se dio nada a conocer acerca del contenido de las revelaciones descritas en las páginas anteriores. Los tres pastorcitos comunicaban apenas la petición urgente de oración y penitencia, y la promesa de un milagro. Después de la primera aparición de Nuestra Señora, se prometieron uno al otro mantenerla en sigilo por miedo de ser ridiculizados. Pero porque el Mensaje de Fátima fue destinado por Nuestra Señora no sólo a los niños sino a todo el mundo, Dios se sirvió del entusiasmo de Jacinta para darlo a conocer al mundo. Sin embargo, después de la segunda aparición, la del 13 de junio, su discreción era de un carácter diferente. Como Lucía escribe en sus memorias, "He aquí…a lo que nos referíamos (antes de la aparición del 13 de julio) cuando decíamos que Nuestra Señora nos había revelado (la reparación al Inmaculado Corazón). Nuestra Señora no nos mandó aún, esta vez, guardar el secreto (esta revelación); pero sentíamos que Dios nos movía a eso". (Memorias, 8 de diciembre de 1941). La inclinación de los pastorcitos de guardarla en secreto fue confirmada por Nuestra Señora cuando en 13 de julio les decía lo que Lucía llamó y lo que se conoce como el Secreto propio. Sólo después de muchos años se daba a conocer por Lucía parte alguna de la sustancia de esta revelación secreta; y hasta la fecha hay palabras importantes habladas por Nuestra Señora que permanecen sin divulgarse.

Después de la última aparición del 13 de octubre de 1917, los tres pastorcitos intentaron volver a su vida rutinaria y normal; Francisco y Jacinta esperando el día en el que María Santísima viniese para llevarlos al Cielo; Lucía, dentro de poco, para empezar su trabajo de difundir la devoción y el amor del Inmaculado Corazón de María. Sin embargo, de ahora en adelante eran niños señalados, tanto por los hombres como por Dios. La gente se apresuraba a verlos y hablarles. Los pobres y los ricos, y hasta sacerdotes venían a indagar por milésima vez con todo tipo de preguntas. Pero las respuestas que daban eran siempre las mismas. La inocencia, seriedad y simplicidad de los tres eran prueba sólida de su honestidad total en la mente tanto de eruditos como de analfabetos. Verlos era creer en ellos.

Francisco siempre atestiguaba que no había oído hablar a Nuestra Señora, pero que La había visto y que Su belleza radiante le cegaba los ojos. Jacinta sabía algo más, pero confesaba ingenuamente que a veces no oía bien a la Virgen, que muchas cosas las había ya olvidado, y que los fieles debían preguntar a Lucía si querían saber cómo habían sucedido. Lucía repetía mil veces la misma historia, cada vez con las mismas palabras; pero a menudo la gente pretendía hacerle revelar el secreto de las revelaciones. Y era entonces cuando Lucía y Jacinta se mantenían calladas, a veces hasta el punto de mostrarse como si fuesen mal educadas. Cuando venían sacerdotes y trataban de arrancarles el secreto, los niños se quedaban terriblemente confundidos y tristes. No querían ser descorteces con los representantes de Nuestro Señor, no obstante, se sentían obligados a guardar el secreto.

La Virgen Santísima les ayudó en su dilema. El Rvdo. Faustino Ferreira, párroco de la aldea vecina y decano del distrito, se reunió con ellos durante una de sus visitas oficiales, y de ahora en adelante, cuántas veces venía a Fátima, no dejaba de hablar con ellos. Los pastorcitos estaban muy atraídos por este sacerdote porque se sentían libres de indagarle con todas las preguntas que quisiesen. Lo amaban por sus maneras amables, y con lealtad seguían sus consejos. Nunca estaba demasiado ocupado para atenderlos, y los tranquilizaba acerca de todo. Se daba cuenta muy bien de que no era tanto sus palabras las que les influenciaba, sino la Madre de Dios. Era Ella la artista, moldeando mansa y firmemente sus almas según el modelo de Su Primogénito, el Niño

Jesús.

Nuestra Señora había comunicado a Francisco, a través de Lucía, que lo llevaría al Cielo pronto, pero que debería rezar muchos Rosarios. Nunca se olvidaba de estas palabras y como San Doménico, llegó a ser un verdadero apóstol del Rosario. No le interesaba ninguna cosa en la vida sino cumplir esta petición de Nuestra Señora del Rosario. Cierto día, dos señoras bondadosas se entretuvieron con él en su casa, preguntándole sobre la carrera que desearía abrazar cuando fuese hombre.

¿"Quiere ser carpintero"?

"No señora".

¿"Quieres ser militar"?

"No señora".

"Y doctor, ¿no te gustaría"?

"Tampoco".

"Ya sé yo lo que te gustaría ser… ¡Ser sacerdote! ¡Decir misa! ¡Predicar en la Iglesia! ¡Confesar a la gente! ¿No"?

"No, señora, tampoco quiero ser sacerdote".

¿"Entonces qué quieres ser"?

¡"No quiero ser nada"! ¡Quiero morirme e ir al Cielo"!

El padre de Francisco que estaba presente en el interrogatorio, lo comentaba así: "Este ¡sí, que es el deseo verdadero de su corazón"!

Francisco, en aquel entonces, solía estar separado de Lucía y de Jacinta después de llegar a los pastos. Cada vez más parecía querer meditar en todo lo que Nuestra Señora les había dicho. "Me gusta mucho – decía después – ver al Ángel y aún más a Nuestra Señora, pero lo que más me gusta es ver a Nuestro Señor en aquella luz que la Virgen nos puso en el corazón. Gusto mucho de Dios, pero Él está muy triste a causa de tantos pecados. No debemos cometer ni el más pequeño pecado".

Eventualmente los niños dejaban por completo todo deseo de divertirse. A veces en la compañía de los otros, cantaban y bailaban como antes, pero apenas para no parecer extraños. Jacinta y Francisco, que contaban ya con la promesa de la Virgen de venir a buscarlos para llevarlos al Cielo, se entregaban principalmente y cada vez más a la mortificación y a la oración. No podían interesarse en sus estudios porque para ellos no servirían para nada. Era sino tiempo perdido y podían emplearlo más provechosamente en la presencia de Nuestro Señor Sacramentado.

El año anterior, al de las Apariciones, Francisco y Jacinta habían hecho sus confesiones. Para la Sagrada Comunión, sin embargo, pensó el señor Cura hacerles esperar todavía un año. Cuando había llegado el momento de recibirla, Francisco falló en su prueba de catecismo, y por eso tenía que esperar más tiempo. Tan desolado estaba el pobre, que cuando su hermanita se acercó la mesa de comunión, ni podía entrar la Iglesia. Quedaba fuera, apoyándose en el muro rocoso de la Iglesia y sollozaba desoladamente.

Aunque las apariciones públicas terminaron con aquella del 13 de octubre, Nuestra Señora de ninguna manera abandonaba a sus tres elegidos después. Hay el testimonio de Jacinta a su cura de que tres veces en el año siguiente Ella se le apareció; y como más tarde veremos, continuaba apareciéndose a Lucía, a lo largo de los años después de su niñez. El poder de Nuestra Señora de Fátima se manifestaba además en los favores concedidos por la intercesión especial de los niños. Al citar apenas un ejemplo, había un hombre por cuyo regreso seguro a casa se pidió la intercesión de Jacinta. El desafortunado, que había acabado de escapar de la cárcel y que vagabundeaba sin rumbo ninguno, se perdió por completo en la Sierra, y sufrió gran angustia hasta el momento de la intercesión de Jacinta. Cayó de rodillas y comenzó a rezar. Pasados algunos minutos, se le apareció Jacinta, que lo cogió de la mano y lo condujo al camino,

indicándole que continuase por allí y después se desvaneció de su vista. Más tarde, Jacinta, sin embargo, no sabía nada del incidente extraordinario hasta que el hombre se volvió a contarlo.

Del poder de Lucía poco se conoce porque es reluctante a hablar de sí misma de esa manera. Pero sabemos sin duda ninguna que su madre sobrevivió de modo extraordinario a una grave enfermedad por la fe de Lucía en Nuestra Señora. Las peticiones de oración que llegaban a los pastorcitos eran innumerables, y las maravillosas respuestas a sus preces atestiguan el favor en que se hallaban ante la Madre de Dios.

Sería a fines de octubre de 1918 que toda la familia Marto se enfermó con la influenza, exceptuando al padre y por eso era capaz de cuidar de los otros. No podía hacer su trabajo habitual porque tenía que cuidar de la casa, cocinar las comidas y vigilar en todo lo demás a su numerosa familia. "Quedé encargado de todo – decía él – pero a todo se llegó a tiempo, con la ayuda de Dios. No hubo que pedir dinero a nadie".

Francisco estaba en un estado muy grave. No podía levantarse de la cama. Entonces fue cuando se apareció la Virgen a Francisco y a Jacinta y les aseguró que muy pronto vendría a por Francisco y que no tardaría mucho en venir también a por Jacinta. Se alegraban tanto por estas noticias que Jacinta confió a su prima: ¡"Lucía! Nuestra Señora ha venido a vernos y ha dicho que pronto vendrá a buscar a Francisco para llevárselo al Cielo. Y a mí me ha preguntado si aún quería convertir a más pecadores y le he dicho que sí. Nuestra Señora quiere que yo vaya a dos hospitales; pero no para curarme sino para sufrir más por amor de Dios, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados cometidos contra el Corazón Inmaculado de María. Me dijo que me llevaría mi madre, tú no, y que después me quedaría allí solita". ¡Cuán valiente era la niñita a ofrecerse a Dios y a María Santísima como una víctima de amor y reparación!

Francisco poseía el mismísimo espíritu de amor y sacrificio. Estaba muy enfermo y las medicinas que tenía que tomar no eran nada agradables. Dijo su madre, no obstante: "El niño aceptaba cualquier remedio que se le diese. Para nada era melindroso. Nunca pude saber lo que le gustaba; si se le daba leche, tomaba la leche; si se le daba un huevo, sorbía el huevo. ¡Pobre! Las medicinas amargas las bebía sin poner mala cara. Por eso pronosticamos que vencería la enfermedad. Pero él siempre repetía que todo era inútil, que Nuestra Señora vendría a buscarlo para el Cielo".

Francisco mejoró, pudo levantarse, y dar unos paseos. Dirigió sus pasos vacilantes siempre a Cova da Iría. Una vez allá, se arrodillaba al pie del tronco de la encina y su mirada se clavaba en la inmensidad del cielo azul, y más allá, adonde habita Nuestra Señora. Sus ojos brillaban con nueva vida al pensar en la alegría que pronto sería suya cuando Nuestra Señora viniese a llevarlo al Cielo. Regresaría de Cova da Iría reanimado; tanto que su padre le dijo: "Te vas a curar, Francisco y vas a ser todo un hombre". Pero su respuesta segura era: "Nuestra Señora no tardará en venir a buscarme".

¡"Iluminaciones de lo alto"! – murmuraba triste el buen hombre y las lágrimas le brotaban de sus ojos cansados por las prolongadas vigilias.

"Si Nuestra Señora te cura – decía una vez su madrina Teresa – prometo darle tu peso en trigo".

"Es en balde. Nuestra Señora no le concederá esta gracia". Francisco tenía razón porque pocos días después volvía a quedarse en cama, de la que ya no había de levantarse. Se hundía bajo el peso de una fiebre persistentemente alta. Se engañaban los otros de su condición verdadera, sin embargo, le veían siempre dispuesto, siempre alegre y pronto a sonreír.

La epidemia de influenza no perdonó a la familia de Lucía. La mayoría se enfermó, pero Lucía, que no había caído contagiada, cuando le permitían los quehaceres, corría a la casa Marto para ayudarles y sobre todo para conversar con Francisco y Jacinta.

Preveía que pronto se quedaría sola. Distribuía su tiempo entre el cuarto de Jacinta y el de Francisco. Sentada en un taburete al lado de sus camas, intercambiaba con ellos las confidencias de sus corazones.

¿"Has hecho hoy muchos sacrificios? Lucía preguntó a Jacinta.

"Yo he hecho muchos. Se marchó mi madre y he querido muchas veces ir a visitar a Francisco y no he ido".

Lucía le confiaba entonces lo que ella misma era capaz de hacer para probar su amor para con Nuestra Señora. Les contaba sobre sus pequeñas oraciones y sacrificios. "Hice lo mismo también", Jacintica respondió. "A mí también me gustan tanto Nuestro Señor y Nuestra Señora que nunca me canso de decirles que los amo. Cuando lo digo muchas veces parece que tengo fuego en el pecho, pero no me quema. ¡Quien me diera poder ir a rezar el Rosario al Cabeço pero no soy capaz. ¡Cuando vayas a Cova da Iría reza por mí! ¡Ciertamente, no podré volver allá! Ahora va a ver a Francisco; yo haré el sacrificio de quedarme aquí solita".

Mientras se sentaba al lado de la cama de Francisco, Lucía le susurraba cariñosamente, "Francisco, ¿sufres mucho"?

"Sí, sufro, pero lo sufro todo por amor de Nuestro Señor y de Nuestra Señora. Quería sufrir más, pero no puedo". Y, asegurándose de que la puerta estaba bien cerrada, sacaba la cuerda-cilicio de debajo de las ropas y se la entregaba a Lucía, diciéndole: "Toma, llévala antes de que mi madre la vea, tengo miedo. Pero si mejoro me la devuelves". Nuestra Señora les había dicho que Dios no quería que usasen la cuerda en la cama, pero la guardaba cerca por si acaso que se levantase.

Francisco bien sabía que no se recuperaría. "Oye, Lucía ya me falta poco para ir al cielo. Jacinta va a pedir mucho por los pecadores, por el Santo Padre y por ti. Tú te quedas acá porque Nuestra Señora lo quiere. Haz todo lo que Ella te diga".

"En cuanto a Jacinta, parecía preocupada con el único pensamiento de convertir a los pecadores y librar a las almas del infierno – Lucía decía después – pero Francisco parecía no pensar sino en consolar a Nuestro Señor y a Nuestra Señora a los que había visto muy tristes".

"Estoy muy mal, Lucía; ya me falta poco para ir al Cielo" – le dijo Francisco.

"En cuanto te veas allá, no te olvides de pedir mucho por los pecadores, por el Santo Padre, por mí y por Jacinta".

"Sí, pero mira: esas cosas díselas también a Jacinta, que yo tengo miedo de olvidarlas cuando vea a Nuestro Señor; además, antes quiero consolarle".

Las visitas de Lucía se estimaban mucho en la casa Marto porque aliviaban las tristezas de la enfermedad. "Me daba mucha pena ver cómo Jacinta se pasaba horas enteras pensando sin moverse, con las manos en la cara" – decía su madre. "De vez en cuando le dirigía una palabra, ¿'En que piensas Jacinta'? Y ella respondía sonriendo: ¡'en nada'! Con la prima, sin embargo, no tenía secretos. Entrando Lucía, entraba la alegría, entraba el sol en mi casa. Cuando se veían las dos solas, hablaban por los codos, sin que nadie fuese capaz de cogerles una palabra, por más que nos pudiésemos a escuchar. Cuando llegaba alguien, bajaban la cabeza y no decían una palabra más. La gente no podía entender aquel misterio".

Cuando Lucía se disponía a salir de casa, la señora Olimpia se le acercaba una vez y le preguntaba: ¿"Qué te ha dicho Jacinta"? Lucía se sonreía despidiéndose de prisa.

"Eran siete, ocho por día", – decía la madre sobre los Rosarios que rezaban. "De las jaculatorias no es posible hacerse una idea".

En la última temporada, sin embargo, Francisco no podía rezar. "Madre, ¡no tengo fuerzas para rezar el Rosario! Y en las Ave Marías que rezo ¡me distraigo tanto"!

"Si no puedes rezar con los labios, reza con el corazón. Lo mismo oye Nuestra Señora".

El niño lo comprendía y se sosegaba.

Mientras su fiebre subía y su apetito fallaba, daba cuenta de que se aproximaba el fin. "Padre – dijo a su papá – yo quería recibir el Pan del Cielo antes de morir". No había recibido su Primera Sagrada Comunión.

Las palabras de Francisco eran como una espada atravesando el corazón de su padre amoroso. Odiaba el pensamiento de perder su niñito, pero con coraje valiente decía, "Voy a tratar de ello" y se fue en busca del sacerdote. El padre recordaba tan claramente aquel triste viaje, "Camino de casa rezamos el Rosario. Me acuerdo muy bien que, no teniendo conmigo el Rosario, contaba las Ave Marías con los dedos".

Mientras tanto, Francisco suplicaba a la hermana Teresa que fuese secretamente a llamar a Lucía. Cuando Lucía llegaba, suplicó a la madre y a los hermanos que saliesen del cuarto porque quería hablarle particularmente. Cuando habían salido, dijo, "Lucía, voy a confesarme para después morir; quiero que me digas si me has visto hacer algún pecado y que vayas a preguntar lo mismo a Jacinta".

"Desobedeciste alguna vez a tu madre cuando te decía que estuvieses en casa y tú te escapabas para venir a estar conmigo".

"Es verdad, ¡tengo eso! Ahora ve a preguntar a Jacinta si ella se acuerda de algo más".

"Fui a Jacinta, la que, después de pensar un rato, me respondió: 'Dile que antes de las Apariciones de Nuestra Señora robó diez centavos y que cuando los niños tiraban piedras a los de Boleiros, él también tiró piedras'".

Lucía lo dijo a Francisco y él respondió: "Estos ya los he confesado, pero volveré a confesarlos. Acaso por estos pecados estará triste Nuestro Señor, pero, aunque no me muriese nunca jamás los volvería a cometer. Ahora estoy muy arrepentido. ¡Oh Jesús mío, perdonadnos", empezó a rezar juntando las manos, "libradnos del fuego del infierno"! Y después dirigiéndose otra vez a Lucía, "Oye, pide tú también a Nuestro Señor que me perdone los pecados".

"Sí, pido; estate tranquilo. Si Nuestro Señor no te hubiese ya perdonado, no hubiera dicho el otro día Nuestra Señora a Jacinta que pronto vendría por ti para llevarte al Cielo. Ahora voy a Misa y allí pediré por ti a 'Jesús escondido'".

Por la tarde ese día, el sacerdote vino a confesar a Francisco y le aseguró que el próximo día temprano le traería a Nuestro Señor. Francisco era muy feliz y de la madre obtuvo la promesa de que no le daría nada de comer o beber después de medianoche, para poder comulgar en ayunas "como todo el mundo". La mañana siguiente cuando oyó el sonido de la campanilla que indicaba estar cerca el Rey del Cielo, trató de incorporarse y cayó sobre la almohada. Recibió Jesús en su corazón y cerró los ojos en oración, descansando en Jesús mientras Jesús descansaba en él. Mientras la presencia de Dios le impregnaba, se acordaba de aquel otro día cuando el Ángel vino y juntos adoraron a Jesús en el Santísimo Sacramento. Este niño fiel había dado su vida para hacer reparación a los Corazones de Jesús y María por los pecados de los hombres ingratos. Había empleado horas, días enteros, soñando con sus amados, Jesús y María, despreciando los placeres absorbentes de la niñez para consolar Sus Corazones amorosos. Con Cristo adentro, Francisco se ofreció a sí mismo muchas veces como una víctima de amor, consuelo y reparación. Abrió los ojos al fin y vio a su madre llorosa mirarle. Dijo Francisco: "El señor cura ¿me traerá otra vez a 'Jesús escondido'"? Pero fue esa su primera y última Comunión, porque mañana estaría en el Cielo con Jesús y María.

Lucía vino a asistir a la Primera Comunión de Francisco. Jacinta también se permitió levantarse y visitar a su hermano. "Como él no podía rezar – nos cuenta – nos pidió que rezáramos nosotras el Rosario por él". Las dos niñas se arrodillaron y rezaron. "Ciertamente Lucía, en el Cielo ¡me voy a acordar mucho de ti! ¡Quién me diera que Nuestro Señor te llevase también a ti para allí"!

¿"Acordarte de mí? No te preocupes. Imagínate a los pies de Nuestro Señor y Nuestra Señora y verás como de nada te acuerdas con pena".

Durante la noche el estado de Francisco empeoraba más rápidamente a cada minuto. Tenía mucha sed, pero le faltaban las fuerzas para tragar las cucharaditas de agua que su madre, Lucía y la madrina Teresa le ofrecían de vez en cuando. Le preguntaban cómo se sentía. Para perdonar la tristeza y preocupación de su madre decía serenamente: "Estoy bien; no me duele nada". Sin embargo, una vez solito con ellas, a Lucía y a Jacinta que daban cuenta de lo que le estaba pasando a él, les abrió su corazón: "Voy a partir para el Cielo. Allá he de pedir mucho a Nuestro Señor y a Nuestra Señora que os lleve también a vosotras pronto".

"Da de mi parte muchos recuerdos a Nuestro Señor y a Nuestra Señora – decía entonces Jacinta – y diles que sufriré cuanto quieran por convertir a los pecadores y para reparar los pecados contra el Inmaculado Corazón de María".

Su madre entró para vigilar a su niñito. Aunque su oración constante era "hágase la santa voluntad de Dios", eso no disminuía la tristeza de su corazón viendo morir ante sus ojos a su pequeño Francisco. Todo estaba oscuro en la sierra y en la casa Marto. De repente Francisco se animó para hablar, "Madre, ¡qué luz tan linda allí, junto a la puerta"!

Sus ojos abrieron anchos con nueva vida. ¡"Ya no la veo!"

La mañana llegó y todo indicaba que estaba cercano el fin. Les pidió su bendición, sus preces y el perdón por cuanto les hubiera molestado durante la vida. Sus ojos llenaban con lágrimas mientras decían que sí. Hacia las diez, cuando el sol entraba de lleno por la puerta del cuarto, el rostro de Francisco se iluminaba de inusitada manera. Una sonrisa celestial le entreabría los labios por donde pasaba el último suspiro. Tranquilamente, sin agonía ni el menor indicio de sufrimiento, se apagaba su vida. Este niño había acabado el trabajo que Dios le dio para hacer. La mañana del viernes, el 4 de abril de 1919, Nuestra Señora vino a recogerlo para el Sí.

Al día siguiente, un cortejo piadoso conducía al cementerio de Fátima sus restos mortales. Iba al frente el Crucifijo; seguían algunos hombres con capas verdes; detrás de ellos el sacerdote, y detrás de él cuatro niños vestidos de blanco llevaban el cuerpecito. Lucía y la familia Marto, junto con muchos amigos, les acompañaban y de sus ojos entristecidos caían lágrimas abundantes. Quedaba en casa la pobre Jacintica, a la que la enfermedad impedía salir. Una cruz simple de madera se plantó sobre la sepultura. Todo el tiempo que Lucía quedaba en la aldea, no dejaba de pasar un solo día sin ir a arrodillarse junto a la sepultura y a conversar con su querido Francisco. Sabía que era feliz en el Cielo con Jesús y María y que no se olvidaría de su promesa de rezar siempre por Jacinta y por ella. Nada podía separarlos en la tierra y tampoco se separarían en la muerte.

Francisco Marto

El 11 de junio de 1908 al 4 de abril de 1919

En 13 de marzo de 1952 los restos mortales de pequeño Francisco fueron llevados del cementerio de Fátima para ser enterrados en el transepto de la gran basílica de Fátima. Tres de sus hermanos eran portadores del féretro.

Capítulo XII La muerte de Jacinta

La muerte de Francisco dejó completamente desoladas a Lucía y Jacinta. Aunque se daban cuenta de que era feliz en el Cielo con Nuestro Señor y Nuestra Señora, lo echaban de menos. Sus tres corazones eran como uno sólo y con la pérdida de él, se sentían como si hubiesen perdido parte de su corazón. Jacinta, en especial, se sentía solita sin su hermano. Sentada en la cama, con la frente abrasada por la fiebre, la pequeñita pasaba horas y horas sin moverse, su rostro expresaba la más profunda melancolía.

¿"En qué piensas Jacinta"? – preguntaba su madre.

"Pienso en Francisco. ¡Cuánto deseo verlo"! Jacinta no podría decir a su madre todo lo que pensaba, pero se lo comunicaba todo en confidencia a Lucía. "Pienso en Francisco. ¡Cuánto deseo verlo! Pienso en la guerra que ha de venir. Ha de morir mucha gente y ¡tantos han de ir al Infierno! Serán arrasadas muchas casas y morirán muchos sacerdotes. Mira, yo voy al Cielo, y cuando veas de noche esa luz que la Señora dijo que vendría antes, huye también tú al Cielo".

¿"No ves que al Cielo no se puede huir"?

"Es verdad, no puedes, pero no tengas miedo; yo en el Cielo he de pedir mucho por ti, por el Santo Padre, por Portugal, para que la guerra no venga para acá, y por todos los sacerdotes".

Jacinta no sólo rezaba, sino también sufría. La bronconeumonía que padecía empeoraba diariamente y se formó en su pecho un absceso. A la madre, que se mostraba muy triste al ver su querida pequeñita sufrir tanto, Jacinta siempre respondía con palabras de consuelo: "No se ponga triste, madre, que yo voy al Cielo; allá he de pedir mucho por Usted. No llore, que estoy bien." Pequeña soldado que era, se esforzaba por olvidar su enfermedad y sus dolores para dar consuelo a su familia y para ofrecer todo por la conversión de los pecadores. "¡Pobrecitos! Tenemos que rezar y hacer muchos sacrificios por ellos" – confiaba a Lucía. ¡"Ah, si pudiésemos con nuestros sacrificios cerrar para siempre las puertas de aquel terrible horno; si pudiésemos hacer que todos los pecadores fuesen al Cielo"! Jacinta no dejaba desperdiciar ni un momento de sufrimiento. Una sola punzada de dolor le tenía más valor que todo el oro en el mundo.

El médico vino a su casa y por carecer de medios profesionales en la aldea, aconsejó a los padres que la internaran en el hospital de Vila Nova de Ourém. Jacinta sabía que ni los mejores médicos del mundo podrían devolverle la salud. Aceptó ir, con todo, en obediencia a Nuestra Señora porque esto le daría una mejor oportunidad de sacrificarse. Jacinta se esforzaba por ser valiente, pero lo de ir a un hospital y convivir entre desconocidos, sin sus padres y hermanos, no era un sacrificio fácil. Pero lo más duro de todo sería despedirse de Lucía. ¿Cómo podría pasar sin ella?

¡"Lucía"! – susurraba con lágrimas en los ojos. ¡"Si tú estuvieses conmigo! Lo que más me cuesta es ir sin ti. Tal vez el hospital sea una casa muy oscura donde no se ve nada y yo … ¡allí sufriendo solita"!

Sin embargo, así había de ser. A primeros de julio su buen padre sacaba de la cama el debilucho cuerpo y la acomodaba cariñosamente sobre la borriquilla. Partían los dos juntos para el hospital del pueblo de Vila Nova de Ourém.

Jacinta permaneció en el hospital dos meses y el tratamiento a que la que fue sometida fue riguroso. Tuvo visitas apenas una vez, su madre y Lucía. Lucía nos cuenta sobre la visita: "La encontré con la misma alegría de sufrir por amor de Dios y del Inmaculado Corazón de María, por los pecadores y por el Santo Padre. Era su ideal, no hablaba de otra cosa".

Quedaron dos días con Jacinta. La señora Olimpia tuvo que volver a su familia y Lucía a la suya, aunque se les partía el corazón al dejar a Jacinta solita y entre gente

desconocida en aquel hospital distante. Lo que empeoraba aún más la situación era la inutilidad de todos sus esfuerzos. No estaba mejorando, a pesar de todo cuánto hacían los médicos. La herida en su pecho era grande, abierta y continuamente sangraba con purulencia. Finalmente, los médicos decidieron que sería igual para ella estar en casa con su familia y hacia finales de agosto la pusieron en libertad.

"La pequeña está esquelética" – decía el Padre Formigão que la visitó en casa. "Sus brazos presentan una delgadez asombrosa. Tiene siempre mucha fiebre. La tuberculosis, después de un ataque de bronconeumonía y de una pleuresía purulenta, minaba despiadadamente aquel débil organismo. La humilde niña de Lourdes, Bernardita, oyó de la boca de la Inmaculada que se dignó aparecérsele en las rocas de Massabielle, la promesa de que la haría feliz, no en este mundo, sino en el otro. ¿Había hecho la Virgen la misma promesa a la pastorcita de Sierra de Aire"?

Un día Jacinta confiaba a Lucía – "Cuando estoy sola, bajo de la cama para rezar las oraciones del Ángel. Pero ya no soy capaz de llegar con la cabeza al suelo, porque me caigo; rezo sólo de rodillas".

Lucía no le contestaba una palabra, pero en la primera ocasión en que se encontró con el Vicario del Olival, le contó todo. El prudente sacerdote mandó entonces decir a la pequeña mártir que podía rezar echada, que no era preciso que bajara de la cama.

¿"Y Nuestro Señor quedará contento"? – preguntaba Jacinta, aún dudosa.

"Sí, Nuestro Señor quiere que se haga lo que el señor Vicario manda".

"Entonces, está bien: ya no me vuelvo a levantar". Jacinta haría lo que el representante de Dios había aconsejado.

Aunque no podía arrodillarse para rezar sus oraciones, de alguna manera, a veces, Jacinta tenía fuerza suficiente para dar un paseo a Cova da Iria. Cuando llegó el invierno, sus padres no permitían a Jacinta que fuese a Cova da Iría, sin embargo, no le prohibían que fuese a Misa. Quería asistir todos los días, como hacía Lucía. "No vengas, Jacinta – le decía Lucía, intentando aconsejarla – tú no puedes; hoy no es domingo".

"No importa. Voy por los pecadores que no van a Misa ni el domingo. Oye, ¿sabes? Nuestro Señor está triste porque Nuestra Señora nos dijo que no le ofendieran más, que estaba ya muy ofendido, y nadie hace caso; continúan cometiendo los mismos pecados".

¿"Has hecho algún otro sacrificio Jacinta"?

"Sí, Lucía. Tenía mucha sed y no quise beber: lo ofrecí a Jesús por los pecadores. Esta noche he tenido muchos dolores y he ofrecido a Nuestro Señor el sacrificio de no moverme en la cama, por lo que no he dormido nada… Y tú, Lucía ¿has hecho hoy muchos sacrificios?" Los sacrificios de Lucía eran sólo para los oídos de Jacinta.

Lucía cuenta otra historia sobre Jacinta. "Un día la madre le llevó una taza de leche y le dijo que la tomase.

"'No la quiero, madre' – respondió desviando la taza con la mano. La señora Olimpia insistía, pero Jacinta no le hacía caso.

"'No le pude obligar a tomar nada. Tenía tanta repugnancia' – decía su mamá dejando el cuarto.

Una vez que la señora Olimpia hubo salido, Lucía objetaba a Jacinta. ¿"Cómo? ¿Así desobedeces a tu madre y no ofreces este sacrificio a Nuestro Señor"?

Al oír esto, Jacinta dejó caer algunas lágrimas. Llamó a su madre, le pidió perdón y le dijo que tomaría todo lo que ella quisiese. La madre le trajo de nuevo la taza de leche, que tomó sin el más mínimo signo de repugnancia. Después, mientras Lucía enjugaba las lágrimas de Jacinta, la niñita confesaba – ¡"Si tú supieses cuánto me costó tomarla"!

De allí en adelante, aunque a Jacinta le resultase cada vez más difícil beber leche o caldo, o comer, nunca se quejaba, sino que se esforzaba valientemente en tomar cualquier cosa que su madre le daba. Un día la madre le llevó, junto con la taza de leche,

un racimo de uvas. A Jacinta le gustaban las uvas, y su madre sabía que la complacería. "No, madre, las uvas no las quiero; llévelas. Deme la leche." Y, una vez que las hubo retirado su madre, dijo a Lucía: ¡"Me apetecían tanto aquellas uvas y me costó tanto tomar la leche! Pero quise ofrecer este sacrificio a Nuestro Señor".

Casi todos los días, camino a casa, después de la Misa y la Comunión matutina, Lucía visitaba a Jacinta. Era una gran alegría para Jacinta – "Lucía ¿has comulgado hoy"?

"Sí, Jacinta".

"Entonces acércate a mí, que tienes en tu corazón a 'Jesús escondido'. No sé cómo es; siento a Nuestro Señor dentro de mí, comprendo lo que me dice y no lo veo ni oigo, pero ¡es cosa tan buena estar con Él"!

Lucía sacaba entonces de su misal una estampa con el Cáliz y la Hostia y Jacinta la besaba con avidez.

¡"Es 'Jesús escondido'! Gusto tanto de Él. ¡Quién me diera recibirle en la iglesia! En el Cielo ¿no se comulga? Si allá se comulga yo comulgaré todos los días. ¡Si el Ángel fuese al hospital a llevarme otra vez la Comunión! ¡Qué contenta me quedaría"!

Le enseñó Lucía una estampa del Corazón de Jesús. Jacinta la guardaba día y noche, besándola frecuentemente. "Lo beso en el Corazón, que es lo que más me gusta. ¡Quién me diera tener un Corazón de María! ¿No tienes uno"?

"No Jacinta. No puedo encontrar ninguno".

"Ya falta poco para ir al Cielo. Tú te quedas acá para decir que Dios quiere establecer en el mundo la devoción al Inmaculado Corazón de María. Cuando vayas a decir eso no te escondas: di a todo el mundo que Dios nos concede las gracias por medio del Corazón Inmaculado de María, que se las pidan a Ella, que el Corazón de Jesús quiere que a su lado se venere el Corazón Inmaculado de María. Que pidan la paz al Inmaculado Corazón de María, que Dios a Ella la entregó. ¡Si pudiese meter en el corazón de todo mundo el fuego que tengo acá dentro del pecho, que tanto me hace gustar del Corazón de Jesús y del Corazón de María"!

Mientras tanto, Nuestra Señora no dejaba sola a su enfermita. Visitó a Jacinta para decir que quería de ella que fuese a otro hospital en Lisboa. La niñita ni podía esperar para contarlo a Lucía. "Me dijo que iría a Lisboa, a otro hospital; que ya no volvería a verte, como tampoco a mis padres; que después de sufrir mucho, moriría solita, pero que no tuviera miedo, que vendría a por mí para llevarme al Cielo". Y entre lágrimas, habiendo extendido sus brazos chiquititos, abrazó a Lucía: ¡"Ya nunca te volveré a ver! Reza mucho por mí, que voy a morir solita". La idea torturaba a la pequeñita.

Un día la encontró Lucía abrazada a una estampa de Nuestra Señora y rezando.

¡"Querida Madrecita mía del Cielo! Entonces ¿he de morir solita"?

¿"Qué te importa morir solita si Nuestra Señora viene a buscarte"? Lucía, con todo, procuraba animarla, esperando distraerle la mente.

"Es verdad, no me importa nada. Pero no sé qué me pasa, a veces no me acuerdo de que vendrá por mí".

¡"Ánimo Jacinta! A ti te falta poco para ir al Cielo, pero a mí…" El corazón de Lucía se entristecía con la idea de perder muy pronto su Jacinta.

¡"Pobre"! ¡No llores! Allá he de pedir mucho, mucho por ti… Tú te quedas, pero Nuestra Señora lo quiere así".

¡"Oye Jacinta! ¿Y qué vas a hacer en el Cielo"?

"Amar mucho a Jesús, al Inmaculado Corazón de María, pedir por ti, por los pecadores, por el Santo Padre, por mis padres, por mis hermanos y por todas las personas que me han pedido que pida por ellas. ¡Gozo tanto sufriendo por amor de Nuestro Señor y de Nuestra Señora! Ellos gozan mucho en que se sufra por convertir a los pecadores".

En la familia Marto juzgaban como fantasías las profecías de Jacinta de ir al hospital

en Lisboa. ¿Cómo iría allá? ¿Y para qué? Sus padres no podrían pagar eso. Nuestra Señora, sin embargo, lo había organizado todo.

Unos días después de que Jacinta había anunciado que se iría a Lisboa, apareció en Aljustrel un automóvil que paró ante la casa Marto. Era el Padre Formigão con dos personas más, el Dr. Eurico Lisboa y su esposa. El médico había oído hablar sobre los acontecimientos en Cova da Iría y quería visitar el lugar santo y hablar con los pastorcitos.

"A mediados de enero de 1920 – afirmaba el médico – de paso por Santarém, fuimos a saludar al Rvdo. Dr. Formigão, que sabíamos había de instruirnos sobre todo lo ocurrido en Fátima de lo que él había sido testigo. Después de haber ido a Cova da Iría con él donde rezamos el Rosario, regresamos a Fátima, donde estuvimos hablando con Jacinta. La pequeña estaba muy pálida y demacrada, andaba con dificultad, diciéndome la familia que estaba muy enferma, pero que no les apenaba viendo que la mayor ambición de Jacinta era ir también con Nuestra Señora. Al censurarles yo porque no ponían todos los medios para procurar lo curación de Jacinta, me dijeron que no merecía la pena, porque era el deseo de Nuestra Señora llevársela, y que ya había estado en el hospital de Vila Nova de Ourém, sin lograr mejoría alguna. Les repliqué que la voluntad de Nuestra Señora es superior a todas las fuerzas humanas, y que, para tener la certeza de que realmente Nuestra Señora se la quería llevar, deberían echar mano de todos los recursos de la ciencia para conservarle la vida.

"Animados por este consejo mío, fueron a oír el parecer del Dr. Formigão, que estaba allí cerca, y que confirmó lo que yo les dije, quedando acordado que iría a Lisboa, (el 2 de febrero de 1920) donde, en un hospital sería entregada a los cuidados de los mejores clínicos, para ser tratada bajo la dirección de uno de los más distinguidos pediatras portugueses. Fue admitida con el diagnóstico: Pleuresía purulenta, con una gran caverna en el lado izquierdo, fistulosa; osteítis de las costillas 7.a y 8.a del mismo lado".

Antes de dejar Fátima, Jacinta suplicó a su madre que la acompañase para despedirse de Cova da Iría. "Me arreglé con una pariente para llevar a Jacinta en una borrica; y así se hizo, que a pie no lo hubiera soportado la pobre niña. Cuando llegamos a Lagoa da Carreira, Jacinta bajó del jumento y comenzó a rezar el Rosario solita, cogiendo después unas flores para ponerlas en la capillita. Cuando llegamos allá, nos arrodillamos y ella estuvo un rato rezando como podía. Dijo al levantarse – 'Nuestra Señora cuando se iba, pasaba por encima de aquellos árboles; y después entraba en el Cielo tan de prisa que parecía que le quedaban los pies fuera'".

Al día siguiente, Jacinta despidió a su querida Lucía. La separación entre Lucía y Jacinta era la cruz más amarga de todas, para ambas niñas; sus corazones eran uno. "Partía el alma" – cuenta Lucía. "Se mantuvo mucho tiempo abrazada a mi cuello y decía llorando: ¡'Ya nunca nos volveremos a ver! Reza mucho por mi hasta que vaya al Cielo; después yo pediré allá por ti. No digas nunca el secreto, aunque te maten. Ama mucho a Jesús y al Inmaculado Corazón de María y haz muchos sacrificios por los pecadores'".

El viaje a Lisboa era triste tanto para la madre como para la niña. Jacinta hizo de pie casi todo el trayecto, mirando por los cristales de las ventanas el paisaje y la gente de las aldeas que a través pasaron. En Santarém subió una señora que había oído sobre el viaje de Jacinta y se le ofreció un paquetito de dulces, pero la pequeñita no quiso comer nada.

Cuando llegaron a Lisboa, algunas señoras las encontraron y juntas suplicaron a sus amigos que buscasen un lugar para dormir ellas. Nadia quería albergar una niña enferma. Jacinta se identificó mucho con el padecimiento del Inmaculado Corazón de María y el de San José cuando deambulaban en busca de un lugar para dormir en Belén, pero "no hubo lugar para ellos en el mesón". Cansadas y decepcionadas, madre e hija

llegaron al orfanato de Nuestra Señora de los Milagros y pidieron ser dejadas entrar. La Superiora, Madre María de la Purificación Godinho las acogió con los brazos abiertos. Estimaba muchísimo a la pequeñita que había visto Nuestra Señora.

Mientras estaban en la sala de espera, se acercó a Jacinta una señora adinerada que le contaba que sufría mucho de los ojos. Pidió a la niña que rezase por ella a Nuestra Señora. Pero Jacinta nada respondía de manera que la señora se fue desconsolada, dejando cincuenta escudos en la mano de la pequeña quien los entregó inmediatamente a la Superiora de la Casa. "Da ese dinero a tu madre" – dijo ella. "No" – respondió Jacinta. "El dinero es para Usted, porque tendrá mucho trabajo conmigo".

Más tarde la religiosa preguntaba a Jacinta: ¿"Por qué no respondiste a aquella señora cuando te pidió que rezaras por ella"?

"Mire, madrina – respondía Jacinta – recé mucho por ella. Pero aquel día no le quise decir nada, porque tenía miedo de olvidarme. Estaba con tantos dolores".

La señora Olimpia quedó unos días en el orfanato para asegurarse de que Jacinta sería bien cuidada. La Superiora fue una verdadera madre con la niña; la amaba mucho y en aquella casa Jacinta se encontró muy bien con todas las otras niñas. Lo que la alegró especialmente era que en aquel lugar había una capilla. Vivir bajo el mismo techo que cobijaba a Jesús Sacramentado era una felicidad con la que nunca había soñado. A partir del momento en que se dejó entrar en el orfanato, Jacinta quiso ser llevada a la capilla. "Jacinta comulgaba casi todos los días" – relataba su madre. "Llevada de mi brazo o del brazo de la Superiora podía ir hasta el comulgatorio. Recuerdo que antes de volver a casa, me dijo: 'Madre, quiero confesarme'. Fuimos entonces, antes de la salida del sol a una iglesia y cuando salíamos después, me repetía la niña: ¡'Ay! ¡Madre qué Padre tan bueno! Me ha preguntado muchas cosas, muchas cosas'. Hubiera querido saber qué le preguntó el Padre; pero las confesiones no son cosas para que anden de boca en boca".

Todo el tiempo que le permitían, lo pasaba arrodillada en la capilla. Después, estaba sentada en una butaquita, cuando ya no podía estar de rodillas, con los ojos clavados en el Sagrario. A causa de su ardiente amor a Jesús, no dejaba de observar las pequeñas descortesías de los visitantes. Dijo la Superiora – "Reparando que algunas personas no estaban con la debida compostura en la iglesia, me decía: 'No consienta, madrina, que esta gente no esté delante de Jesús Sacramentado como se debe estar. En la Iglesia hay que estar quietos y sin hablar. ¡Si esta pobre gente supiese lo que les espera!' Yo entonces bajaba a la iglesia y daba los avisos convenientes, pero no siempre lograba buen resultado; y cuando volvía me preguntaba: ¿'Qué hacen'? 'No quieren saber nada' – le respondía. Jacinta me decía entonces con seriedad: ¡'Paciencia! Nuestra Señora está contenta con la madrina. Se lo dirá al señor Cardenal ¿no? Nuestra Señora no quiere que la gente hable en la Iglesia'".

A menudo, para tomar el aire y el sol, la madrina obligaba a Jacinta a sentarse frente a la ventana que daba al jardín. La niñita quedaba complacida mirando los árboles y oyendo cantar a los pájaros. Más que la de los padres, Jacinta sentía la falta de Lucía, a quien tanto hubiera gustado tener a su lado. Con todas las huérfanas (había unas 25) se encontraba bien Jacinta; pero no le gustaba mucho hablar. Prefería la compañía de una niñita de su edad a la que daba sus largos sermones. "Era gracioso oírla" – contaba la Superiora. "'No debes ser perezosa; ¡tienes que ser muy obediente y soportarlo todo por amor de Nuestro Señor con paciencia, si quieres ir al Cielo'! Hablaba con tal autoridad, como si no fuese una niña.

"Durante los días que pasó en mi casa debió de tener más de una visita de Nuestra Señora" – continuaba la Superiora. "Recuerdo una ocasión en que me dijo: 'Apártese, madrina, ¡que estoy esperando a Nuestra Señora'! Su rostro tomaba entonces una

expresión radiante, celestial. A veces no se aparecía la Señora, sino un globo de luz parecido al que había visto en Fátima, y después nos decía: 'Esta vez no ha sido como allá abajo, (en Fátima) pero yo bien sabía que era Ella'".

Después de cada visita de Nuestra Señora, Jacinta hablaba con una sabiduría mucho más allá de su edad, educación o experiencia. ¿"Quién te ha enseñado esas cosas"? – le preguntaba una vez la Superiora, maravillada ante su sabiduría e intuiciones celestiales.

"Ha sido Nuestra Señora, pero algunas las pienso yo. Me gusta mucho pensar". Era tan abierta y sincera en todo lo que decía. La Madre Superiora tomaba notas de todo.

"Nuestra Señora ha dicho que en el mundo hay muchas guerras y discordias. Las guerras no son sino castigos por los pecados del mundo. Nuestra Señora ya no puede sostener el brazo de su amado Hijo sobre el mundo. Es preciso hacer penitencia. Si la gente se enmienda, Nuestro Señor amparará al mundo; pero si no se enmienda, vendrá el castigo".

Explicando esta afirmación anterior de Jacinta, la Superiora escribía: "Se refiere Jacinta a un gran castigo del que la Virgen le habló en secreto. Nuestro Señor está profundamente indignado con los pecados y crímenes que se cometen en Portugal, por lo que amenaza a nuestro país, principalmente a la ciudad de Lisboa, un terrible cataclismo de orden social. Se ha de desencadenar, según parece, una guerra civil de carácter anárquico o comunista, acompañada de saqueos, muertes, incendios y devastaciones de todas clases. La capital se convertirá en una verdadera imagen del infierno. Cuando la Divina Justicia ofendida despliegue este pavoroso castigo, todos los que puedan huyan de la ciudad. Este castigo ahora predicho conviene que sea anunciado poco a poco y con la debida discreción. '¡Pobre Nuestra Señora! – decía la niña – ¡Ay, tengo mucha pena de Nuestra Señora! ¡Tengo mucha pena!'"

Nuestra Señora había revelado a esta niñita algunas catástrofes terribles que el mundo tendrá que aguantar. "Si la gente se enmendase – Jacinta decía a Madre Godinho – Nuestro Señor amparará al mundo; pero si no, vendrá el castigo". Si la gente no se enmienda, Dios Todopoderoso dejará estallar, empezando en España, un castigo tal como nunca se ha visto antes. Habló después de grandes sucesos mundiales que tendría lugar a partir de1940. El pensamiento de las terribles aflicciones que la gente se le dejarán caer sobre si misma por su odio y desobediencia a Nuestro Señor y a Nuestra Señora llenaba los corazones de los pastorcitos con una tristeza desoladora. Le producía a Jacinta más dolor que su propia enfermedad el darse cuenta de cómo los hombres ingratos trataban a Jesús y a María. "Ay, ¡tengo mucha pena de Nuestra Señora! ¡Tengo mucha pena"! – decía entre lágrimas a la Madre Godinho.

La Superiora hizo un día a la señora Olimpia, que había venido a visitar a la hija, una pregunta: ¿"Le gustaría que sus hijas Florinda y Teresa abrazasen la vida religiosa"? ¡"Dios me libre"! – contestó la madre, su corazón afligido por la muerte de Francisco y ya inminente, la de Jacinta.

Jacinta, que no había oído la conversación, momentos después cuando la Superiora entró en su cuarto, comentó – "A Nuestra Señora le agradaría mucho que mis hermanas fuesen religiosas. Mi madre no quiere, pero por eso Nuestro Señor no tardará en llevárselas al Cielo". Así fue. Murieron poco después las dos jóvenes.

La madre Godinho hacía mucho que deseaba ir a hacer una visita a Cova da Iría. Era un viaje largo y le parecía imposible.

"Esté tranquila, madrina, después de mi muerte ha de ir allá".

"Los pecados que más almas llevan al infierno son los pecados de la carne. Vendrán unas modas que han de ofender mucho a Nuestro Señor. Las personas que sirven a Dios no deben ir con la moda. La Iglesia no tiene modas. Nuestro Señor siempre es el mismo. Los pecados del mundo son muy grandes. Si los hombres supiesen lo que es la eternidad,

harían cualquier cosa para cambiar de vida. Los hombres se pierden porque no piensan en la muerte del Señor y no hacen penitencia.

"Muchos matrimonios no son buenos y no agradan a Dios Nuestro Señor y no son de Dios.

¡"Pida mucho por los gobiernos! ¡Ay de los que persiguen la Religión de Nuestro Señor! Si el gobierno dejase en paz a la Iglesia y diese libertad a la Religión, sería bendecido de Dios.

"Madrina, no viva con lujo; huya de las riquezas. Sea muy amiga de la santa pobreza y del silencio. Tenga mucha caridad aún con el que es malo. No hable mal de nadie y huya de quien habla mal. Tenga mucha paciencia, porque la paciencia nos lleva al Cielo. La mortificación y los sacrificios agradan mucho a Nuestro Señor.

"La confesión es un sacramento de misericordia. Por eso, es preciso acercarse al confesionario con confianza y alegría. Sin confesión no hay salvación.

"La Madre de Dios quiere más almas virginales que se unen a Ella con voto de castidad. Yo iría con gusto al convento, pero más me gusta ir al Cielo. Para ser religiosa es preciso ser muy pura de alma y de cuerpo".

¿"Ya sabes tú lo que quiere decir pura"? – preguntaba la Superiora.

"Sí, lo sé. Ser pura en el cuerpo es guardar castidad; y ser pura en al alma es no hacer pecados: no mirar lo que no se debe ver, no robar, no mentir nunca, decir siempre la verdad, aunque nos cueste. El que no cumple las promesas que hace a Nuestra Señora nunca tendrá paz ni suerte en sus cosas".

Llegó el día en que Jacinta tuvo que salir de los cuidados de la Madre Godinho para ir al hospital. La separación de la madrina era dura porque la amaba mucho pero más dura aún era la separación de Jesús. En el hospital no había capilla, ni ninguna persona de quien pudiese recibir consuelo. Todos se le mostraban simpáticos, pero ¿quién podría tomar el lugar de la Madre Godinho o el de Nuestro Señor? A veces lo que más la hacía sufrir era ver a algunas enfermeras u otras personas que venían a visitar a los enfermitos atravesar la sala en traje poco modesto, ropa de moda a menudo con escote bajo. ¿"A qué viene todo esto"? – preguntó a la Madre Godinho. ¡"Si supiesen lo que es la eternidad"!

Un día algunos visitantes discutían en su presencia los defectos de un cierto sacerdote al que se le había sido prohibido celebrar Misa. Jacinta se puso triste, empezó a llorar y dijo que la gente no debe criticar a los sacerdotes sino rezar por ellos. Ella misma rezaba frecuentemente por los sacerdotes y pedía a los otros que hiciesen lo mismo.

Muchos médicos venían a examinarla y su única preocupación era la ciencia y la medicina. Desconfiaban de la influencia que Dios ejerce sobre la condición de un enfermo. La niñita no vacilaba en censurarlos, señalado así la causa de sus frecuentes fracasos. Pero tenía compasión por los médicos diciendo ¡"Pobres! ¡No saben lo que les espera"! Decía que los médicos no saben cómo sanar con éxito a los enfermos porque no tienen amor para con Dios.

Un día, un médico pidió sus oraciones por una intención especial y Jacinta le aseguró que sí, que iba a rezar por él pero que él iba a morir, y dentro de poco. Dijo lo mismo a otro médico, no sólo él sino también su hija.

Era para Jacinta una gran alegría cuando Nuestra Señora hubo organizado que apareciese su padre para ver a su hijita, pero fue apenas una visita fugaz. Él no podía quedar mucho tiempo porque los otros hijos estaban en cama y reclamaban su presencia. Ver a Jacinta solita en el hospital y teniendo que dejarla así partía su corazón, pero estaba convencido por completo de que Nuestra Señora la estaba cuidando.

Cuando los médicos sugirieron por primera vez una operación, Jacinta les avisó que sería inútil.

Todo era en vano porque Nuestra Señora le había dicho que iría a morir pronto. Pidió

hasta que alguien escribiese a Lucía para informarle del día y hora de su muerte. Los médicos, sin embargo, insistían; y cuando finalmente fue llevada a la sala de operaciones, tuvo que sufrir muchísimo, no pudiendo haber sido cloroformizada, sino simplemente anestesiada localmente, a causa de la extrema debilidad en que se encontraba. Pero lo que sin duda la hizo sufrir más fue la humillación de verse desnuda y en las manos de médicos desconocidos.

El resultado de la operación practicada por ellos se presentaba alentador a pesar de que del costado izquierdo le fueron extraídas dos costillas y la llaga era tan grande que cabía una mano. Sufrió dolores atroces que se renovaban cada vez que tenían que lavar la herida. ¡"Ay! ¡Nuestra Señora! ¡Ay! ¡Nuestra Señora"! – era la única exclamación que Jacinta dejaba escapar. O también: ¡"Paciencia! ¡Paciencia! ¡Todos tenemos que sufrir para ir al Cielo"!

Nadie la oía quejarse, aunque sufría tanto. Lo soportaba todo con alegría porque se daba cuenta que ayudaría a muchas almas a escapar del fuego espantoso del Infierno. "Ahora puedes convertir a muchos pecadores, mi Jesús – dijo al Señor – ¡porque sufro mucho"!

Nuestra Señora continuaba visitándola a menudo. Cuatro días antes de su muerte dijo – ¡"Ahora ya no me quejo! Nuestra Señora se me ha vuelto a aparecer y me ha dicho que pronto vendrá a buscarme y que terminarían todos mis dolores".

El Dr. Lisboa atestiguaba eso. "A la verdad, con la feliz aparición en plena enfermería, desaparecieron por completo todos los dolores, apeteciéndole entonces jugar y distraerse, lo que hacía pasando la vista por varias estampas religiosas, una de las cuales era Nuestra Señora de Sameiro – que más tarde me la ofrecieron como recuerdo de Jacinta – y que ella decía ser la que más le hacía recordar a la Señora aparecida. Pude enterarme varias veces de que la niña deseaba que le fuese a hacer una visita, porque quería revelarme un secreto. Como mis ocupaciones clínicas eran muchas, y como las noticias que me llegaban eran de que Jacinta estaba un poco mejor, no me di prisa y desgraciadamente no fui a verla".

La Madre Godinho visitaba a Jacinta todos los días, acompañada cada vez por amigos diferentes. Si alguien se sentaba al pie de la cama donde se le había aparecido la Virgen Santísima, protestaba Jacinta: "Quítese de ahí, por favor, que en ese sitio ha estado Nuestra Señora".

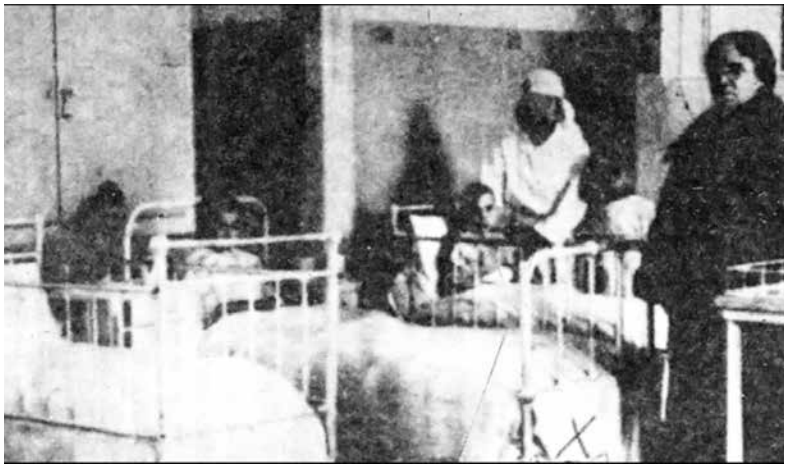
Poco antes de morir, se le preguntó si deseaba ver a su madre. "Mi familia durará poco tiempo y en breve nos encontraremos en el Cielo. Nuestra Señora se aparecerá otra vez, pero no a mí, porque me muero, como Ella me dijo".

Llegó por fin el 20 de febrero. Jacinta parecía igual; podría durar algunos días más, o irse en cualquier momento. Hacia las seis de la tarde la niña dijo que se sentía mal y que deseaba recibir la Extremaunción. Fue llamado un sacerdote que la oyó en confesión. Jacinta insistió en que le llevase el Santo Viático, a lo que no accedió él, por verla aparentemente buena, y prometió llevarle el Señor el día siguiente. Ella insistió que iba a morir dentro de poco. Y, efectivamente, a las 10:30 de la noche falleció con la mayor tranquilidad, pero sin haber comulgado.

A su tránsito asistió sólo una joven enfermera por nombre de Aurora Gomes – mi Aurorita – como Jacinta le gustaba llamarle porque la amaba mucho. La enfermera velaba durante toda la noche al pie del pequeño cadáver y al amanecer la vistió con un vestidito blanco de Primera Comunión con una cinta de seda azul, tal como Jacinta le había pedido, porque eran los colores de Nuestra Señora. El Dr. Lisboa pensó conveniente no depositar el cuerpo en una sepultura común, en caso de que las Apariciones sean verdaderas, y la autoridad eclesiástica diese algún día su aprobación oficialmente. Se determinó entonces ir al cura de la iglesia local y después de mucha persuasión, prevaleció que el sacerdote

dejase que el ataúd, con el cuerpo de Jacinta, fuese depositado en la sacristía hasta que se resolviese su traslado a otra parte.

Conocida la noticia, rápidamente pasó de unos a otros a través de la ciudad y comenzó a formarse una verdadera romería de creyentes que venían a la iglesia para ver el cuerpo. Todos querían tocar en los vestidos de la niña Rosarios e imágenes y a rezar junto a ella. El cura no quería permitir este homenaje porque decía que pertenecía solamente a los santos canonizados por la Iglesia. Quitó el cuerpo a otra sala y la cerró bajo siete llaves. Pero las muchedumbres continuaron viniendo y para aplacarles el enterrador dejó que pequeños grupos entrasen a ver el cuerpo de la niñita de quien estaban convencidos estaba ya con Nuestro Señor y Nuestra Señora en el Cielo.



La enfermería del Hospital Dona Estefania, en Lisboa, donde Jacinta estuvo desde el 2 de febrero de 1920 hasta su muerte el 20 de febrero de 1920. La cama número 38, que ella ocupaba, es la segunda del lado izquierdo.

El enterrador atestiguaba que nunca antes o después había tratado un caso como el de Jacinta. "Me parece estar viendo al angelito. Echadita en la caja, parecía viva, con los labios y mejillas de color de rosa. He visto muchos muertos, de niños y de grandes, pero estas cosas no acontecen nunca. El olor agradable que el cuerpo exhalaba no se puede explicar naturalmente. El mayor incrédulo no lo podría dudar… Aquí la niña llevaba muerta tres días y medio y su olor era como de un ramillete compuesto de las más variadas flores".

Tomando cuenta de la naturaleza grave de la enfermedad de Jacinta y el veneno que estaba en su sistema a causa de la pleuresía y que habría apresurado su corrupción, podemos apreciar el asombro del enterrador ante este fenómeno extraordinario, porque el cuerpo de Jacinta le parecía exento de la ley natural. El día 24 de febrero se colocó dentro de un ataúd de plomo y fue soldado, habiendo asistido a este acto, las autoridades y algunas señoras, y después, la cajita se transfirió a la sepultura del señor Barón de Alvaiázere, en Vila Nova de Ourém. La Madre Godinho acompañó el cuerpo y fue así posible para ella visitar Fátima como Jacinta le había vaticinado.

El Tio Marto estaba en la estación ferrocarril para encontrar el cuerpo. "Cuando llegué a Vila y vi aquel grupo de personas en torno a la cajita de mi Jacinta – todo tan bien y tan a propósito – me eché a llorar, como una criatura. Me quedé extenuado. Nunca he llorado tanto. '¡Nada te ha valido! ¡De nada ha servido todo! ¡Aquí dos meses y después en Lisboa!¡Y allá te has muerto solita'"!

Quince años más tarde, el 12 de septiembre de 1935, el Obispo de Leiria decidió trasladar sus restos mortales al cementerio de Fátima, para ser colocados en una tumba hecha exprofeso para Jacinta y Francisco. Antes de la salida, fue abierto el ataúd de plomo y, con gran asombro de todos los allí presentes, el rostro de la niña apareció perfectamente incorrupto. Ella y Francisco habían vuelto a casa para descansar en los Corazones de Jesús y María, para darles consuelo y para rezar por la conversión de los pecadores, el Santo Padre, los sacerdotes, y por todos los que invoquen su piadoso auxilio.

Jacinta Marto

el 11 de marzo de 1910 – el 20 de febrero de 1920

Cuando la sepultura de Jacinta fue abierta en 1951, se vio que el cuerpo estaba prácticamente incorrupto. Sus restos mortales están también sepultados en el transepto de la Basílica en Cova de Iría.

Capítulo XIII La capilla en Cova da Iría

Después del 13 de octubre de 1917, Cova da Iría nunca fue lo mismo. Venían peregrinos a todas horas. "Todos se arrodillaban al pie de la encina" – María da Capelinha recuerda. "Aquí sólo se lloraba y se rezaba a Nuestra Señora, y cuando se reunía mucha gente se cantaban los hermosos cantos de la Iglesia. Venían a Nuestra Señora a pedir milagros y Ella siempre oía a todos. Nadie se sentía molesto ni cansado. En aquel tiempo, nunca oí decir que Nuestra Señora hubiese rehusado milagro alguno. Todos los que aquí venían, venían con devoción; y si no la traían, aquí la cogían. ¡Ay, qué tiempo aquél tan hermoso! ¡Dan ganas de llorar! Un día fue un hombre todo empapado en agua que había venido de muy lejos. Me acerqué a él y le pregunté si se encontraba mal. Aparte de la lluvia, hacía también frío y el hombrecito había pasado toda la noche al aire libre. ¡'No señora! No tengo nada que me moleste. Nunca he tenido una noche tan feliz como ésta: vengo once leguas de camino y no me encuentro cansado; me siento muy feliz en este lugar.'"

La capilla construida en el lugar de las apariciones (comenzada el 6 de agosto de 1918) la cual fue dinamitada el 6 de marzo de 1922.

Casi desde el inicio, los fieles habían dejado en el lugar sagrado ofrendas de dinero y legumbres como señal de su agradecimiento y devoción. El 13 de agosto, con ocasión de la ausencia de los niños, la aglomeración de personas alrededor de la pequeña encina era tal, que todas las ofrendas fueron pisoteadas, y por eso María da Capelinha decidió salvar lo que podía, especialmente el dinero, hasta que pudiese llegarse a alguna decisión sobre su uso. Intentó ofrecer el dinero primero a uno de los hijos mayores de la familia Marto, pero él rotundamente lo rechazó. Al siguiente día pensó en dárselo al señor Marto. Cuando llegó a la casa Marto, "estaban allí la señora María Rosa y el señor Cura, que lo presenció todo apoyado en la pared" – recuerda ella. "Estuve hasta descortés, porque le di el dinero al señor Marto, en vez de al señor Cura. Pero el padre de Jacinta no quiso aceptarlo de ninguna manera: ¡'No me tiente mujer porque tentado ya estoy'"! La señora Olimpia tampoco quiso tener nada que ver con eso. Apenas entonces fue que María da Capelinha recurrió al Párroco quien también lo rechazó fríamente.

"'Pues tampoco es mío – ella insistía – Voy a dejarlo allá donde lo he cogido'.

¡'No haga eso mujer! – la calmó el Párroco. ¡'Guárdelo o entrégueselo a alguien hasta que veamos en qué queda todo esto'!

Por lo tanto, María da Capelinha continuaba todos los días recogiendo el dinero en un saquito y vendiendo las legumbres, aumentando así la tesorería. Mientras los fondos crecían, la gente hablaba cada vez más de construir una capilla en Cova da iría. Pasado el tiempo, sin embargo, nada se hizo sobre ello. Por supuesto, las autoridades civiles estaban completamente en contra de la idea de una capilla, y los eclesiásticos eran prudentemente indiferentes. Entretanto, empezaron a circular rumores de que María da Capelinha estaba guardando el dinero para su familia.

María fue al párroco a pedirle consejo.

"El señor Cura me llevó a su despacho y me leyó una carta del señor Patriarca, donde se

decía que el dinero se guardara bien en casa de confianza, pero no en casa de los padres de los videntes, hasta nueva orden". Era para que no fuesen acusados de aprovecharse de las apariciones para fines económicos. El párroco le pidió que continuase guardando los fondos. Los rumores continuaron y hasta el punto en que Manuel Carreira, el marido de María, fue llamado a compadecer ante el magistrado. El pobre hombre se imaginó toda clase de cosas, pero nada resultó del interrogatorio, sino que había aumentado más aquellos deseos de construir una capilla. El padre de Lucía, con gusto, donó la tierra, y en un mes una capilla pequeñita se levantó.

Luego que la capilla se hubo terminado, alguien propuso hacer una imagen para completarla. La propuesta fue recibida con gran entusiasmo, e inmediatamente se pensó en una procesión para la colocación de la imagen. No pasó mucho tiempo hasta que los hostiles funcionarios gubernamentales se enteraron, e hicieron sus propios planes para impedir el acontecimiento. Cuando llegó el día de la procesión, había un gran revuelo alrededor de la parroquia de Fátima en el lugar en donde la imagen iba a ser llevada. Una inesperada tormenta dispersó a los guardias gubernamentales haciendo posible que la imagen fuese llevada al interior de la Iglesia, donde fue bendecida y venerada y después escondida por temor de que la robasen. No hubo procesión. Mientras tanto el lugar en la capilla de Cova da Iria fue velado para que pareciese que la imagen ya estaba allí. Cuando nada sucedió después de un tiempo, la imagen se movió discretamente al lugar dispuesto para ella.

Los rumores empezaron de nuevo de que lo iban a robar todo o quemar y por eso María da Capelinha y su marido pensaron que mejor sería llevarse la imagen a su casa cada noche. La verdad es que temían con razón.

Dos años más tarde, el 6 de marzo de 1922, dos bombas se hicieron detonar en Cova da Iría, una en la capilla y otra a la encina. El techo de la capilla se destruyó, pero la bomba de la encina no estalló. Según María da Capelinha, "Hubiéramos querido arreglar la capilla, pero el señor Obispo no lo permitió hasta nuevas órdenes." En consecuencia, la gente pasaba largas horas fuera de la casa Carreira, donde ahora se guardaba la imagen.

"Siempre había aquí gente – decía la Señora Carreira – y Nuestra Señora siempre les atendía: esto hacía que aumentase la devoción entre la gente." Querían volver con la imagen a Cova da Iría el 13 de mayo.

"Aún no había andas, de forma que todos querían traerla, porque habían hecho promesas y así la traían cada uno un poco. Cada 13 se juntaba mucha gente para traer la imagen a Cova da Iría. Rezando y cantando llegábamos aquí y hacíamos las devociones toda la tarde, con procesión".

Entretanto, la destrucción de la capilla había provocado que la gente hiciese una manifestación al gobierno, y determinaron organizar una gran peregrinación el 13 de mayo del año siguiente (1923) para reparar a Nuestra Señora por este ultraje terrible. Unos oficiales intentaron impedir el acontecimiento, pero cuando el día llegó, más que 60.000 personas se reunían para ir en procesión a Fátima y rendirle homenaje a su Reina.

Muchos años han pasado desde el tiempo de las apariciones y en los campos áridos en los que Lucía, Francisco y Jacinta solían pastar sus ovejas, hay ahora grandes y hermosos edificios. La capilla pequeñita puede ser vista todavía, pero hay un gran santuario en honor de Nuestra Señora de Fátima que domina el área, flanqueado por un hospital, un convento y una casa de retiro y todo esto da testimonio del poder y de la misericordia de Nuestra Santísima Madre María.

Capítulo XIV La misión de Lucía

Después de que Francisco y Jacinta partieron a la casa del Cielo, Lucía se sentía solita en el mundo. Recordaba la promesa consoladora que Nuestra Señora le había hecho: nunca la dejaría sola, sino que sería su consuelo constante. Sin embargo, su corazón deseaba la simpática compañía de sus queridos primitos. Todo provocaba en ella echarles de menos, las colinas, los árboles, las ovejas, y especialmente la Cova da Iría. Además de eso, miles y miles de peregrinos convergían en Fátima para visitar la escena de las apariciones y todo el mundo quería hablar con Lucía. Venían a su casa a todas horas. Le importunaban insistiendo en enterarse de todos los detalles de las apariciones: cómo era el aspecto de Nuestra Señora, qué usaba, qué decía, etc. Cuando Jacinta y Francisco estaban con ella juntos, era más fácil hacer frente a toda esta gente, pero solita, ¡oh, si fuese apenas posible irse y estar solita con Nuestro Señor y Nuestra Señora! Y la cosa que hacía más daño a Lucía tal vez más que todo lo demás era la corriente constante de visitantes que perturbaba y trastornaba la paz de su hogar.

Mientras tanto, en enero de 1918, sólo tres meses después de la última aparición, la Santa Sede, después de un lapso de 60 años, reestableció la diócesis de Leiria, Portugal, de la que es parte la aldea de Fátima. El Reverendo José Correia da Silva fue nombrado Obispo y tomó cargo de su Sede el 5 de agosto de 1920. Consideró su deber más importante obtener los hechos completos sobre las apariciones de Fátima de tal modo que pudiese salvaguardar y fomentar la verdadera devoción a Dios y a Su Madre. El Obispo procedía lenta y prudentemente, rehusando tomar decisión o medida alguna sin una extensa y piadosa reflexión. Investigó todas las fuentes de información y tuvo su primera entrevista con Lucía el 13 de junio de 1921.

Habiéndose enterado de las frecuentes intrusiones de los muchos visitantes contra Lucía y su familia, invitó a Lucía y a su madre a hablar con él. En ese momento informaron ambas madre e hija de su plan de encomendar a Lucía a una escuela religiosa donde no la reconocerían y nadie la molestaría. Por otra parte, el Obispo consideraba que si continuaban las muchas curaciones y conversiones que ya habían sucedido en la Cova da Iría en la ausencia de Lucía, sería esto una señal casi cierta de la aprobación divina. Si no, la devoción se moriría por sí misma.

"No debe decir a nadie cuándo o a dónde vas a ir", dijo el Obispo a Lucía, informándole que debería marcharse dentro de cinco días.

"Sí, Monseñor", le respondió Lucía respetuosamente.

"No debes revelar a nadie en tu escuela quien eres tú".

"Sí, Monseñor".

"Y no debes decir ni una palabra sobre Fátima".

"Sí, Monseñor". Lucía haría todo lo que él le mandara. Y cuando volvió a casa con su madre los pocos días que quedaban pasaron muy rápidamente. Ella deseaba con ganas despedirse de los Martos y de la Señora de la Capillita, pero había prometido no decir a nadie que estaba para partir. Sin embargo, le fue posible pasar el tiempo de visita en los lugares santos, donde con sus primitos, había experimentado muchos días felicísimos. El último día en casa, el 17 de junio, Lucía fue primero al lugar rocoso donde el Ángel se había aparecido. Se postró en tierra allá, repitiendo una y otra vez la simple oración angélica, ¡"Dios mío! Yo creo, adoro, espero y os amo. Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no os aman".

Luego Lucía fue a Valiños, donde Nuestra Señora se había aparecido después de la encarcelación de los niños. Se arrodilló ante la pequeña encina donde Nuestra Señora había estado, aunque el árbol hace mucho que se había despojado de todos sus ramos por peregrinos piadosos. Pasó mucho tiempo allá y después de eso, se levantó de rodillas,

La gran esplanada delante de la Basílica de Fátima estuvo llena de gente el 12 de mayo de 1967 la noche antes del arribo del Santo Padre Pablo VI.

paseó al lado del pantano y pequeño estanque donde los tres acostumbraban pastar sus ovejas, dirigiendo sus pasos hacia la Cova da Iría. Nadie estaba allá. ¡Cuán feliz era ella estar solita y recordarse del encanto de las apariciones celestiales! Una vez más escuchaba en su corazón aquellas lindas palabras de consuelo habladas por la Virgen Santísima: "No te desanimes. ¡Yo nunca te dejaré! Te llevaré al Cielo… Pero tú quedarás aquí algún tiempo más. Jesús quiere servirse de ti para darme a conocer y amar. Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te conducirá hasta Dios".

Lucía permaneció en la Cova tanto tiempo que, perdiendo la cuenta del tiempo, el sol empezó a ponerse detrás de las colinas distantes. Se apresuró hacia la capilla para hacer una última visita, y después hacia la iglesia parroquial dónde se bautizó y tan a menudo había asistido a la Santa Misa y comulgado a Nuestro Señor. Se arrodilló en el comulgatorio, en acción de gracias a Dios por los maravillosos privilegios de la fe, y después se paseó por la Iglesia, deteniéndose un momento delante de cada imagen para despedirse de los muchos santos y pedir su auxilio para el viaje. Saliendo de la Iglesia, caminó hacia la tumba de su querido padre, que había fallecido hacía poco, y después de eso, a la tumba de Francisco. Ella amaba mucho su primito Francisco. Había sido un chico tranquilo, fuerte, varonil, sincero, y honesto, así como debió de haber sido San José cuando era muchacho. Recordó sus palabras poco antes de su muerte: "Lucía, ya me falta poco para ir al Cielo. Jacinta va a pedir mucho por los pecadores, por el Santo Padre y por ti; y tú te quedas acá, porque Nuestra Señora así lo quiere. Escucha: haz todo lo que Ella te diga." Lucía le prometió que sí.

La niña volvió a casa y cenó, y su madre le aconsejó acostarse temprano. Pero Lucía estaba demasiado hastiada para dormir. Aunque ansiaba irse para rezar y estar solamente con Jesús y María, no le era fácil dejar a su querida madre. Ofreció el sacrificio para salvar a las almas del Infierno. A las 2:00 de la madrugada su madre la despertó y la ayudó a prepararse, y juntas comenzaron su largo viaje. La luz de la luna y las estrellas hermosas alumbraban el camino y cuando se acercaron a Cova da Iría, Lucía dijo, "Mamá, detengámonos un rato y recemos nuestro Rosario".

"De acuerdo Lucía", le contestó la señora María Rosa, y fueron juntas a rezar sus cuentas. Una vez terminadas, retomaron su viaje a la ciudad de Leiria donde Lucía iba a tomar el tren para ir a Oporto. Su madre la dejaría en la estación, porque el Obispo había designado a otra mujer para acompañarla en el tren y llevarla a la escuela. La escena de la estación era triste de presenciar mientras madre e hija se despedían porque se derramaron lágrimas en abundancia, signos de su mutuo amor profundísimo y dolor amargo. No sabían cuando se volverían a reunir de nuevo.

Cuando Lucía llegó a la escuela conventual, la Madre Superiora, bajo las órdenes del Obispo, le dio un nuevo nombre. Se conocía desde entonces como María de los Dolores,

Numero avulso 1 centavo (90 réis) Segunda-feira, 15 de outubro de 1917

O SECULO

ANNUNCIAR

O SECULO: Portugal, colonias portuguezas e Brazil: 6$000 por anno, 3$000 por semestre, 1$500 por trimestre. Estrangeiro: 9$000 por anno, 5$000 por semestre, 3$000 por trimestre.

ILLUSTRAÇÃO PORTUGUEZA: Portugal, colonias e o Brazil: 6$000 por anno, 3$000 por semestre, 1$500 por trimestre. Estrangeiro: 9$000 por anno, 5$000 por semestre, 3$000 por trimestre.

Avulso: 1 centavo (90 réis) o numero; atrasado, 2 centavos (180 réis).

RECLAMAÇÕES: Devem ser dirigidas á secção de assignaturas.

As communicações relativas á redacção devem ser endereçadas ao respectivo redactor.—Editor, Jorge Brito.

AS ELEIÇÕES SUPLEMENTARES DE HONTEM

Foram eleitos os candidatos democraticos srs. Henrique de Vilhena, deputado, e Lima Alves, senador

CIRCULO 27 — LISBOA ORIENTAL

ASSEMBLEIAS	Lista catholica	Democraticos Joaquim Ribeiro Gonçalves	Democraticos Ricardo Ribeiro Pinto	Democraticos Joaquim Pereira Gomes	Democraticos Joaquim Pereira Gomes	Democraticos Joaquim Pereira Gomes	Democraticos Joaquim Pereira Gomes
[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]

CIRCULO 28 — LISBOA OCCIDENTAL

ASSEMBLEIAS	Lista catholica	Democraticos Joaquim Ribeiro Gonçalves	Democraticos Ricardo Ribeiro Pinto	Democraticos Joaquim Pereira Gomes	Democraticos Joaquim Pereira Gomes	Democraticos Joaquim Pereira Gomes
[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]

COISAS ESPANTOSAS!

COMO O SOL BAILOU AO MEIO DIA EM FÁTIMA

As aparições da Virgem — Em que consistiu o sinal do céo — Muitos milhares de pessoas afirmam ter-se produzido um milagre — A guerra e a paz

La primera página del periódico anticlerical O Seculo, uno de los periódicos principales de Portugal, informa con gran detalle acerca del Milagro del Sol.

porque nadie la reconocería por ese apodo. El superior también la advirtió sobre los entredichos del Obispo de nunca revelar quién era y de no hablar de Fátima. Lucía ofrecería alegremente este sacrificio a Nuestra Señora.

Las niñas en la escuela comenzaron rápidamente a amar a Lucía. Se sentían atraídas hacia ella del mismo modo que las muchas niñas de Fátima que acostumbraban a reunirse en su casa alrededor de ella. Y aunque nunca hablaba de Fátima, les hablaba frecuentemente sobre Nuestra Señora, de cuán hermosa y bondadosa era y de lo que todas deberían de hacer para agradarla. Inspiraba en todas ellas un amor fervoroso para con María Santísima. Y cuando su plan de estudios terminó, pidió permiso para ingresar en la Orden de las buenas hermanas que la habían cuidado, las Hermanas de Santa Dorotea. Eran felices de acoger en su convento de monjas a esta niña tan santa y dulce.

En el convento, Nuestra Señora no dejó a Lucía sola. Vino a visitarla varias veces. En la Cova da Iría, Nuestra Señora le había comunicado a Lucía ya el dolor amargo de su Corazón a causa de la ingratitud y pecados de la humanidad. Había pedido que el Primer Sábado de cada mes fuese apartado por todos los fieles como un día de reparación a Su Inmaculado Corazón. Nuestra Señora se apareció a Lucía el 10 de diciembre de 1925 en su celda en el convento. El Niño Jesús estaba al lado de Nuestra Señora, suspenso en una nube luminosa. La Santísima Virgen poniéndole una mano en el hombro de Lucía, le mostró al mismo tiempo un Corazón que tenía en la otra mano, cercado de espinas. (Vea la pintura de esta aparición dentro de la portada). El Niño Jesús habló primero a Lucía:

"Ten compasión del Corazón de Tu Santísima Madre que está cubierto de espinas que los hombres ingratos continuamente le clavan sin haber quien haga un acto de reparación para arrancárselas".

Luego la Santísima Virgen le dijo a Sor Lucía: "Mira, hija Mía, Mi Corazón, cercado de espinas que los hombres ingratos me clavan continuamente con blasfemias e ingratitudes. Tú, al menos, procura consolarme y di que todos aquellos que durante cinco meses (consecutivos), en el Primer Sábado, se confiesen, reciban la Santa Comunión, recen la tercera parte del Rosario y Me hagan 15 minutos de compañía, meditando en los 15 misterios del Rosario, con el fin de desagraviarme, Yo prometo asistirles en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para la salvación de sus almas".

Lucía nunca podía olvidarse de esta visión del Corazón sangrante de María. Informó a ambos su confesor y superiora sobre la aparición, pero se sintieron ellos incapaces de difundir la devoción. Pasaron dos meses y el 15 de febrero de 1926, el Niño Jesús se apareció otra vez a Lucía para preguntar si ella había difundido la devoción reparadora al Inmaculado Corazón de Su Madre. Lucía le dijo que su confesor había planteado varias dificultades, y aunque la Madre Superiora ardientemente deseaba propagar la devoción, su confesor también le advirtió que nada podría por sí sola.

"Es verdad que la Madre Superiora sola no puede hacer nada, pero con Mi gracia, puede hacer todo", respondió Nuestro Señor.

Lucía hizo su parte, en el entretanto, para dar a conocer la devoción escribiendo a su propia madre, e instándola a hacerse un apóstol en la cruzada de reparación:

Lucía se muestra en esta foto que se sacó poco tiempo antes de su salida de Fátima para asistir a la escuela conventual en Vilar de Porto, el 17 de junio de 1921. No volvió nunca a Fátima para vivir allí. Volvió por primera vez en mayo de 1946 para pasar algunos pocos días allí.

"Mi querida madre", su carta empezaba, "Como sé que al recibir carta mía recibe al mismo tiempo un consuelo, decidí escribir ésta para animarla a ofrecer a Dios el sacrificio de mi ausencia. Verdaderamente comprendo que sienta tanto esta separación, pero crea que, si nosotros no nos separamos voluntariamente, Él se encargaría de hacerlo. Si no veamos: Tío Manuel no quería dejar salir de casa a sus hijos, y Dios, cómo se los llevó.

"Por eso, yo quería que mi madre ofreciese con generosidad a la Santísima Virgen ese acto de reparación por las ofensas que recibe de sus hijos ingratos. Quería también que me diese Vd. el consuelo de abrazar una devoción que sé que le gusta al Señor y que fue nuestra querida Madre del Cielo quien la pidió.

"En cuanto la conocí deseé hacerla mía y trabajar para que todos los demás la aceptasen. Espero, por lo tanto, que Vd. me contestará diciendo que la aceptó y que va a procurar trabajar para que todas las personas que ahí van la abracen también. Nunca podría darme mayor consuelo que este. Solamente consiste en hacer lo que va escrito en esa estampa. La confesión puede ser otro día; los 15 minutos es lo que puede parecerle más difícil. Pero es muy fácil. ¿Quién no puede pensar en los misterios del rosario? En la Anunciación del Ángel y en la humildad de nuestra Señora que al verse tan exaltada se llama a sí misma esclava. En la pasión de Jesús que tanto sufrió por nuestro amor. En nuestra Madre Santísima junto a Jesús en el Calvario. ¿Quién no puede con estos santos pensamientos, pasar 15 minutos con la más tierna de las Madres?

"Adiós, mi querida madre. Consuele así a nuestra Madre del cielo y procure que muchos otros la consuelen también. De esta manera me dará a mí una incalculable alegría. Su hija que le quiere y besa su mano".

María Lucía de Jesús

Cuando ella describió la devoción a un cierto sacerdote, él respondió que Nuestra Señora había empleado más o menos las mismas palabras que Nuestro Señor usaba cuando hizo sus promesas a Santa Margarita María acerca de los Nueve Primeros Viernes. Lucía apenas sonrió, diciendo, ¿"Puedo yo decir a la Santísima Virgen cómo expresarse"?

A Lucía no se le había concedido aún permiso de revelar todo lo que Nuestra Señora le había dicho en la Cova da Iría. Sin embargo, tuvo permiso de revelar la necesidad de reparación y la devoción de los Primeros Sábados. Fue en 1927, mientras estaba rezando en la capilla conventual de Tuy España, donde estaba destinada, que recibió permiso del

Cielo de revelar las primeras dos partes del Secreto: la visión del Infierno y la urgente necesidad de devoción al Inmaculado Corazón de María. "Habéis visto el infierno, a dónde van las almas de los pobres pecadores; para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón…vendré a pedir la consagración de Rusia a Mi Inmaculado Corazón". [1]

Lucía informó a sus confesores, a su madre Provincial, al Obispo de Leiria y al Reverendo José Galamba. (La tercera parte del Secreto revelada a los tres pastorcitos en la Cova da Iría el 13 de julio de 1917, fue puesto por escrito por Sor Lucía el 9 de enero de 1944.)[2]

Dos años más tarde, en 1929, Nuestra Señora se apareció otra vez a Lucía mientras rezaba en la capilla en Tuy. Fue el momento escogido por Nuestra Señora de pedir el cumplimiento de su petición anterior: "vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón…Si atendieran mis peticiones, Rusia se convertirá y habrá paz". Nuestra Señora explicó que esta consagración tiene que ser hecha por el Santo Padre en unión con todos los obispos del mundo.

Lucía dio a conocer esta petición a sus confesores. Uno de ellos, el P. Francisco Rodrigues, S.J. le instruyó ponerlo por escrito. Mostró esta carta al Obispo y le dio todos los detalles. El Padre Rodrigues también lo trajo a la atención del Santo Padre. Dos años pasaron y nada se realizó.

En el verano de 1931, Sor Lucía fue mandada por su superiora religiosa a Rianjo, una aldea marítima en España. Mientras allá, en la capilla de Nuestra Señora de Guadalupe ella rezó por la conversión de Rusia, España y Portugal. Sor Lucía describió en una carta a su obispo lo que sucedió. A finales de agosto de 1931 escribió:

> "Señor Obispo: mi confesor me manda que participe a V. Ex.cia lo que hace poco pasó entre mí y Nuestro Buen Dios: pidiendo a Dios la conversión de Rusia, de España y Portugal, me pareció que su Divina Majestad me dijo: 'me consuelas mucho pidiéndome la conversión de esas pobres naciones. Pide también a mi Madre, diciendo muchas veces: Dulce Corazón de María, sed la salvación de Rusia, de España y de Portugal, de Europa y del mundo entero. Y otras veces: por vuestra pura e Inmaculada Concepción, oh María, alcanzadme la conversión de Rusia, de España, de Portugal, de Europa y del mundo entero'.
>
> ***"'Participa a mis ministros que, en vista de seguir el ejemplo del Rey de Francia,[3] en la dilación de la ejecución de mi petición, también lo han de seguir en la aflicción. Nunca será tarde para recurrir a Jesús y a María'".[4]***

Pasaron años. El Papa rogaba por la paz. Luego, en marzo de 1938, Alemania invadió Austria y se preparaba para la Segunda Guerra Mundial, que estalló en septiembre de 1939, seis meses después del fallecimiento de Pío XI.

El Padre Jongen preguntó a Lucía si Nuestra Señora había mencionado el nombre del Papa:

---

1 Desde el tiempo en que este libro fue publicado por primera vez en 1947, investigación importante se ha hecho por una variedad de eruditos de Fátima, en especial por el Padre Joaquín María Alonso, el investigador de Fátima más conocedor que tuvo acceso directo a Sor Lucía para resolver cualesquier pretendidas contradicciones. Por el bien de la claridad y precisión, algunos detalles del libro del Padre de Marchi han sido redactados a partir del fin del próximo párrafo de este capítulo.

2 De acuerdo con instrucciones dadas por Nuestra Señora en una visión el 2 de enero de 1944, Lucía lo puso a papel. Se selló y por orden del Obispo de Leiria fue colocado en sus archivos diocesanos. Permaneció allá hasta inicios de 1957 cuando fue encomendado al Vaticano.

3 Los Reyes de Francia durante 100 años no obedecieron el mandato dado por Jesús en 1689 de consagrar Francia al Sagrado Corazón, y a consecuencia de eso el Rey de Francia y sus ministros fueron asesinados por los Revolucionarios franceses y el Reino de Terror entre 1789 y 1794.

4 Citado textualmente del Rvdo. Dr. Joaquín María Alonso C.M.F., Fátima ante la Esfinge, Graf. Dehon- Conmar, 23-25, Torrejón de Ardoz, 1979, pág. 97

¿"Pronunció Nuestra Señora, de hecho, el nombre de Pío XI"?

"Sí. No sabíamos, entonces, si era un Papa o un rey, pero Nuestra Señora habló de Pío XI".

¡"Pero la guerra no comenzó en el tiempo de Pío XI"!

"La anexión de Austria fue el pretexto para ella. Cuando se concluyó el cardo de Múnich, las hermanas se llenaron de júbilo, porque la paz estaba salvada. ¡Yo sabía más que ellas, tristemente"!

Fue "la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes…" – Lucía explicó así las luces extraordinarias que aparecieron en los cielos del mundo en 1938.

"Dios manifestó esa señal… – continuó ella – Dios se sirvió de eso para hacerme comprender que su justicia estaba presta a descargar el golpe sobre las naciones culpables…"

Muchos peregrinos en Fátima andan de rodillas el camino penitencial. Lo hacen en imitación de la penitencia que Lucía y todas sus hermanas ofrecieron a Nuestra Señora de Fátima en acción de gracias por la curación de su madre.

Pero el sacerdote replicó: "Los astrónomos dicen que fue una simple aurora boreal. ¿Por qué escribió en uno de sus relatos?: 'No sé. Pero me parece a mí que, si lo examinaran bien, verían que no fue ni podría ser, por la forma en que se presentó, tal aurora. Pero sea lo que sea.' ¿Por qué dijo esto"?

"Juzgo que es así".[5]

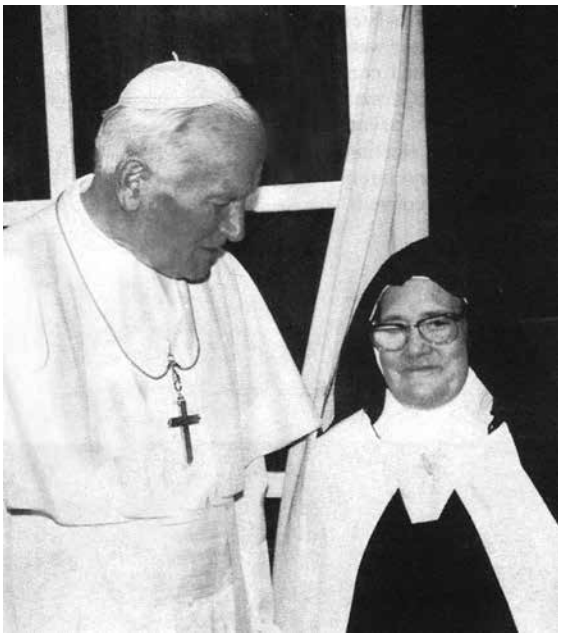
Mientras tanto la II Guerra Mundial estalló a través de Europa amenazando sumergir a todo el mundo en la guerra.

En 1940, Lucía escribió otra vez al Obispo de Leiria expresando su pesar porque la consagración aún no se había llevado a cabo. "Si el mundo conociese el momento de la gracia que le es concedido, e hiciese penitencia". Después de eso, escribió directamente al Papa Pio XII por orden de sus directores espirituales. Lucía esta vez escribió lo

5 Sebastião Martins dos Reis, A Vidente de Fátima Dialoga e responde pelas Aparições, Tipografia Editorial Franciscana, Braga, 1970, págs.71-72 Los científicos lo llamaron una aurora boreal porque no tenían otras palabras para describirlo, y por eso es que Lucía dijo que tuviesen que investigarlo más. Astrónomos y escépticos lo descartaron como una mera aurora boreal, aunque su carácter era notablemente sin precedentes.

Como se explica en el libro, The Secrets of Fatima: Esta aurora apareció tan al sur como en Galicia, España, donde Sor Lucía estaba entonces claustrada, y ella, la única sobreviviente de los tres pastorcitos de Fátima, lo reconoció inmediatamente como la señal. Visible hasta a Pio XI en Roma, la aurora boreal sin precedentes fue acompañada por un sonido 'crepitante', posiblemente atribuible a descargas de energía atmosférica. Con efecto, en muchas partes de Europa, el pánico estalló; porque la gente concluyó que el mundo estuviese en llamas y que el Fin había llegado."

The New York Times el 26 de enero de 1938, publicó lo siguiente: "Londres, el 25 de enero de 1938. La Aurora Boreal raramente vista en Europa meridional u occidental difundió susto en partes de Portugal y en el sur de Austria anoche y provocó miles de británicos a correr a las calles en admiración. El brillo rubicundo llevó mucha gente a pensar que la mitad de la ciudad estaba en llamas. El cuerpo de bomberos de Windsor fue llamado a responder porque se pensó que el Castillo de Windsor estuviese ardiente. Las luces fueron claramente visibles en Italia, España y hasta en Gibraltar. El brillo que bañaba las cumbres de montañas cubiertas de nieve en Austria y Suiza era una visión hermosa, pero bomberos se desplegaron para ahuyentar fuegos inexistentes. Aldeanos portugueses se precipitaron de sus casas temiendo el fin del mundo". Finalmente: sucedió precisamente esa misma noche un acontecimiento en Rusia que era directamente responsable para el inicio de la II Guerra Mundial y está detallado aquí: http://www.fatima.org/span/essentials/whatucando/sp_prophecyourtime.pdf



El 13 de mayo de 1982, 1991 y 2000, Sor Lucía se reunió en Fátima con Papa Juan Pablo II.

que su director le había instruido. Pidió la consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María con una mención especial de Rusia.

El Papa deliberó larga y piadosamente esta petición. En 1942, ambos el clero y el pueblo de Portugal celebraron el aniversario de plata de las apariciones de Fátima. El último día de octubre del mismo año, los obispos se reunieron en la Catedral de Lisboa para juntarse con el Santo Padre.

Ese día, el Papa consagró la Iglesia y el mundo al Inmaculado Corazón de María, haciendo referencia oblicuamente al pueblo de Rusia (pero no al país por nombre) con estas palabras. "Extended vuestra protección…a los pueblos que por el error o por la discordia están separados, a saber, a aquellos que profesan por Vosotros singular devoción, donde no había casa que no ostentase vuestro venerable ícono (hoy tal vez escondido y reservado para mejores días), dadles la paz y reconducidlos al único aprisco de Cristo, bajo el único y verdadero Pastor..."[6]

Seis semanas después, en la Basílica de San Pedro en Roma, durante la Fiesta de la Inmaculada Concepción y en presencia de 40.000 peregrinos, el Santo Padre repitió la consagración. Era un suceso decisivo en la historia del mundo, y ocasionó un pronto cese de la II Guerra Mundial. Sin embargo, no era la consagración que Nuestra Señora había pedido, y por eso no resultó en la conversión de Rusia ni la paz duradera que Ella nos prometió.

En la primavera de 1943, Nuestro Santísimo Señor se apareció a Lucía para expresar la alegría de Su Corazón por la consagración. Lucía lo cuenta en su carta al Obispo de Gurza, su director espiritual. En eso comenzamos a darnos cuenta que esta consagración ocasionó un cambio en el transcurso de la historia. La II Guerra Mundial, que había amenazado continuar sin fin su destrucción masiva e inhumana, acabaría dentro de poco.

"Excelencia", Lucía escribió, "Dios quiere que todos oigan su voz. Desea que los de España se reúnan en retiro y determinen una reforma en el pueblo, en el clero y en las órdenes religiosas. Porque algunos conventos y muchos miembros de otros… ¿Entiende? Desea que se haga comprender a las almas que la verdadera penitencia que Él ahora quiere y exige, consiste, sobre todo, en el sacrificio que cada uno tiene que imponerse para cumplir con los propios deberes religiosos y de orden temporal. Promete el próximo fin de la guerra, en atención al acto que se dignó hacer Su Santidad. Pero como fue incompleto, queda la conversión de Rusia para más adelante. Si los señores obispos de España no atienden a sus deseos, ella (Rusia) será una vez más, el azote con que Dios

6 DISCORSI E RADIOMESSAGGI DI SUA SANTITÀ PIO XII, vol. IV, Quarto Anno di Pontificado, 2 Marzo 1942 – 1º Marzo 1943, Tipografia Poliglotta Vaticana, pág. 261. Cf. P. António Maria Martins, *Fátima e o Coração de Maria,* Editorial Francisca, Braga, 1985, pág. 91

los castigue."[7]

Nuestro Señor dijo también a Sor Lucía que "mientras la presente aflicción (es decir, la II Guerra Mundial) sería abreviada" por la consagración del mundo, la paz mundial no se concederá sin la explicita Consagración de Rusia hecha por el Papa y los obispos. Lucía reiteraría esta parte vital del Mensaje de Fátima durante los siguientes cuatro décadas. (Ver Apéndice II).

El edificio pequeño en la esquina inferior derecha, la capillita, se ha construido sobre el sitio preciso de las apariciones.

El Padre Jongen, un sacerdote holandés, visitó a Sor Lucía en 1942, y le entrevistó en tres ocasiones distintas. Hablando de la carta que escribió al Papa Pio XII, Lucía señaló: "En la carta que por orden de mis directores espirituales escribí al Santo Padre, en 1940, expuse la petición exacta de Nuestra Señora, y pedí la consagración del mundo, con mención especial de Rusia. La petición exacta de Nuestra Señora era que el Santo Padre hiciese la consagración de Rusia a Su Inmaculado Corazón, ordenando que, al mismo tiempo, y en unión con Su Santidad, la hiciesen todos los Obispos del mundo católico".[8]

El 15 de julio de 1946, el eminente autor e historiador William Thomas Walsh entrevistó a Sor Lucía. En su obra extensivamente diseminada Our Lady of Fatima, escribió: "Lucía dijo claramente que Nuestra Señora no pidió la consagración del mundo a Su Inmaculado Corazón. Lo que Ella pidió específicamente fue la consagración de Rusia....

"Ella dijo más de una vez, y con deliberado énfasis: 'lo que Nuestra Señora quiere es que el Papa y todos los obispos del mundo consagren Rusia a Su Inmaculado Corazón en un día especial. Si esto se hace, Ella convertirá a Rusia y habrá paz. Si esto no se hace, los errores de Rusia se propagarán a todos los países del mundo'".[9]

Tres años después, el Padre Thomas McGlynn, un fraile dominicano de Nueva York, habló con Lucía. Le citó el texto de las dos primeras partes del Secreto de Fátima. Cuando leía que Nuestra Señora había dicho: "Vendré a pedir la consagración del mundo…" Lucía le paró. En su libro Vision of Fatima, él relata que la Hermana Lucía fue enfática al corregir 'consagración del mundo' para leer 'consagración de Rusia'. ¡"No"!, dijo la Hermana Lucía. ¡"No el Mundo! ¡Rusia, Rusia"! Nuestra Señora pidió que el Santo Padre consagrase a Rusia a Su Inmaculado Corazón y que mandase a todos los obispos hacerla en unión con él al mismo tiempo.

---

7 Carta de Sor Lucía al Obispo de Gurza, el 4 de mayo de 1943, António Maria Martins, S.J., *Documentos de Fátima,* Simão Guimarães, Filhos, Lda., Porto, 1976, págs. 446-447

8 Sebastião Martins dos Reis, *A Vidente de Fátima Dialoga e responde pelas Aparições*, Tipografia Editorial Franciscana, Braga, 1970, p.76

9 Ver estas y otras citas importantes de Sor Lucía en el folleto "Lo que Nuestra Señora quiere es la Consagración de Rusia" que se halla en http://www.fatima.org/span/exclusives/LF173S.pdf

Este hecho se confirmó otra vez en una revelación de Nuestra Señora a Sor Lucía que se relata en Il Pellegrinaggio Della Meraviglie. Nuestra Señora se apareció a Sor Lucía en mayo de 1952 y le dijo:

> **"Haz saber al Santo Padre que siempre estoy esperando la Consagración de Rusia a Mi Inmaculado Corazón. Sin esa Consagración, Rusia no podrá convertirse, ni el mundo tendrá paz."**[10]

Esta consagración es un elemento de importancia crucial del Mensaje de Fátima, junto con el llamado de penitencia. Acerca de este tema, Sor Lucía escribió: "El buen Dios se está dejando aplacar, pero Se queja amarga y dolorosamente del número limitadísimo de almas en gracia dispuestas a renunciarse en cuanto a lo que de ellas exige la observancia de Su ley".

Sor Lucía también escribió sobre este asunto al Obispo de Gurza durante la Cuaresma de 1943:

> "Ésta es la penitencia que el buen Dios ahora pide: El sacrificio que cada persona tiene que imponerse a sí misma para llevar una vida de justicia en la observancia de Su ley. Y desea (que) se haga conocer con claridad este camino a las almas; que muchas, juzgando el sentido de la palabra 'penitencia' de las grandes austeridades, no sintiendo fuerzas ni generosidad para ellas, se desaniman y descansan en una vida de tibieza y pecado.
>
> "De jueves a viernes, estando en la capilla, con permiso de mis superiores, a las 12 de la noche Nuestro Señor me decía: *'El sacrificio que de cada uno exige el cumplimiento del propio deber y la observancia de Mi ley, es la penitencia que ahora pido y exijo'".*[11]

Nuestro Señor ha dicho que el acto del Santo Padre era incompleto. No puede completarse hasta que más individuos, casas, diócesis y países se consagraren al Inmaculado Corazón de María. Tal como el Obispo de Leiria había escrito, "Al pedido de los obispos de Portugal y de Sor Lucía misma, el Santo Padre, en el transcurso de su mensaje famoso a Portugal al cierre del Jubileo de Fátima el 31 de octubre de 1942, celebró la consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María, una consagración que todos nosotros deberíamos repetir tanto oficial como personalmente".

La consagración personal tiene cuatro elementos esenciales: la gracia, la penitencia, el Rosario y la reparación. "Nuestro Señor Se queja amarga y dolorosamente del número limitadísimo de almas en gracia dispuestas a renunciarse en lo que en cuanto de ellas exige la observancia de Su ley".

Nuestra Señora vino para traer la paz al mundo y el fundamento de la paz es la preservación de la gracia. Las guerras son apenas castigos por los pecados del mundo. Sólo la gracia torna la humanidad agradable a Dios. Es sólo cuando la gracia ilumina el alma de alguien cuando hay paz entre Dios y esa persona. Y es cuando la paz reinará entre Dios y una cantidad suficiente de personas, que María Santísima recompensará el mundo con el don de la paz.

Para perseverar en esta paz y la gracia de Dios, no todos los hombres necesitan sacrificarse tan heroicamente como hicieron los pastorcitos de Fátima; pero todos los hombres deberían cumplir sus deberes de vida cotidianos. Y porque estos deberes son a menudo difíciles y gravosos, se convierten en obras de penitencia y sacrificio. "El sacrificio que de cada uno exige el cumplimiento del propio deber y la observancia de Mi

---

10 *Il Pellegrinaggio delle Meraviglie,* Graphica Presbyterium, Roma, 1960, Imprimatur: Bononiae, 1 de mayo de 1960, Jacobus Card. Lercaro Archiep. La cita italiana original es así: **V APPARIZIONE: MAGGIO 1952** La Madonna apparve a Lucia: "Fai sapere al Santo Padre che io aspetto sempre la consacrazione della Russia al Mio Cuore Immacolato. Senza questa consacrazione, la Russia non potrà convertirsi, nè il mondo avere pace".

11 carta de 28/2/1943, António Maria Martins, S.J., Fátima e o Coração de Maria, Editorial Franciscana, Braga, 1985, , p. 105

ley, es la penitencia que ahora pido y exijo". En el Evangelio, Nuestro Señor la llama "la cruz diaria" del alma fiel. "Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese a sí mismo, y lleve su cruz cada día, y sígame". (Lc. 9:23)

Un elemento esencial de la vida de Cristo era un amor profundo para con Su Madre, María Santísima. Por eso el verdadero discípulo de Cristo debería compartir con Él ese amor para Ella y evidenciarlo en su vida de día a día por la recitación del Rosario.

El alma fiel que con sinceridad reza sus cuentas, es agradable a Dios y atrae hacia sí mismo la gracia de Dios. Además de eso, el Rosario da a la Santísima Virgen nuevo poder para aplastar la cabeza de la Serpiente y destruir su poder maligno en el mundo.

Las comuniones reparadoras también son necesitadas para cumplir la consagración personal a Nuestra Señora. No ha sido por casualidad que Nuestro Señor pidió las Comuniones reparadoras de los Primeros Sábados con casi las mismas palabras que comunicó a Santa Margarita María la devoción de los Primeros Viernes. Quiere que esta devoción al Inmaculado Corazón de María se dé conocer y se difunda a lo largo y ancho del mundo y que llegue a ser una práctica común, así como los Primeros Viernes.

La familia de Lucía después del fallecimiento de su padre, Antonio, en 1919. Su madre, María Rosa, está sentada y Lucía está a su lado. La cara de su madre muestra los efectos de la enfermedad que casi ocasionó su muerte. Atrás de izquierda a derecha está el hermano de Lucía, Manuel, y sus hermanas María (sosteniendo a su hija Gloria Lucía), Carolina y Gloria.

Apéndice I Los Cinco Primeros Sábados de reparación

Han pasado más que 60 años desde que el Padre de Marchi escribió este hermoso libro, pero las peticiones de Nuestra Señora de Fátima por la Comunión Reparadora de los Primeros Sábados aún no son bien conocidas. He aquí algunos detalles más y reflexiones sobre esta petición.

En 13 de julio de 1917, Nuestra Señora prometió en Fátima, "vendré a pedir… La Comunión reparadora de los Primeros Sábados".

La promesa se cumplió en diciembre de 1925, cuando Sor Lucía era una Hermana Dorotea en el convento en Pontevedra.

Hablando de sí mismo en la tercera persona, Lucía narra lo que sucedió:

> "El 10 de diciembre de 1925 la Santísima Virgen se le apareció a ella [a Sor Lucia], y al lado, suspenso en una nube luminosa, un Niño. La Santísima Virgen poniéndole una mano en el hombro de ella, le mostró al mismo tiempo un Corazón que tenía en la otra mano, cercado de espinas. Al mismo tiempo, dijo el Niño:
>
> "'Ten compasión del Corazón de tu Santísima Madre que está cubierto de espinas que los hombres ingratos continuamente le clavan sin haber quien haga un acto de reparación para arrancárselas'.
>
> "Luego la Santísima Virgen le dijo:
>
> "'Mira, hija Mía, Mi Corazón, cercado de espinas que los hombres ingratos me clavan continuamente con blasfemias e ingratitudes. Tú, al menos, procura consolarme y di que todos aquellos que durante cinco meses (consecutivos), en el Primer Sábado, se confiesen, reciban la Santa Comunión, recen la tercera parte del Rosario y Me hagan 15 minutos de compañía, meditando en los 15 misterios del Rosario, con el fin de desagraviarme, Yo prometo asistirles en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para la salvación de sus almas'".

Lucía informó a la Madre Superiora y a su confesor sobre esta aparición inmediatamente después. Parece que, a pesar de los esfuerzos de Lucía, no mucho progreso se había hecho en convencer a sus superiores de la necesidad de propagar la devoción.

Nuestro Señor obviamente había previsto la dificultad, y cierto día en el otoño de 1925, Lucía tuvo un encuentro extraordinario con un niño. Lo comunica en el modo siguiente:

> "Me había encontrado a un niño; le había preguntado si sabía la Avemaría; me respondió que sí; le dije que la dijese para oírla yo. Mas, como no se resolvía a decirla sólo, la dije yo con él tres veces. Al fin de las tres Avemarías, le pedí que la dijese sólo; pero se calló y no pudo decirla sólo; Le pregunté si sabía cuál era la Iglesia de Santa María; me respondió que sí; le dije que fuese allí todos los días y que dijese así: ¡'Oh Madre mía del cielo, dadme a vuestro Niño Jesús'! Le enseñé esto y entré en casa.
>
> Lucía sigue explicando que el niño regresó algunos meses más tarde:
>
> "El día 15 de febrero de 1926, volviendo yo allí como de costumbre, (para arrojar un cubo de basura fuera de la propiedad) encontré a un niño que me pareció ser el mismo; y le pregunté entonces: ¿'Has pedido el Niño Jesús a la Madre del Cielo'? El niño se vuelve hacia mí y dice: ***¿'Y tú has propagado por el mundo aquello que la Madre del cielo te pedía'?*** Diciendo esto, se transforma en un niño resplandeciente.
>
> "Conociendo entonces que era Jesús, dije:
>
> "'Jesús mío, Vos sabéis bien lo que mi confesor me dijo en la carta que os leí; me decía que era necesario que aquella visión se repitiese; que hubiese hechos para

que fuese creíble; y que la Madre Superiora sola, para propagar ese hecho, nada podía'.

'"Es verdad que la Madre Superiora sola nada puede, pero con mi gracia lo puede hacer todo. Y basta que tu confesor te lo permita, y que tu Superiora lo diga para que se crea, aunque sin saber a quién fue revelado'.

'"Pero mi confesor decía en la carta que esta devoción no hacía falta en el mundo, porque ya había muchas almas que comulgan los primeros sábados del mes en honor de Nuestra Señora y de los quince misterios del Rosario'.

'"Es cierto, hija mía, que muchas almas los comienzan, pero pocas los acaban; y las que los terminan, es con el fin de recibir las gracias que a eso están prometidas; pero me agradan más las que hagan los cinco Primeros Sábados con fervor y con el fin de desagraviar el Corazón de tu Madre del Cielo, a aquellas que hagan los quince tibios e indiferentes'.

'"Jesús mío, muchas almas tienen dificultad de confesarse el sábado. ¿Si Tú permitieras que la confesión en el espacio de ocho días fuese valida'?

'"Sí, puede ser, y hasta de más días, con tal de que estén en estado de gracia el primer sábado cuando comulgan y que tengan la intención de hacer reparación al Corazón Inmaculado de María'.

¡'"Jesús mío! ¿Y los que se olviden de poner esta intención'?

'"Pueden ponerla en la confesión siguiente, aprovechando la primera ocasión que tengan para confesarse'.

"Después de eso desapareció, sin que haya sabido nada más hasta hoy, de los deseos del Cielo".

Más tarde cuando Lucía estaba en el convento en Tuy, su confesor, el Padre José Bernardo Gonçalves, S.J., le había hecho una serie de preguntas por escrito sobre el motivo de la devoción a los Cinco Primeros Sábados. ¿Por qué han de ser cinco sábados, y no nueve o quince, como estas devociones que ya existían? Después de cumplir una hora santa delante del Santísimo Sacramento un jueves al atardecer, Lucía le contestó:

"Cuando estaba en la capilla con Nuestro Señor en la noche del 29 al 30 de este mes de mayo de 1930 y hablándole de las dos preguntas, cuatro y cinco, me sentí de repente poseída más íntimamente por su divina presencia, y, si no me engaño, me reveló lo siguiente:

'"Hija mía, el motivo (de los Cinco Primeros Sábados) es sencillo. Cinco son las clases de ofensas y blasfemias proferidas contra el Inmaculado Corazón de María:

1. Las blasfemias contra la Inmaculada Concepción.

2. Las blasfemias contra su virginidad perpetua.

3. Las blasfemias contra la Maternidad Divina, rehusando al mismo tiempo reconocerla como la Madre de los hombres.

4. Las blasfemias de aquellos que públicamente buscan sembrar en el corazón de los niños la indiferencia, el desprecio y hasta el odio para con esta Inmaculada Madre.

5. Los ultrajes dirigidos a Ella en sus sagradas imágenes.

'"He aquí, hija mía, por qué el Inmaculado Corazón de María movió mi misericordia a pedir esta pequeña reparación y, en atención a ella, a conceder el perdón a las almas que tuvieran la desgracia de ofender a mi Madre. En cuanto a ti, procura incesantemente con tus oraciones y sacrificios moverme a la misericordia para con esas pobres almas'".

El Padre Joaquín Alonso, el archivista oficial en Fátima a lo largo de 16 años hasta su muerte en 1981, proporcionaba un comentario fascinante sobre los cinco motivos para

los Cinco Primeros Sábados y como relatan directamente al presente.

Primera blasfemia: Contra la Inmaculada Concepción. El Padre Alonso pregunta: ¿Quiénes son aquellos que pueden cometer esta ofensa contra el Corazón Inmaculado de María? La respuesta no deja lugar a duda: "en primer lugar y en general, las sectas protestantes que rehúsan recibir el dogma definido por el Papa Pío IX y que han continuado sosteniendo que la Santísima Virgen fue concebida con la mancha del pecado original y de pecados personales. Lo mismo podría decirse de los cristianos orientales (disidentes), puesto que, a pesar de su gran devoción Mariana, ellos también rehúsan este dogma".

La segunda blasfemia: Contra la Virginidad perpetua de María. Aunque los ortodoxos la admiten, la mayoría de los protestantes también rechazan la virginidad perfecta y perpetua de María "antes, durante y después de dar la luz".

La tercera blasfemia: Contra la Maternidad Divina, rehusando al mismo tiempo reconocerla como la Madre de los hombres. Aunque los ortodoxos teóricamente aceptan la maternidad divina de María definida en el concilio de Éfeso, se niegan a reconocerla como la Madre de los hombres en el sentido católico, que implica su papel como Corredentora y Mediadora de Todas las Gracias.

La cuarta blasfemia: De los que públicamente buscan sembrar en el corazón de los niños la indiferencia, el desprecio y hasta el odio para con esta Inmaculada Madre; Por lo tanto esta cuarta blasfemia se refiere a la perversión de los niños por los enemigos de Nuestra Señora.

La quinta blasfemia: De los que La ultrajan directamente en Sus sagradas imágenes. Estos dos últimos pecados son sólo la consecuencia lógica de los tres primeros, y frecuentemente van unidos a aquellos. El desprecio contra la Inmaculada Virgen y el desacato de sus santas imágenes provenientes del protestantismo son pasados a los niños de aquellos en estas falsas religiones.

Tristemente, hoy esta ignorancia y frialdad no aplica apenas a acatólicos. Desde la época del Concilio Vaticano II, demasiado católicos – incluso un número sobrecogedor de clérigos y religiosos – han hecho caso omiso a estas grandes verdades marianas reiteradas por Dios Todopoderoso.

El Padre Richard, un promotor del Mensaje de Fátima en Francia, había comentado sobre este tema: ¿"Quién pudo haberse imaginado hace 50 años que estas cinco grandes ofensas contra María se extenderían dentro del clero de la Iglesia católica Misma, y que un gran número de niños bautizados y catequizados en nuestras parroquias no sabrían ya rezar la 'Ave María'"? El Padre Alonso se vio obligado a hacer observaciones parecidas.

Claramente los Cinco Primeros Sábados de Reparación es una devoción para nuestros tiempos, y es necesitada ahora más que nunca, especialmente porque Lucía misma nos recuerda que sin reparación, muchas almas se perderán.

Este hecho solemne ha sido enfatizado por Sor Lucía en marzo de 1929 cuando escribió al Padre Aparicio:

> "No imagina Rvdo. Padre cuán grande es mi alegría en pensar en el consuelo que con esta devoción van a recibir los Sagrados Corazones de Jesús (y de María) así como el tener presente un número inmenso de almas, que por medio de esta amable devoción se van a salvar.
>
> "Digo que se van a salvar, porque aún no hace mucho tiempo que nuestro buen Dios en Su infinita misericordia me había pedido que procurase con los sacrificios y oraciones reparar sobre todo a este Inmaculado Corazón, y suplicar por las almas que contra Él blasfeman, el perdón y misericordia, pues que a estas almas Su

Divina misericordia no perdona sin reparación…"[1]

"Esta es mi manera de hacer las meditaciones"

Somos afortunados en tener para nuestra instrucción una explicación de cómo Sor Lucía misma hizo los Cinco Primeros Sábados.

Hay que recordar que un aspecto central de esta devoción es "hacer a la Santísima Virgen 15 minutos de compañía". No es necesario meditar en todos los quince misterios del Rosario durante cada período de quince minutos, sino que puede escogerse uno o dos de los misterios. Sor Lucía escribió lo siguiente en una carta publicada por el Padre Martins:

> "Esta es mi manera de hacer las meditaciones sobre los misterios del Rosario los primeros sábados: Primer misterio, la Anunciación del Ángel Gabriel a Nuestra Señora. Primer preludio: me imagino viendo y escuchando al Ángel saludar a Nuestra Señora con estas palabras:
>
> "Dios te salve, María, llena eres de gracia'. Segundo preludio: Le pido a Nuestra Señora infundir dentro de mi alma un sentimiento profundo de humildad.
>
> "Primer punto: meditaré sobre la manera como el Cielo proclama que la Santísima Virgen está llena de gracia, es bendita entre todas las mujeres y está destinada para ser la Madre de Dios.
>
> "Segundo punto: la humildad de Nuestra Señora, reconociéndose y declarándose como la esclava del Señor.
>
> "Tercer punto: como debo imitar a Nuestra Señora, en su humildad; cuáles son los defectos de orgullo y arrogancia a través de los cuales más frecuentemente ofendo al Señor, y los medios que debo emplear para evitarlos, etc.
>
> "El segundo mes, hago la meditación sobre el segundo misterio gozoso. El tercer mes, la hago sobre el tercer misterio gozoso, y así en adelante, siguiendo el mismo método de meditación. Cuando he terminado los Cinco Primeros Sábados, empiezo otros cinco y medito sobre los misterios dolorosos, luego sobre los gloriosos, y cuando los acabo empiezo otra vez con los gozosos". [2]

Sor Lucía nos ha dado un ejemplo. Nos cuenta sobre la gran necesidad de reparación, y de la petición de Nuestra Señora de reparar por las incontables blasfemias de hombres ingratos cuyos pecados son espinas que traspasan Su Inmaculado Corazón. Cuando consideremos todo esto, y la gran promesa de salvación hecha a aquellos que cumplen con las simples condiciones, tomaremos ciertamente la resolución de cumplir con fervor la devoción de los Cinco Primeros Sábados y no apenas una vez, sino repetidas veces durante nuestras vidas. [3]

---

1 P. António Maria Martins, S.J., *Fátima e o Coração de Maria,* Editorial Franciscana, Braga, 1985, pág. 28; cf. *The Whole Truth About Fatima,* Vol II, pág. 821

2 *Cartas*, págs 19-20. Tristemente el P. Martins no indica la fecha de esta carta. cf. Frère Michel de la Sainte Trinité, *La magnífica promesa de los Cinco Primeros Sábados,* págs. 27-28

3 Un hermoso y útil opúsculo en pleno color sobre la historia y devoción de los Cinco Primeros Sábados ha sido publicado como el número 49 de La Cruzada de Fátima, "La magnífica promesa de los Cinco Primeros Sábados". Está disponible en forma impresa de The Fatima Center o en línea a http://www.fatima.org/span/essentials/message/1st5.asp

Apéndice II: La Consagración de Rusia No ha sido realizada

Hace ahora 60 años que el Padre de Marchi escribió este libro hermoso sobre Nuestra Señora de Fátima; sin embargo, la petición de Nuestra Señora de la Consagración de Rusia al Inmaculado Corazón de María permanece sin ser atendida.

El Papa Juan Pablo II consagró el mundo a Nuestra Señora de Fátima en 1982, 1984, 1991 y 2000. Aunque estas consagraciones obtuvieron para el mundo incontables gracias, sea como fuere, no ha cumplido lo que Nuestra Señora pidió.

Sor Lucía era consistente en su testimonio: la consagración que Nuestra Señora pidió fue intencionada de ser para Rusia, no para el mundo.

Sin esta consagración, Rusia no se convertirá y el mundo no tendrá la paz. Este hecho se debe enfatizar en nuestros tiempos contemporáneos cuando las guerras y rumores de guerras están creciendo continuamente, y cuando la asolación potencial que es causada por las armas poderosas de la guerra moderna, exceden de lejos cosa alguna nunca experimentada en la historia.

Por eso es útil volver a ver el testimonio consistente de Sor Lucía acerca de la petición de Nuestra Señora de que el Papa, en unión con todos los obispos del mundo, consagren Rusia a Su Inmaculado Corazón. La petición de la Consagración de Rusia tiene su origen al propio inicio de las visitaciones de Nuestra Señora a Fátima.

El 13 de julio de 1917, en Fátima, el mismo día en que Ella había mostrado a los pastorcitos la visión del Infierno, Nuestra Señora prometió volver para pedir la Consagración de Rusia.

Fiel a su palabra, la Santísima Virgen volvió a visitar a Lucía el 13 de junio de 1929, en Tuy, España. Lucía, en aquel entonces una monja Dorotea llamada Hermana María de los Dolores (no llegaría a ser una carmelita hasta 1948) estaba rezando en la capilla conventual con ocasión de una Hora Santa de Adoración y Reparación. La petición de la Consagración de Rusia fue acompañada por una visión muy singular de la Santísima Trinidad. Sor Lucía escribe:

> "Había pedido y obtenido licencia de mis superioras y del confesor, para hacer la Hora Santa de once a medianoche, de los jueves a los viernes. Estando una noche sola, me arrodillé entre la balaustrada, en medio de la capilla, postrada, para rezar las oraciones del Ángel. Sintiéndome cansada, me incorporé y continué rezando con los brazos en cruz. La única luz era la de la lámpara.
>
> "De repente, se iluminó toda la capilla con una luz sobrenatural y sobre el altar apareció una cruz de luz que llegaba hasta el techo. En una luz más clara se veía, en la parte superior de la cruz, un rostro de un Hombre y Su Cuerpo hasta la cintura. Sobre su pecho había una paloma igualmente luminosa. Y clavado en la cruz, el cuerpo de otro Hombre.

"Un poco por debajo de la cintura, suspendido en el aire, se veía un Cáliz y una Hostia grande sobre la cual caían unas gotas de Sangre que corrían a lo largo del Rostro del Crucificado y de una herida en Su pecho. Escurriendo por la Hostia, esas gotas caían dentro del Cáliz. Bajo el brazo derecho de la Cruz estaba Nuestra Señora [Nuestra Señora de Fátima con Su Inmaculado Corazón en la mano] Bajo el brazo izquierdo (de la Cruz), unas grandes letras, como si fueran de agua clara cristalina, que corrían hacia el altar, formaban estas palabras: 'Gracia y Misericordia'.

Tal como el Milagro del Sol, no hay fenómeno alguno semejante que se ha presenciado nunca antes. Es así que Dios Mismo quiso significar la suprema importancia de lo que Nuestra Señora de Fátima estaba pronta a decir a Sor Lucía en la presencia milagrosa de la Santísima Trinidad:

“Ha llegado el momento en que Dios pide al Santo Padre que haga, en unión con todos los obispos del mundo, la Consagración de Rusia a Mi Inmaculado Corazón; prometiendo salvarla por este medio.”

Dios mismo lo pidió. Sor Lucía recibió esta petición de los labios de la Madre de Dios, hablando en Nombre de Dios, en presencia de la Divinidad, la Santísima Trinidad. La gravedad inmensa de la petición está ciertamente más allá de nuestra comprensión.

Sor Lucía inmediatamente comunicó la petición divina a su confesor, el Padre José Bernardo Gonçalves, tal y como está documentado en su correspondencia con él ya publicada.

Durante los próximos setenta y cinco años – la misma Lucía que no negaría la verdad de Fátima aun cuando encarcelada y amenazada por el alcalde masónico de Ourém con una muerte horripilante – dio el mismo testimonio: Nuestra Señora, como Mensajera de Dios, había pedido la Consagración solemne y pública de Rusia a Su Inmaculado Corazón en una ceremonia que debe ser llevada a cabo por el Papa junto con todos los obispos del mundo.

A través de su vida, Sor Lucía permaneció tenaz a la aseveración de que Nuestra Señora no había pedido al Papa consagrar el mundo, sino Rusia.

El 18 de mayo de 1936, Sor Lucía escribió a su confesor, el Padre Gonçalves, en respuesta a su pregunta: ¿“Debo insistir aún en la consagración de Rusia”? Ella respondió:

> ¿Qué si es conveniente insistir? No sé…Interiormente he hablado al Señor de este asunto. Y hace poco le preguntaba por qué no convertía a Rusia sin que Su Santidad hiciese esta consagración. [Jesús respondió] “Porque quiero que toda mi Iglesia reconozca esa consagración como un triunfo del Inmaculado Corazón de María, para después extender su culto y poner, al lado de la devoción de mi Corazón divino, la devoción a este Corazón Inmaculado”.

El 24 de octubre de 1940 Sor Lucía fue ordenada por uno de sus directores espirituales, el Obispo de Gurza, a escribir al Papa y pedir la consagración del mundo con “mención especial” de Rusia. La medida del obispo era una tentativa de conseguir que el Papa hiciese algo por lo menos en forma de una consagración, porque durante los once años anteriores Pio XI y Pio XII habían hecho caso omiso repetidas veces a las peticiones de consagrar Rusia.

La correspondencia de Sor Lucía revela que ella se perturbaba por esta instrucción, porque sabía que Nuestra Señora había pedido sólo la consagración de Rusia, no del mundo. Sin embargo, porque estaba bajo santa obediencia, Sor Lucía tuvo recurso al Señor en oración delante del Santísimo Sacramento expuesto, para preguntarle sobre lo que debería hacer.

Nuestro Señor le respondió que, si el Papa hiciese lo que el Obispo de Gurza le había pedido, recompensaría este acto abreviando los días de la II Guerra Mundial, pero que no llevaría a cabo la paz mundial, como hubiese logrado la consagración explicita de Rusia por el Papa junto con todos los obispos. Por eso el 2 de diciembre de 1940, Sor Lucía escribió al Papa pidiendo la consagración del mundo con mención especial de Rusia.

Está claro que la consagración del mundo como después fue realizada por Pío XII no era lo que Nuestra Señora había pedido. Sor Lucía lo confirmó en una carta que escribió al Padre Umberto Pasquale décadas después en 13 de abril de 1980, en la que ella explicó que hizo este pedido en 1940 apenas bajo obediencia a su obispo confesor, pero que la consagración del mundo no es lo que Nuestra Señora había especificado como la condición para la conversión de Rusia y la paz siendo concedida a todo el mundo.

No obstante, en 31 de octubre de 1942, y otra vez en 8 de diciembre de 1942, el Papa Pío XII consagró el mundo, con una mención oblicua de Rusia, y Nuestro Señor cumplió por eso su promesa de abreviar la II Guerra Mundial. Testimonio indirecto de

esto proviene de Winston Churchill. En su obra de seis volúmenes sobre la II Guerra Mundial, Churchill escribió que en inicios de 1943 (casi inmediatamente después de la consagración llevada a cabo por Pío XII) "las bisagras del destino" tornaron a favor de los Aliados y que después de eso, los Aliados ganaron casi todas las batallas, mientras antes de eso, casi siempre las habían perdido.

Nuestro Señor también confirmó su promesa durante Cuaresma de 1943, cuando dijo a Sor Lucía que mientras "la aflicción presente (es decir la II Guerra Mundial) sería abreviada" a causa de la consagración del mundo hecha por Papa Pío XII, la paz mundial no sería concedida sin la consagración explicita de Rusia hecha por el Papa junto con los obispos.

Poco tiempo después, el 15 de julio de 1946, el eminente autor e historiador William Thomas Walsh entrevistó a Sor Lucía, y se cuenta de esto en su gran obra Our Lady of Fatima (un libro que se vendió en más de un millón de ejemplares). Durante la entrevista, que se halla al final del libro, el Señor Walsh le preguntó directamente sobre el procedimiento correcto para la consagración:

> "Finalmente llegamos al tema importante del segundo secreto de julio, del cual tantas versiones distintas y en conflicto se han publicado. Lucía dijo claramente que Nuestra Señora no pidió la consagración del mundo a Su Inmaculado Corazón. Lo que Ella pidió específicamente fue la consagración de Rusia. Ella no comentó, por supuesto, sobre el hecho de que Papa Pío XII había consagrado al mundo, y no Rusia, al Inmaculado Corazón en 1942. Pero ella dijo más de una vez, y con deliberado énfasis:
>
> 'Lo que Nuestra Señora quiere es que el Papa y todos los obispos del mundo consagren Rusia a Su Inmaculado Corazón en un día especial. Si esto se hace, Ella convertirá Rusia y habrá paz. Si esto no se hace, los errores de Rusia se propagarán a todos los países del mundo".[1]

Sor Lucía es clara y franca. La consagración colegial pedida por el Cielo es la consagración de Rusia, y no del mundo y debe ser celebrada por el Papa en unión con los obispos del mundo en el mismo día.

Está también la revelación poco conocida de Nuestra Señora comunicada a Sor Lucía a inicios de los años 50 que se publicó en Il Pellegrinaggio Della Meraviglie, un libro autorizado por el Episcopado católico de Italia. La Santísima Virgen se apareció a Sor Lucía en mayo de 1952 y dijo:

> "Haz saber al Santo Padre que **siempre estoy esperando la Consagración de Rusia a Mi Inmaculado Corazón. Sin esa Consagración, Rusia no podrá convertirse, ni el mundo tendrá paz."**[2]

Así, 10 años después de la consagración del mundo de 1942 del Papa Pío XII, atestiguamos a Nuestra Señora recordando a Sor Lucía que Rusia no se convertirá ni habrá paz a menos que y hasta que Rusia sea consagrada por su nombre.

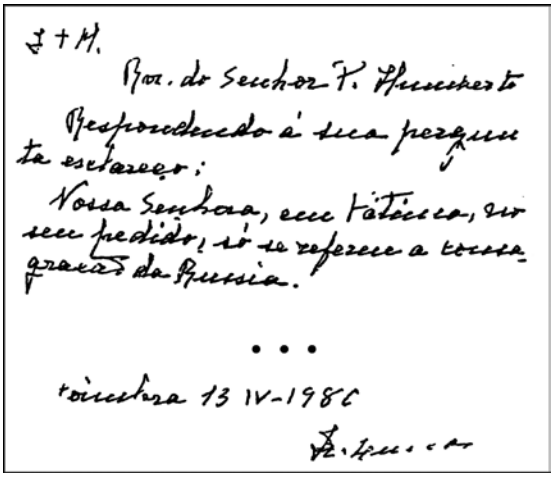
Treinta años después, en 1982, el testimonio de Sor Lucía permanece tenaz. El 12 de mayo de 1982, el día antes de la tentativa de consagración de 1982, el periódico vaticano L'Osservatore Romano publicó una entrevista de Sor Lucía hecha por el Padre Umberto Maria Pasquale, un sacerdote salesiano, en la que ella dijo al Padre Pasquale que Nuestra Señora nunca había pedido la consagración del mundo, sino solamente la de Rusia:

---

1 William Thomas Walsh, *Our Lady of Fatima,* Image-Doubleday, Nueva York, Imprimatur 1947, pág. 221 Énfasis en el original.

2 *Il Pellegrinaggio Della Meravigle,* pág. 440, Roma, 1960. Esta misma obra, publicada con autorización del Episcopado italiano afirma que este mensaje fue comunicado a Papa Pio XII en junio. También, Canon Barthas mencionó esa aparición en su comunicación al Congreso mariológico de Lisboa-Fátima en 1967; ver *De Primoridiis cultus mariana, Acta congressus mariologici-mariana in Lusitania anno 1967 celebrati,* pág. 517, Roma, 1970. Ver *Fatima: Tragedy and Triumph,* págs. 21 y 37.

"En un cierto momento le dije: 'Hermana, me gustaría hacerle una pregunta. Si no puede contestarme, sea así. Pero si puede contestarme, quedaría muy agradecido... ¿Nuestra Señora alguna vez le habló sobre la Consagración ***del mundo*** a Su Inmaculado Corazón'?


J + M.

Rev.do Senhor P. Humberto

Respondendo à sua pergunta esclarecer:

Nossa Senhora, em Fátima, no seu pedido, só se referiu a Rússia.

• • •

Coimbra 13 IV-1980

Sr. Lucia

¡"No, Padre Umberto, ***Nunca!*** En la Cova da Iría, en 1917, Nuestra Señora prometió: ***'Vendré a pedir la Consagración de Rusia***...En 1929, en Tuy, tal como había prometido, Nuestra Señora volvió a decirme que había llegado el momento de pedir al Santo Padre la Consagración de ***aquel país*** (Rusia)'".

El testimonio fue confirmado por Sor Lucía después de esta conversación en una carta escrita a mano al Padre Pasquale, que el sacerdote también publicó (ver la reproducción fotográfica). La traducción de la carta lee:

"Reverendo Señor Padre Umberto, Respondiendo a su pregunta, aclaro: Nuestra Señora, en Fátima, en Su pedido, sólo se refirió a la Consagración de Rusia...*Coimbra, 13 de abril de 1980. (Firmada por) Sor Lucía"*

Otra vez, el 19 de marzo de 1983 al pedido del Santo Padre, Sor Lucía se encontró con el Nuncio Apostólico Portalupi, Dr. Lacerda y el Padre Messias Coelho. Durante la reunión, Sor Lucía confirmó que la consagración del Papa Juan Pablo de 1982 no cumplió los pedidos de Nuestra Señora. Sor Lucía dijo:

"En el acto de entrega del 13 de mayo de 1982, Rusia no aparecía claramente como el objeto de la Consagración. Y cada Obispo no organizó en su propia diócesis una ceremonia pública y solemne de reparación y Consagración de Rusia. El Papa Juan Pablo II renovó simplemente la Consagración del mundo hecha por el Papa Pio XII el 31 de octubre de 1942. De esta Consagración del mundo podemos esperar algunos buenos efectos, pero no la conversión de Rusia".

Ella concluyó: ***"La Consagración de Rusia no se hizo como Nuestra Señor pidió.*** No pude hacer esta declaración (antes) porque no tenía autorización de la Santa Sede".[3]

Un año más tarde, el 25 de marzo de 1984, Papa Juan Pablo II hizo un Acto de Consagración en el que una vez más consagró "el mundo", y no Rusia. Tal como en la consagración de 1982, "cada Obispo no organizó en su propia diócesis una ceremonia pública y solemne de reparación y Consagración de Rusia".

Frère François, perito de Fátima, escribe: "En los meses que siguieron el Acto de Ofrecimiento del 25 de marzo de 1984, que era apenas una renovación del acto de 1982, los peritos principales sobre el Mensaje de Fátima concordaron, afirmando que la Consagración de Rusia no se ha hecho como el Cielo la quiere".

Tal era también la convicción del Padre Antonio María Martins, [4] y del Padre Messias Coelho quien, en la víspera del 25 de marzo de 1984 hubo anunciado en su periódico *Mensagem de Fatima,* del cual era editor, "Consagración de Rusia: todavía no será esta vez". Dijo eso, aunque reconoció: "es cierto que tiene más que menos". Aparentemente,

3 Informado en un artículo por el Padre Pierre Caillon de Centre Saint Jean 61500 Sees, (Orne) Francia. Este artículo fue publicado en el periódico mensual *Fidélité Catholique,* B.P. 217-56402, Auray Cedex, Francia. Traducción inglesa en *The Fatima Crusader,* Edición 13-14 (octubre- diciembre de 1983), pág. 3

4 *Ver Fátima e o Coração de Maria*, págs. 101-102.

por eso, la 'consagración del mundo' tal vez diese la impresión de tener el poder de tomar el lugar de una consagración específicamente de Rusia".[5]

Recordémonos que 'consagrar' significa dedicar y poner aparte una persona (o personas), un lugar o una cosa para un propósito santo. La Consagración de Rusia significa que Rusia (la nación de Rusia) es distinguida y puesta aparte del resto del mundo y que será dedicada al servicio del Inmaculado Corazón de María.

Por eso está claro que la Consagración de Rusia necesita especificar y distinguir Rusia del resto del mundo. En resumen, una Consagración de Rusia necesita nombrar a Rusia en la Oración de Consagración. Es un hecho innegable y Santo Tomás de Aquino dice: "Contra un hecho no hay argumentos". Además de eso, tenemos también el testimonio de Sor Lucía misma.

El jueves, 22 de marzo de 1984, dos días antes del Acto de Ofrecimiento, el Carmelo de Coímbra estaba celebrando el 77º día de cumpleaños de Sor Lucía. Ella recibió ese día, como era su costumbre, a su vieja amiga la Señora Eugenia Pestana. Después de saludar calurosamente a su amiga carmelita, la Señora Pestana le preguntó, "Entonces Lucía, ¿El domingo será la Consagración"? Sor Lucía que ya había recibido y leído el texto de la fórmula de consagración del Papa hizo un gesto negativo y declaró: "Esa consagración no puede tener un carácter decisivo".[6]

El "carácter decisivo", que es la prueba de una consagración adecuada, es la conversión milagrosa de Rusia.

Hoy, debe enfatizarse, porque muchos se han confundido sobre esta cuestión por el ecumenismo falso, que la conversión de Rusia significa conversión al *catolicismo*. Esto no es apenas sentido común, sino que también se halla en el testimonio del Padre Joaquín María Alonso, el perito de Fátima quizás más destacado del siglo XX. El Padre Alonso, que entrevistó frecuentemente a Sor Lucía, escribió en 1976:

> "…podríamos decir que Lucía ha pensado siempre que la *'conversión'* de Rusia no se entiende sólo de un retorno de los pueblos de Rusia a la religión cristiano-ortodoxa, rechazando el ateísmo marxista y ateo de los soviets, sino que se refiere pura y llanamente a la conversión total e integral de un retorno a la única y verdadera Iglesia, la católico-romana."[7]

En una entrevista de 1985 del *Sol de Fátima,* Sor Lucía fue preguntada si el Papa había cumplido la petición de Nuestra Señora cuando consagró el mundo en 1984. Sor Lucía respondió:

> *"No hubo la participación de todos los obispos ni se mencionó a Rusia." Ella fue indagada entonces: ¿"De modo que no se hizo la consagración como la pidió la Virgen"?* – a lo que Ella respondió, *"No. Muchos obispos no dieron importancia a este acto".*[8]

Hasta el Padre Rene Laurentin, bien conocido por sus opiniones progresistas, admitió en 1986, "Sor Lucía permanece insatisfecha [9]… Lucía parece pensar que la consagración 'no se ha hecho' como Nuestra Señora la quiere". [10]

Después, el 20 de julio de 1987, Sor Lucía fue entrevistada rápidamente fuera de su convento, yendo a votar. En ese entonces ella dijo al periodista Enrique Romero que la

---

5 *Fatima, Tragedy and Triumph,* págs 172-173.

6 Ibid, págs. 167-168

7 Citado textualmente de Dr. Joaquín María Alonso C.M.F. *La verdad sobre el Secreto de Fátima, Fátima sin mitos,* 2ª edición, Ejercito Azul, Madrid, 1988, pág. 78

8 Citado textualmente del artículo "Con María a la Victoria", *Sol de Fátima,* Núm. 103, septiembre-octubre de 1985, pág. 8

9 *Chrètiens*-Magazine, marzo de 1987, Nº 8. Citado de *Fatima: Tragedy and Triumph,* pág. 189.

10 Padre Laurentin, *Multiplication des apparitions de la Vierge aujourd'hui,* pág. 45, Fayard, septiembre de 1988. *Fatima. Tragedy and Triumph,* pág. 189.

consagración de Rusia no se ha hecho como fue pedida.[11]

Muchos más testimonios se podrían dar sobre este punto y el más poderoso es que el mundo no ha sido bendecido con la paz aún después de la consagración del mundo del Papa Juan Pablo II. Hemos visto guerras en Kosovo, Somalia, El Salvador, el ataque contra las Torres Gemelas en EEUU, las guerras en Irak y Afganistán, la guerra entre Rusia y Georgia (que provocó hasta periodistas seglares en finales de verano de 2008 a admitir que "la guerra fría nunca acabó"[12]), y hay más rumores de guerras venideras.

No hemos visto ningún indicio de conversión a la Fe católica en Rusia. Es un país donde la religión más popular es la ortodoxa, que es cismática. Ellos rechazan muchas verdades católicas incluso aquellas del Papado y de la Concepción Inmaculada. La religión secundariamente más popular es el islán, seguido por un conjunto de denominaciones protestantes. El catolicismo es aún una religión minoritaria en Rusia, igualando en número a sectas pequeñas tales como los testigos de Jehová, los mormones, los cuáqueros, los hare krishnas, los moonies, la Iglesia de unificación y la Iglesia de la cienciología.[13]

La inmoralidad está desenfrenada en Rusia, incluso con una tasa de divorcio que iguala a aquella de EEUU. En 1998, 14 años después de la consagración del mundo de 1984, la División de Investigación Federal de la Biblioteca del Congreso estadounidense afirmó que Rusia tenía la tasa de abortos más alta del mundo – 3.5 millones de abortos en Rusia *cada año.*[14]

Es por eso imposible estar de acuerdo con aquellos que pretenden que "toda discusión, así como cualquier otra petición ulterior de la Consagración de Rusia, carecen de fundamento".

"Ora mucho por el Santo Padre", Jesús dijo a Sor Lucía. "Él la hará, pero será tarde". Cuán tarde que será, y si fuere posible evitar las consecuencias terribles de la aniquilación de las naciones, depende de nuestras oraciones y sacrificios.

Y todo depende, a final de cuentas, de los hombres a quienes Nuestro Señor se refirió como "Mis ministros". Es decir – el Papa y los obispos de la Iglesia católica – que tienen el poder y el deber de atender a las peticiones de Nuestra Señora de consagrar Rusia y así evitar la aniquilación de "varias naciones" como un castigo por los pecados de la humanidad que es una de las últimas advertencias incumplidas de la profecía de Fátima.

Por eso es que a estos mismísimos ministros se les debe pedir que cumplan lo que el Papa Juan Pablo II insinuó ser la obligación impuesta sobre la Iglesia por Nuestra Señora de Fátima.

No dejemos olvidarnos nunca de la promesa profética de Nuestra Señora: "Por fin Mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre Me consagrará Rusia que se convertirá y será concedido al mundo algún tiempo de paz".

El Mensaje de Fátima nos insta a rezar por la Consagración de Rusia de tal modo que este triunfo venga pronto y la aniquilación de las naciones sea evitada. Nuestro Señor nos dijo, "Nunca será tarde para recurrir a Jesús y a María." Nuestra Señora de Fátima nos insta a rezar, especialmente el Rosario, porque nos dijo en Fátima, "Sólo la Señora del Rosario os puede ayudar".

---

11 Este testimonio de Sor Lucía se relató en la edición de agosto de 1985 de Para Ti publicado en Argentina. *Ver Esclavización del mundo o paz*…la decisión es del Papa, el Padre Nicholas Gruner (Immaculate Heart Publications, 1989), págs. 212-213.

12 Dr. Ivan Eland del Instituto Independiente, que ha sido Director de los Estudios de la Política de Defensa en el Instituto Cato y ha pasado 15 años trabajando para el Congreso estadounidense en cuestiones de la seguridad nacional, señaló el 15 de agosto, "…contrario a la implicación de la Secretaria [Condoleezza]Rice, Rusia no está volviendo a la Guerra Fría. *De hecho, nunca acabó".* Ver "Crisis in the Caucasus", *The Independent Institute,* el 15 de agosto de 2008.

13 Mark Fellows, *Fatima in Twilight* (Niagara Falls: Marmion Publications, 2003), pág. 288.

14 Ibid, pág. 289.

Apéndice III La promesa de paz

Sor Lucía de Fátima permaneció en la tierra durante 87 años después de la última aparición en Fátima el 13 de octubre de 1917 – para explicar el Mensaje de Nuestra Señora de Fátima al mundo; atendiendo así a las palabras proféticas proferidas a Lucía por Nuestra Señora el 13 de junio de 1917: "Jesús quiere servirse de ti para darme a conocer y amar".

Sor Lucía afirmó claramente que si no atendemos a las peticiones de Nuestra Señora entonces el comunismo esclavizará a todo el mundo. En respuesta a la pregunta: ¿"Qué debe hacer el católico a modo individual para que la paz sea dada al mundo, el comunismo sea derrotado, y la aniquilación de las naciones evitada"? Sor Lucía dio la siguiente Formula de La Promesa de Paz:

> Querida Reina y Madre, Que en Fátima habéis prometido convertir Rusia y traer la paz a toda la humanidad, en reparación de Vuestro Inmaculado Corazón por mis pecados y aquellos de todo el mundo, solemnemente prometo: 1.) Ofrecer todos los días los sacrificios exigidos por mis deberes cotidianos; 2.) Rezar una parte del Rosario (cinco decenas) diariamente mientras medito en los misterios; 3.) Usar el Escapulario de N.S. de Monte Carmelo como profesión de esta promesa y como un acto de consagración a Vos. Renovaré esta promesa frecuentemente, especialmente en momentos de tentación. *
>
> Firma…….

(Esta promesa no es un voto y no vincula bajo pena de pecado. No obstante, es una promesa – la palabra dada a su Madre celestial.)

*Nota: Los católicos bautizados pueden oficialmente recibir la imposición del Escapulario para adquirir la promesa del Escapulario. Un acatólico puede usar el Escapulario de N.S. de Monte Carmelo y recibirá bendiciones por haber hecho eso.

San Pio de Pietrelcina decía que una vez que un número suficiente de personas cumpliesen esta promesa, Nuestra Señora de Fátima convertiría Rusia y traería la paz verdadera al mundo. ¿No dará Usted su palabra a Nuestra Señora firmando esta promesa y uniéndose así con esta Cruzada de Fátima por la paz mundial?

Palabras de Nuestra Señora de Fátima sobre el Santo Rosario

+ Rezad el rosario todos los días para alcanzar la paz para el mundo y el fin de la guerra. ...13 de mayo de 1917

+ Quiero que vengáis aquí el día 13 del mes que viene; que recéis el Rosario todos los días. ...13 de junio de 1917

+ Quiero que vengáis aquí el día 13 del mes que viene; que continuéis rezando el Rosario todos los días, en honor de Nuestra Señora del Rosario, para obtener la paz del mundo y el fin de la guerra, porque sólo Ella lo puede conseguir. ...13 de julio de 1917

+ Quiero que continuéis rezando el Rosario todos los días. ...19 de agosto de 1917

+ Continuad rezando el Rosario, para alcanzar el fin de la guerra. ...13 de septiembre de 1917

+ Soy la Señora del Rosario; que continuéis rezando el Rosario todos los días. ...13 de octubre de 1917

+ Tú, al menos, procura consolarme y di que todos aquellos que, durante cinco meses, en el Primer Sábado se confiesen, reciban la Santa Comunión, recen la tercera parte del Rosario y me hagan 15 minutos de compañía, meditando en los 15 misterios del Rosario, con el fin de desagraviarme, yo prometo asistirles en la hora de la muerte con todas las

gracias necesarias para la salvación de sus almas. ...10 de diciembre de 1925 a la Hna. Lucía en Pontevedra

Acto de Consagración al Inmaculado Corazón de María

Nuestra Señora de Fátima, Reina del Cielo y de la tierra, me consagro a vuestro Inmaculado Corazón. A Vos consagro mi corazón, mi alma, mi familia y todo lo que tengo.

Renuevo hoy las promesas de mi Bautismo; y prometo vivir como un buen cristiano – fiel a Dios creyendo y viviendo siempre la fe católica. Resuelvo rezar el Rosario todos los días, comulgar de modo digno, practicar los Primeros Sábados de mes, y ofrecer sacrificios por la conversión de los pecadores.

¡Oh Santísima Virgen! Ruego que la devoción a vuestro Inmaculado Corazón sea difundida de tal modo que todas las almas se consagren verdaderamente a Vos, y que, por vuestra propia intercesión, se apresure el adviento del Reino de Nuestro Señor Jesucristo en el mundo. Os pido querida Madre que aceptéis esta consagración y que me bendigáis a mí y a mi familia. Amen.

Sor Lucía habla acerca del Rosario

"La Santísima Virgen, en estos últimos tiempos en que estamos viviendo, ha dado una nueva eficacia al rezo del Santo Rosario. De tal manera que ahora no hay problema, por más difícil que sea, sea temporal o sobre todo espiritual, que se refiera a la vida personal de cada uno de nosotros; o a la vida de nuestras familias sean familias del mundo o Comunidades Religiosas; o la vida de los pueblos y naciones; no hay problema, repito, por más difícil que sea, que no podamos resolver ahora con el rezo del Santo Rosario".

"Con el Santo Rosario nos salvaremos, nos santificaremos, consolaremos a Nuestro Señor y obtendremos la salvación de muchas almas".

Las siete oraciones de Fátima

Las dos oraciones enseñadas por el Ángel:

+ "Dios mío, yo creo, adoro, espero y os amo. Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no Os aman".

+ "Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, yo Os adoro profundamente y Os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios, e indiferencias con que Él mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de Su Santísimo Corazón y del Inmaculado Corazón de María, Os pido la conversión de los pobres pecadores".

Las tres oraciones enseñadas por Nuestra Señora:

+ "Oh Santísima Trinidad, ¡yo Os adoro! Dios mío, Dios mío, yo Os amo en el Santísimo Sacramento".

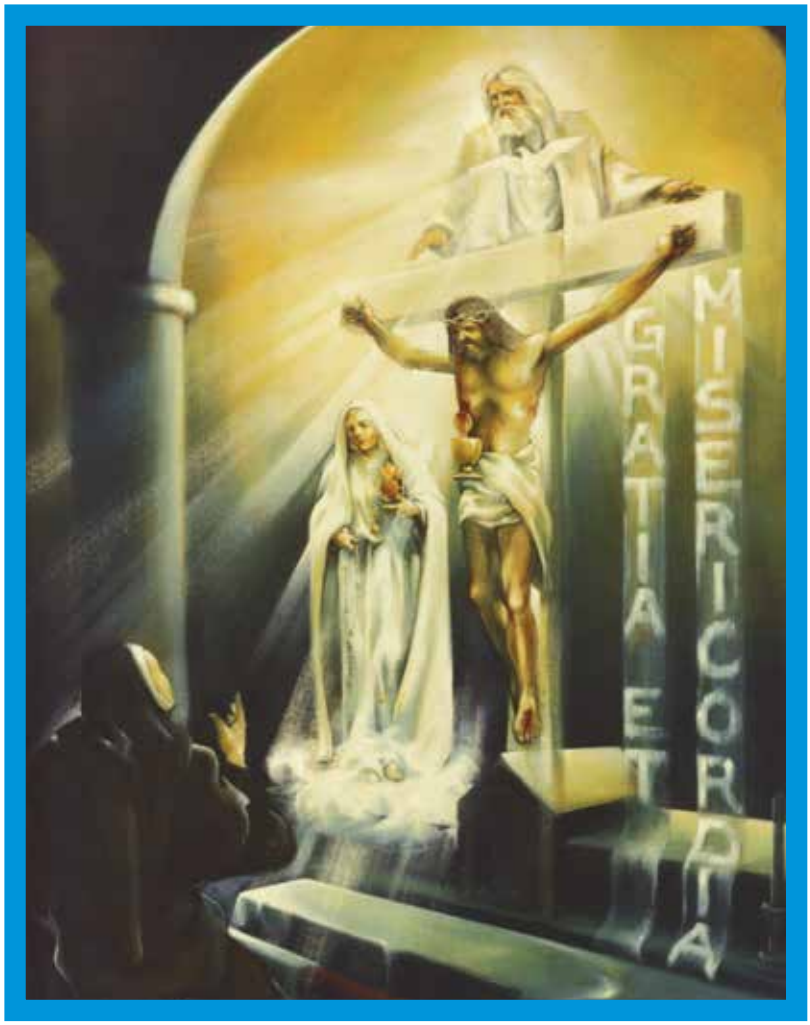
+ "Oh Jesús mío, perdónanos, líbranos del fuego del infierno. Lleva todas las pobres almas al Cielo, principalmente las más necesitadas".

+ "Oh Jesús mío, es por Tu amor, por la conversión de los pecadores, y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María, que ofrezco este sacrificio a Vos".

Las dos oraciones enseñadas por Nuestro Señor:

+ "Dulce Corazón de María, sed la salvación de Rusia, España, Portugal,
Europa y del mundo entero".

+ "Por vuestra pura e Inmaculada Concepción, oh María, alcanzad-me la conversión de Rusia, de España, de Portugal, de Europa y del mundo entero".



La Santísima Trinidad
Y la Santísima Virgen María aparecen a Sor Lucía
en su capilla conventual en Tuy el 13 de junio de 1929.

Sor Lucía describe la visión como se sigue:

"De repente, se iluminó toda la capilla con una luz sobrenatural y sobre el altar apareció una cruz de luz que llegaba hasta el techo. En una luz más clara se veía, en la parte superior de la cruz, un rostro de un Hombre y Su Cuerpo hasta la cintura. Sobre su pecho había una paloma igualmente luminosa. Y clavado en la cruz, el cuerpo de otro Hombre.

"Un poco por debajo de la cintura, suspendido en el aire, se veía un Cáliz y una Hostia grande sobre la cual caían unas gotas de Sangre que corrían a lo largo del Rostro del Crucificado y de una herida en Su pecho. Escurriendo por la Hostia, esas gotas caían dentro del Cáliz. Bajo el brazo derecho de la Cruz estaba Nuestra Señora [Nuestra Señora de Fátima con Su Inmaculado Corazón en la mano]… Bajo el brazo izquierdo (de la Cruz), unas grandes letras, como si fueran de agua clara cristalina, que corrían hacia el altar, formaban estas palabras: 'Gracia y Misericordia'.

"Después Nuestra Señora me dijo:

(ver el resto de la descripción en las páginas 89 y 90.)

"La Santísima Virgen está muy triste, porque nadie hace caso a su Mensaje, ni los buenos ni los malos".

...Sor Lucía de Fátima

Para conseguir más ejemplares de este libro, el opúsculo Rezo del Rosario, la estampa La Promesa de Paz, o para más información sobre FÁTIMA escribanos a

The Fatima Center

PROMOTING THE FULL MESSAGE OF FATIMA

P.O. Box 1470, Buffalo, NY 14240 | P.O. Box 602, Fort Erie, ON L2A 5X3

Call Toll-Free: 1 (800) 263-8160 | 1 (905) 871-7607

www.Fatima.org | info@Fatima.org

BP041S

Printed in Canada.